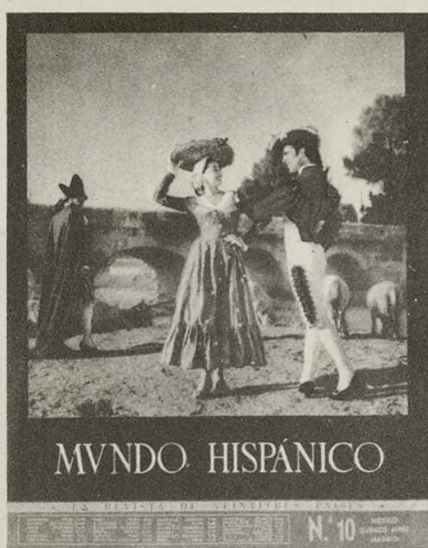
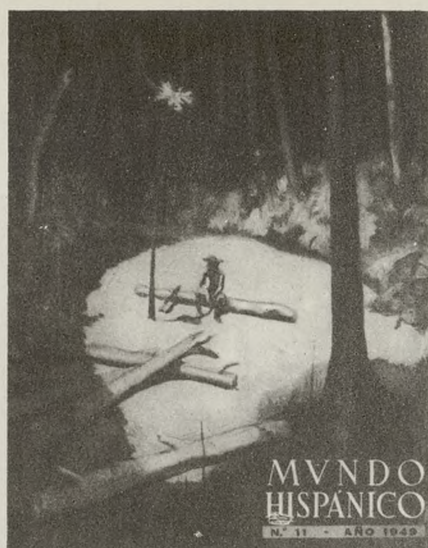
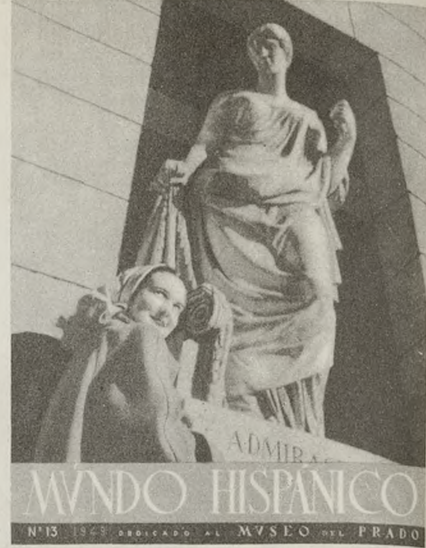

D.
MVNDO HISPÁNICO
N.º 30 - PAGINAS ESPECIALES DE TOROS - 12 Ptas.

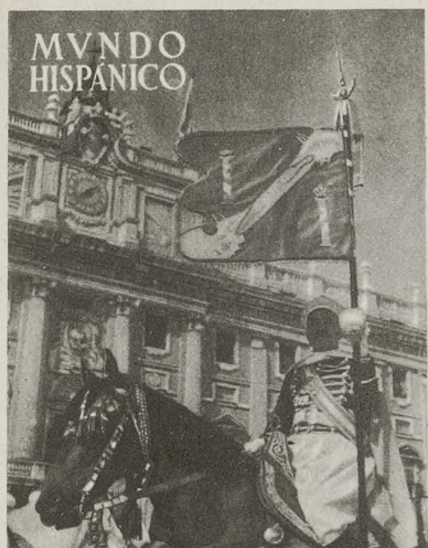




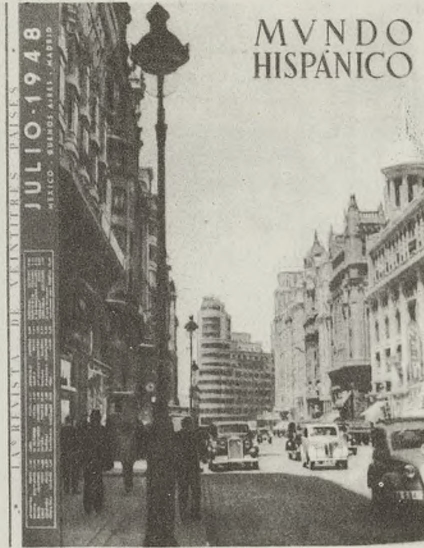


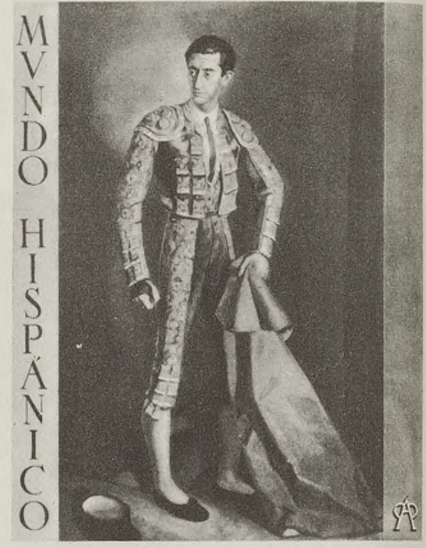


Estas portadas acercaron realmente a 23 países. De una orilla a otra del Atlántico,



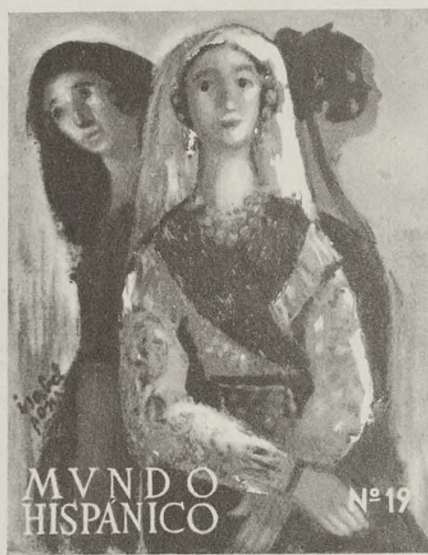


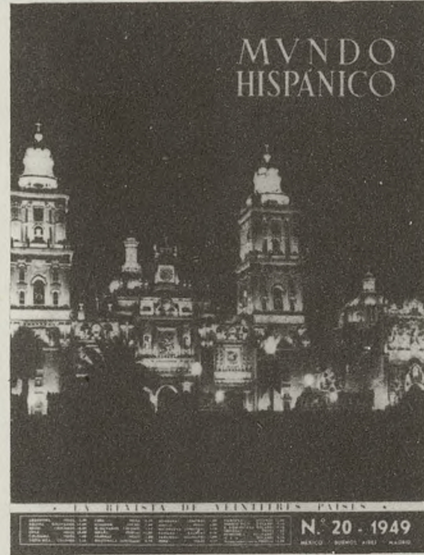




MVNDO HISPANICO *se siente orgullosa de su aportación a la doble tarea*

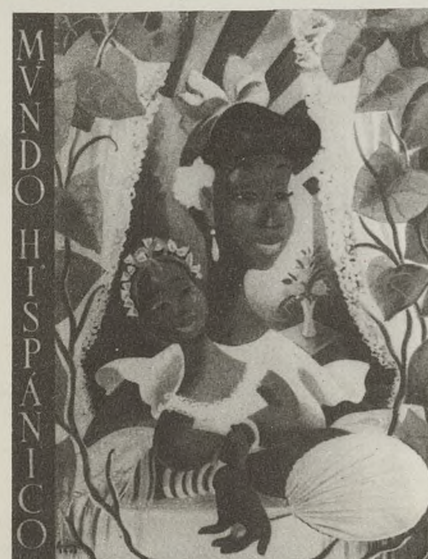








de descubrir España a los hispanoamericanos e Hispanoamérica a los españoles.









ADQUIERA USTED TODOS LOS MESES

"MVNDO HISPANICO"

CORRESPONSALES DE VENTA

PAISES	DISTRIBUIDORES
ARGENTINA	QUEROMON, EDITORES, S. R. L. Oro, 2455. BUENOS AIRES
BOLIVIA	AGENCIA ESPAÑOLA DE PRENSA Oficinas: Av. Santa Cruz. Teléfono 4729 Casilla de Correos 1547 LA PAZ
COLOMBIA	LIBRERIA NACIONAL, Ltda. Calle 20 de Julio. Apartado 701 BARRANQUILLA CARLOS CLIMENT Instituto del Libro POPAYAN (Colombia)
COSTA RICA	LIBRERIA LOPEZ Av. Central. SAN JOSE DE COSTA RICA
CUBA	OSCAR A. MADIEDO Agencia de Publicaciones Presidente Zayas, 407. LA HABANA
CHILE	EDMUNDO PIZARRO Huérfanos, 1372. SANTIAGO
ECUADOR	Agencia de Publicaciones SELECCIONES Plaza del Teatro. QUITO Nueve de Octubre, 703. GUAYAQUIL
EL SALVADOR	EMILIO SIMAN Librería Hispanoamericana Calle Poniente, 2. SAN SALVADOR
ESPAÑA	EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. Pizarro, 17. MADRID
FILIPINAS	LIBRERIAS Y QUIOSCOS DE MANILA
GUATEMALA	LIBRERIA INTERNACIONAL ORTODOXA 7.ª Avenida Sur, núm. 12. D. GUATEMALA
HAITI	LIBRERIAS Y QUIOSCOS DE PUERTO PRINCIPE
HONDURAS	AGUSTIN TIJERINO ROJAS Agencia Selecta Apartado 44. TEGUCIGALPA, D. C.
MARRUECOS ESPAÑOL	HEREDEROS FRANCISCO MARTINEZ General Franco, 28. TETUAN
MEJICO	CARLOS SABAU BERGAMIN Avenida de los Insurgentes, 206-17. MEJICO
NICARAGUA	RAMIRO RAMIREZ Agencia de Publicaciones MANAGUA, D. N, NICARAGUA, C. A.
PANAMA	JOSE MENENDEZ Agencia Internacional de Publicaciones PANAMA
PARAGUAY	CARLOS HENNING. Librería Universal Catorce de Mayo, 209. ASUNCION
PERU	EDICIONES IBEROAMERICANAS Apartado 2.139. LIMA
PUERTO RICO	LIBRERIA LA MILAGROSA San Sebastián, 103. SAN JUAN
REPUBLICA DOMINICANA	INSTITUTO AMERICANO DEL LIBRO Y DE LA PRENSA Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, núm. 86. CIUDAD TRUJILLO
URUGUAY	GERMAN FERNANDEZ FRAGA Durazno, 1156. MONTEVIDEO
VENEZUELA	JOSE AGERO Edificio Ambos Mundos. Oficina 412 CARACAS
BELGICA	JUAN BAUTISTA ORTEGA CABRELLES 42, Rue d'Arenberg. BRUSELLES
BRASIL	BRAULIO SANCHEZ SAEZ Rua 7 de Abril, 34, 2.º - Caixa Postal, 9.057 SAO PAULO
DINAMARCA	PHNING & APPELS Boghandel Kobmagergade, 7. COPENHAGUE
ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA	LAS AMERICAS PUBLISHING COMPANY 30 West. 12 Ph. Street. NEW YORK, 11. N. Y. Librería La Moderna Poesía PAULINO SANCHEZ 643 Broadway. SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA HISPANO AMERICAN BOOKSELLERS COMPANY 756 South Broadway, Suite 1122 LOS ANGELES (California)
FRANCIA	L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles 78, Rue Mazarine. PARIS (6.ème) NOUVELLES MESSAGERIES DE LA PRESSE PARISIENNE—Réception Etranger 8, Rue Paul Lelong. PARIS (2.ème)
ITALIA	LIBRERIA FERIA. Piazza di Spagna, 56. ROMA
PORTUGAL	AGENCIA INTERNACIONAL DE LIVRARIA Y PUBLICAÇOES Rúa San Nicolau, 119. LISBOA
SUIZA	THOMAS VERLAC Renweg, 14. ZURICH

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

CONSEJO DE REDACCION:
PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: JULIO GUILLEN — ANTONIO LAGO CARBALLO — ERNESTO LA ORDEN MIRACLE — MARQUES DE LAS MARISMAS — LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI — MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ
REDACTOR-JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO
ASESOR ESPECIAL DE ESTE NUMERO: BENJAMIN BENTURA

NÚM. 30 • SEPTIEMBRE, 1950 • AÑO III • 12 Ptas.

Sumario

Colaboración artística: Arias, Castro Arines, Gil Pérez, Rafael Pena, Herreros, Liébana, Esplandiú, Molina y "Luis".
Colaboración gráfica: Baldomero, Santos Yubero, "Areva" y Cifra Gráfica, de Madrid; Samuel A. Santiago, de Puerto Rico, y Theddy Heingartner, de California (U. S. A.).

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEFONO 23-88-11
APARTADO 245 — DIRECCION TELEGRAFICA: MUNISCO

EMPRESA EDITORA:
EDICIONES "MVNDO HISPANICO" — ALCALA GALIANO, 4 MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)—PIZARRO, 17 MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, "MARSIEGA, S. A." (MADRID) — HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) — OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) FOTOGRABADO, FUGUET (MADRID).

los LECTORES también escriben

San José (Costa Rica), 17 de marzo 1950.

Sr. D. Luis Ferrero Acosta. Lista de Correos.—San José de Costa Rica.

Estimado señor:

En el número 16 de MVNDO HISPANICO leí su artículo titulado "Ensueño de Costa Rica". Me agradó y lo comenté. Lo leí en el colegio, en una clase de literatura, y mis compañeros admiraron su labor.

Encontré un error, posiblemente un *lapsus calami*. En la página 10 dice: "guipipaga". Supongo debe de ser "guipipía", nuestro grito nacional, el olé criollo, como lo llama usted. Lástima enorme que fuera trabucado este grito jacarandoso. El "guipipía" llena todos los ámbitos de Costa Rica. Recuerdo unas fiestas en mi pueblo natal, Nicoya. Los festejos estaban 'aguas jeladas", como solemos decir para las fiestas sin lucidez. Unos cartagos llegaron gritando a todo pulmón el "guipipía". Huelga decir que el ánimo de los músicos se despertó y las melodías comenzaron a brotar. El Punto Guanacasteco, con sus sandunguocos y otras variedades de música popular... Hasta que la fiesta se convirtió en lo más "encandilado". Todo ello gracias a un sonoro y potente "guipipía".

Creo que usted debe indicar a la revista MVNDO HISPANICO el error apuntado, a fin de que se corrija.

Soy de usted un lector y s. s.,

O. Centeno M.

* * *

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Madrid.

Muy señor mío: En el número 24, correspondiente a marzo, de la importante revista hispanoamericana MVNDO HISPANICO, dedicado por cierto con gran alarde literario y tipográfico al Año Santo, se publica un admirable artículo, muy bien ilustrado además, en el que se describen los principales santuarios marianos de España, y al referirse a nuestro vernáculo santuario de Santa María de Montserrat se alude a la "villa de Manresa".

Manresa, emporio industrial y comercial, capital natural de la extensa comarca de Bages y otras limítrofes, con un censo de cerca de 50.000 habitantes, dejó de ser villa hace siglos. Veámoslo.

En tiempos de la dominación romana, Manresa, según unos llamada entonces Rubricata, según otros Minorisa, tenía todos los derechos de ciudad municipal independiente, gobernándose por leyes propias y teniendo derecho sus habitantes a disfrutar de todas las dignidades del Imperio. (J. Sarret Arbós.—"Compendio Histórico de Manresa", pág. 10.)

Bien es cierto, por ejemplo, que en 1114, en documento del Rey Alfonso I, se la denomina villa, y en escritos del 1283 se la titula "lloc" (lugar), y que se repite la denominación de villa en otro documento del Rey Jaime II, de 26 de agosto de 1311, al conceder el privilegio real de la celebración de la aún persistente feria de San Andrés.

No obstante lo cual, ya en 13 de julio de 1020, en escritura otorgada por la condesa Ermesinda, el conde Berenguer y el Obispo Clisa, se da a Manresa el título de Ciudad.

A 4 de febrero de 1288, en escritura de venta otorgada por el Rey Jaime II a la Universidad de Manresa, a ésta se la denomina Ciudad.

Hasta que en 22 de abril de 1315, el propio Rey Jaime II, atendiendo que en documentos antiguos consta el título de Ciudad aplicado a Manresa, MANDA que en adelante se le dé siempre dicho título de Ciudad. ("Llibre Verd", folio 13.)

Si con estos apuntes logramos situar la verdad histórica en su justo medio, nos daremos por muy satisfechos.

Atentamente le saluda,

Enrique Sarralde Pascual

Parece que la verdad histórica queda muy en su justo medio con los brillantes alegatos que nos expone D. Enrique Sarralde Pascual.

University of Oklahoma.
Norman, Oklahoma, U. S. A., 10 mayo 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Madrid.

Apreciado señor: En un artículo referente al escritor argentino Enrique Larreta, de la Sección "Cuando el nombre suena..." del número 22 de MVNDO HISPANICO, he podido observar que al mencionar a los más notables escritores hispanoamericanos de los siglos XIX y XX el autor del artículo olvidó lamentablemente nombrar a algunos de los mejores escritores y poetas colombianos, orgullo de su Patria y gloria de las letras castellanas.

No comprendo, en verdad, cómo se puede dejar de colocar el nombre de nuestro eximio poeta Guillermo Valencia, "El maestro de América", como se le ha llamado, en un sitio en donde aparecen los grandes de la poesía castellana en América. Ni sé por qué razón no se incluye a Silva, o a Pombo, o a Gutiérrez y González, o a Arboleda, o a Flórez allí en donde, en cambio, no se olvida a Nervo. Esto, hablando de poetas. Supongo que el señor autor del artículo se olvidó que Colombia se enorgullece muy justamente de una pléyade magnífica de grandes escritores, que siempre le han hecho considerar como una de las naciones más cultas de América. Entre nuestros mejores escritores del siglo XIX se distinguen, entre otros muchos, el sabio F. J. de Caldas, M. A. Caro, R. J. Cuervo, R. Núñez, J. Isaac, J. M. Marroquín... Más recientes son M. F. Suárez, M. A. Bonilla, A. Gómez Restrepo, I. E. Arciniegas, J. J. Casas, N. Bayona Posada... Son ellos literatos cada uno de los cuales podría estar entre los que menciona el artículo a que me refiero, para mayor gloria del grupo.

Perdóneme, señor Director, si encuentra usted brusca esta carta. Puede creerme que estoy resentido por el descuido dicho y por no ver aparecer el nombre de mi Patria con más frecuencia en su excelente revista. Yo querría que usted supiese cómo se quiere a España en Colombia y cómo nos sentimos orgullosos los colombianos de esa sangre española que corre por nuestras venas.

Pasando a otro asunto, deseo manifestar a usted qué gran complacencia y profunda emoción me produjo la lectura de la IV y última parte de "Escándalo en América", del formidable periodista Manuel Penella de Silva (MVNDO HISPANICO, núm. 23). Con los ojos brillantes y el ánimo exaltado me deleité grandemente en la contemplación de ese cuadro vívido de la genuina España. Por España, como por mi Patria, daría yo mi vida, y con ello me sentiría infinitamente honrado.

De usted afectuoso servidor,

Héctor Mayorga E.

En manera alguna olvidamos a la magnífica pléyade de literatos colombianos al mencionar en el trabajo dedicado a D. Enrique Larreta a alguno de los más notables escritores hispanoamericanos del siglo XIX. Los nombres que entonces dimos eran sin ningún ánimo exhaustivo.

Estafeta

La señorita Pilar Forján Sanz, residente en Madrid, calle de Andrés Mellado, 3, 6.° A, desea sostener correspondencia con jóvenes de países americanos, especialmente de Puerto Rico.

* * *

Halina Haupa, residente en Buenos Aires, Iberia 3.490, de doce años, desea mantener correspondencia con niños de todo el mundo.

* * *

Don Bonifacio Gómez Reyes, residente en Jicaral de Puntarenas (Costa Rica), desea mantener correspondencia con chicos y chicas de toda América del Sur.

* * *

Don Antonio R. Plaza, residente en Burgos, calle San Juan, 44, 1.° C, desea iniciar correspondencia con cuantas personas, de los países de habla española, lleven la dirección o control de grupos juveniles, tales como los «Boys-Scouts», etc.

* * *

Don Jaime Marcos, residente en Salamanca, calle de Fernando de la Peña, 13, desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de países hispanoamericanos.

* * *

Don Mariano Llivi Ibáñez, residente en Barcelona, calle del Consejo de Ciento, número 365, desearía sostener correspondencia, con América Española, en intercambio cultural.

* * *

Don Alfonso Gómez Casado, residente en Valladolid, calle Catorce Metros, 28, desearía mantener correspondencia con señoritas de cualquier país hispanoamericano, de quince a dieciocho años.

¿Por qué FIESTA NACIONAL?

Por JOSE MARIA PEMAN

(De la Real Academia Española)



UNA «nación» es una de las cosas más difíciles de definir y perfilar. Desde luego hay una parte en ellas—y en cualquier fenómeno «nacional»—de espontaneidad telúrica, folklórica y silvestre. Pero «lo espontáneo», como «lo típico», es un valor equívoco de muy peligrosa manipulación. ¿Qué es «típico»—en el sentido de signo cargado de sentido expresivo de lo español— : la gorrilla de visera echada sobre la frente, de los chulillos de sainete castizo? Pero parece que esa gorra es la gorra inglesa de los hampones de los muelles del Támesis, que la trajeron a España con Lord Wéllington. ¿Los coloristas trajes populares de Lagartera o la Alcarria? Pero, cuidado: dicen que muchos están tomados de tapices franceses, de estilo arcádico, a lo Wateau. ¿El mantón de Manila? Pero ya lo dice su nombre: de Manila...

¿Los toros, entonces? También ha habido en esto sus violentos sostenedores de la decepción. Desde luego «los toros»—la fiesta «nacional»—se organizó y perfiló dentro de las líneas que hoy conserva, en pleno siglo XVIII; en un siglo europeizante, ilustrado de «populismo dirigido». Los toros cuajaron a fuerza de reglamentos, disposiciones y mimos autoritarios, de arriba abajo. Al fin y al cabo, lo mismo que la cerámica popular, cuyos modelos—en Manises, por ejemplo—buscaron Carlos III y sus ilustrados ministros, en su deseo de proteger el artesanado y la pequeña industria. Yo no sé si es cierto, como supone Pepe Bergamín, que la suerte de banderillas la inventó un torero francés. Si así es, acaso sea expresión de ese sentido de simetría propio de la mente francesa y que hace que cuando se ha colocado un jarrón en un extremo de una chimenea haya necesidad ineludible de colocar otro en el extremo contrario. Como las banderillas... Lo cierto es que, sea como sea, todos esos ingredientes ilustrados, afrancesados o gubernativos han sido fundidos en una creación perfecta que merece el apellido de «nacional», o de «popular», por lo que lo merecen siempre las cosas que alcanzan tan alta condecoración: por el ruidoso calor de aceptación y asimilación que el pueblo ha puesto en ellas.

¿Acaso «la nación» misma, base y sustento del adjetivo, no es una construcción hecha de ese mismo modo, con una parte de calor popular, de asentimiento espontáneo, y una parte, todavía mayor, que va a su encuentro, de organización y decisión desde arriba? Una nación es en gran parte una cosa decidida y organizada resueltamente. La prueba es que en el torrente léxico, donde tan difícil es meter cualquier palabra nueva, se aclimatan en seguida y florecen de pasión mística los grandes «neologismos» que bautizan naciones. Bolivia o Colombia o Argentina son nombres que revelan la pensada y casi estética elaboración de los productos que etiquetan. Sin embargo, a los pocos años de su invención eran sostenedores de entusiasmos trepidantes y nacionalistas. Sobre una mesa construyeron los diplomáticos hace unos años esos ingeniosos anagramas que son el Benelux o el Pakistán, y sin embargo hay ya mucha gente dispuesta a dar su sangre por tan detonantes y explosivos neologismos.

Pues si la «nación» en sí misma se hace con elementos tan volitivos y con tan programáticas resoluciones, ¿cómo nos vamos a extrañar de que las cosas «nacionales» puedan construirse de semejante modo? El «pueblo» es algo mucho más comprensivo que lo que quiere la demagogia. Floridablanca dando un reglamento de toros; Moratín, el culto y europeo, cantando a Pedro Romero; Goya pintando a Cúchares; las duquesas enamorándose de los toreros: todo eso es «pueblo» en ebullición y entendimiento; enjambre fabricando su miel. Lo que sale de ahí es «nacional» precisamente porque es un maravilloso producto equilibrado de sol y sombra; de griterío, irrespetuosidad, puntualidad y reglamento. Nada más inapelable que la autoridad de un presidente de toros. Nada más rápida y sonoramente juzgado y sancionado. Por eso la plaza de toros es «ágora», y dentro de ella hay una enorme cantidad de auténtica nación.

Probablemente el secreto de todo está en que hay un fondo subconsciente, comunal, que en los toros se libera y expansiona y pone de relieve cosas raciales (no me gusta la palabra, pero ya me entienden) y psicológicas que están más allá del precio y el sitio de cada localidad. Hasta cuando se «dividen las opiniones» hay una «opinión» previa y dura que no se divide: que es esa que llevó a todos allí a sentarse, codo con codo, en un graderío circular y continuo.

Por eso es privilegio de los verdaderos pueblos viejos el expresarse en fiestas comunes, sonoras e indiscutidas. Los hombres como las montañas, se unen por abajo, por las bases. Muchas veces piensan de modo distinto; pero cuando se divierten unidos por manera unánime hay «nación». Porque es la «diversión» la que libera y saca fuera los sustratos profundos de una comunidad. «Divertirse» significa, es cierto, separarse. Pero es «separarse» de uno mismo y «encontrarse» con los demás... Unicamente los pueblos viejos logran «fiestas» comunes, como las tuvo Grecia. Los americanos del Norte todavía no han encontrado su expresión festival, y tienen que contratarle al negro su alegría, poniéndole un saxofón en la mano y encargándole que haga, a nombre de ellos, el ruido a que su tradición puritana no les consiente. El *jazz-band* es una alegría contratada. La corrida de toros es una fiesta nacional.



FÚTBOL y TOROS

Por JOSE M.ª SANCHEZ-SILVA

HE aquí, respecto de lo primero, algo que me hubiera gustado saber escribir: "A cada impulso aparece y desaparece con regularidad de máquina el bíceps femoral del muslo. Sus brazos funcionan como bielas. El busto gira a derecha e izquierda, jovial, sobre las riñones inmóviles. La carrera es el más viejo de los juegos". Así escribe Henry de Montherlant.

Y he aquí, respecto de lo segundo, algo que yo mismo he dicho torpemente cierta vez: "Quizás los españoles, en efecto, hablemos demasiado de la muerte; pero cada uno habla de lo que entiende".

* El toreo se aproxima más a la Filosofía. El fútbol, a las Matemáticas.

* El toreo es el arte que se propone una técnica para ser comprensible; el fútbol es una técnica comprensible que cobra la belleza sin proponérsela demasiado.

* El fútbol es asociación, instinto colectivo, sentido de equipo, ejército, coral, himno. El toreo es lo contrario: un sacrificio, un monólogo silencioso.

* Tan distintas son una cosa de la otra, que si los futbolistas tuvieran que brindar antes del partido, sólo podrían decir: "Que nos crezca una coleta si no vencemos esta tarde".

* En los toros, el miedo es más peligroso que el valor, al revés que en el fútbol.

* Sin entender de ninguna de las dos cosas, es más fácil divertirse en los toros. Pero lo malo para la fiesta es que, entendiendo..., también.

* Ya nada diferencia a los espectadores de uno y otro juego; acaso las pupilas de unos sean redondas, y rectangulares las de otros; pero eso será todo.

* Al menos, si la figura rectangular de los estadios destruye la solidaridad general de los espectadores, la circular de las plazas de toros debiera fomentarla.

* Nadie pide la llave del estadio para comenzar el partido, porque todo el mundo sabe que los balones tienen los cuernos afeitados.

* Aunque los cuernos de los balones están en los tacos de las botas de los jugadores.

* El "paseíllo" de los futbolistas es esa todavía torpona carrera hacia el centro del campo, donde lo único que se exhibe, por el momento, es el dorsal.

* En el primer tercio, también el ataque de una línea delantera desplegada es como abrirse de capa.

* La suerte de banderillas, en el fútbol español, sólo tiene un buen representante: Luis Molowny.

* El alma de un equipo está distribuída entre todos y cada uno de sus miembros. Cuando no es así, a ese equipo resulta fácil partirle el alma.

* —¡Pon más alma!—le gritan a un torero.
—Bueno; pero entonces déjenme quitar el cuerpo—dirá él.

* El dorsal es la mochila del jugador: obliga y pesa en la conciencia, pero puede llevar dentro la victoria.

* La coleta, hasta hace poco era prenda de la hombría taurina. Ahora la coleta es, cuando más, una prenda de quita y pon.

* El balón es un pequeño mundo como el nuestro, cuyo destino las más de las veces está también entre los pies de veintitantos señores.

* Mientras tanto, el toro, a su vez, es un ingenuo sér como nosotros, que vive y se muere de ilusiones.

* El aire caballeresco que le falta al mozo de estoques del fútbol se subrayaría más con la servilleta necesaria para quien sirve gaseosas y limones.

* Ahora, sin las coletas, las cabezas de los toreros se parecen a las cabezas de los futbolistas. Al menos, por fuera.

* Cuando los balones son demasiado ligeros o demasiado pesados, ¿debieran salir cinco o seis balones corrientes, con cencerros, a llevar a su díscolo congénere a los chiqueros?

* Y el propio árbitro debía ser, además, prestidigitador. Así hallaría su fin, sustituída por pañuelos de colores, como en las presidencias taurinas, toda clase de gesticulaciones.

* Entre los dos gritos de las grandes muchedumbres—"¡Olé!" y "¡Gol!"—se intenta abrir paso, con su invisible cuello de pajarita, el educadísimo "¡Bravo!" del público de conciertos.

* El tobillo del buen jugador de fútbol debé ser tan preciso como la muñeca del buen matador de toros. Si no hubiera que fajarla en uno de los casos, diría lo propio de la cintura.

* Cuando los "tiros" van altos, los balones no vuelven, como sucede con los estoques después de pinchar hueso; a unos y otros los guarda en su saco la mala estrella.

* Y cuando el balón roza el poste y el torero escapa milagrosamente al cuerno, la barrera y el poste también dicen: "¡Huy!"

* A los equipos que juegan por alto también hay que humillarles la cabeza oponiéndoles balones rasos.

* La mejor faena de muleta que yo he visto en fútbol: los últimos minutos del España-Brasil. La memoria sabe quién fué allí el toro.

* Cuando el jugador grita: "¡Mía!", recuerda un poco al matador que dice: "Dejadme solo".

* Por mucho que se diga, ese matador que torea en el terreno del toro y no en el suyo, está en "offside".

* A veces, cuando el matador se perfila miro al reloj y pienso en el "penalty" decisivo.

* El balón tampoco resistiría el estoque. La muerte, eso sí, sería más dulce y el bicho se vaciaría con ese "pfff..." que se oyen, espantados, los heridos en la pleura.

* Cuando el toro se derrumba con el estoque hundido hasta las agujas, el guardameta batido se incorpora penosamente y va a sacar el balón del fondo de la red.

* En la plaza muere siempre algo más que el toro; en el estadio muere sólo la esperanza momentánea del derrotado.

* También al césped del estadio debieran salir, al final del encuentro, las mulillas de los festejos taurinos, para llevarse a rastras al mirón cuyo silbato ha confundido a los espectadores lejanos.

* La Muerte prefiere el fútbol porque ella va al ruedo a trabajar, y en el estadio gusta de quedarse entre los espectadores para ver mejor y descansar un rato.

* A veces, distraída, apoya su mano helada en el hombro de un compañero de graderío y después dicen los periódicos que un espectador falleció a causa de la emoción. Sólo Ella sabe que fué de frío.



Esta es *la fiesta* ESPAÑOLA

Por JUAN APARICIO

CUANDO el balompié, entre la exaltación y el desánimo de los españoles, parece haber logrado la ejecutoria de nuestra fiesta nacional, ya nadie recita aquella cuarteta de D. Ricardo de la Vega, compuesta con énfasis legitimista en medio de los dimes y diretes de una porfiada polémica. Una gran parte del país abandonó los cosos para entrar en los estadios, ya que el fútbol es un espectáculo de masas; mientras que en los toros, a pesar de las plazas monumentales, ni los toreros, no obstante la adulteración de la propaganda, ni el público, aunque se haya contagiado de la pequeñez de las reses y de la magnitud de los emolumentos, han perdido su acento personal. Esta otra parte del país consiente en asistir a las corridas de toros, con una conciencia y esperanza mesiánicas, para evitar la absoluta invasión de las plazas por los extranjeros y para mantenerse en la línea fatalmente histórica de que tras una mojiganga o charlotada siempre adviene el "fenómeno".

El sainetero D. Ricardo de la Vega versificaba como un profeta al advertir que: "Esta es la fiesta española,—que viene de prole en prole,—y ni el Gobierno la abole—ni habrá nadie que la abola"—; pero sólo la sagacidad de Juan Belmonte ha dado en el quid completo de las filias y de las fobias alrededor de las corridas de toros. Filias y fobias políticas en las que andan metidos los Gobiernos. En el libro que Pérez de Ayala publicó bajo la coyunda de política y toros no he encontrado la similitud ni el parentesco de ambas actividades humanas, puesto que el escritor las analiza como vicios de nuestra psicología, como perversiones nacionales, en un tiempo de oposición de Pérez de Ayala frente al Estado y en un tiempo de descomposición de los partidos liberales, en el que se aludía por cada cual a la Dictadura. Así, con inconsecuencia e incoherencia, el belmontista Ramón Pérez de Ayala declaraba: "Si yo fuera dictador de España, suprimiría de un plumazo las corridas de toros. Pero entretanto que las hay, continúo asistiendo". En cambio, Juan Belmonte, dentro de un prólogo pedido por D. Natalio Rivas para su obra sobre la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, ha descubierto el porqué de los pros y los contras suscitados durante un siglo en torno de lo que debía haber sido una unanimidad nacional.

Belmonte se coloca en la España de 1830, cuando oficialmente se tuvo en cuenta el cuerpo y el alma de los toreros, y a continuación comenta la medida: "Desde luego se ve que nace con un sello político, en una época de grandes luchas, y que tenía que despertar la repulsa del bando contrario Este bando contrario representaba las ideas políticas nuevas, influídas por el liberalismo, que, naturalmente, tuvo que motejar la escuela del partido contrario. Como al final triunfó esa política, la escuela fracasó. Al lector se le ocurrirá preguntar ¿qué porvenir hubiera tenido la fiesta taurina si sucede lo contrario? Que el bando triunfante hubiese patrocinado la escuela y, en general, las corridas de toros, y personajes con influencia en la oposición, la hubieran elevado a la categoría..." Tales suposiciones, sin acabar, de Juan Belmonte aclaran el secreto de que el belmontista Ramón Pérez de Ayala hiciese remilgos espirituales a una diversión que se le entraba por los poros, aceptando como mal menor su concurrencia a la fiesta y sin rechazar el mal mayor, el máximo mal de un odio antiguo a los toros, porque reinando Fernando VII se había pretendido educar y proteger la vida de los toreros. De estos rencores antifernandinos se ha nutrido, a las claras o inconscientemente, una postura de los taurófobos, cuyas razones eran más arbitrarias que razonables. Sopesando en justicia el Intendente sevillano D. Francisco Arjona la dialéctica que se esgrimía para defender o impugnar con silogismos las corridas de toros al fundarse la Escuela de Tauromaquia. no halló un adarme más de peso en ninguno de los dos brazos de la balanza; aunque su juicio particular, como protector de la Escuela, fuese que puesto que discutiendo no había vencedores ni vencidos se atendiese a salvar y a favorecer a una clase de españoles que tradicionalmente habían demostrado valor y hombría, en la búsqueda de un renombre y de un patrimonio.

Las corridas de toros tienen que entenderse del lado de los toreros, quienes son los únicos que representan las virtudes innatas de nuestro pueblo. Dejamos el toro a las Sociedades protectoras de animales o a los laboratorios de psicología experimental; pero no se puede prescindir de los toreros, que pertenecen a las castas más tenaces y pertinaces de España. Si un investigador historiase los entronques de las familias toreras, se revelaría que ciertos abolengos de origen cordobés son más indelebles que los pergaminos de la nobleza, ya que esta aristocracia campeadora—el Cid Campeador fué el primer matador de toros conocido—y campera se renueva con sus contactos continuos con la tierra. La tierra, de donde salió Adán, es también la cuna y el barro de los toreros, cuyas estirpes campesinas no pueden olvidarse ni en el momento en que surge el toreo colindante con la Reconquista, cuando el campesinado andaluz se queda sin la propiedad de la tierra; ni en el instante de su desarrollo dieciochesco como toreo a pie, contemporáneo con el estudio de Jovellanos acerca de la reforma agraria, ni en la ocasión del siglo XIX, cuando se cuajan todas las invectivas ante el toreo y cuando se promulgan las leyes liberales de los años 1836, 1841, 1855 y 1888, que arrebatan las últimas tierras a los pueblos y a los pobres; ni en las tardes veraniegas de las corridas actuales, en las que detrás de cada feria hay una cosecha recogida y un público en función de la esplendidez o penuria del grano.

A pesar del sentimentalismo de la diatriba, tan inconsecuente como cualquier argumento de los liberales, lo más genuino de nuestro toreo son las capeas, donde se emplean los carros de la labor y donde la agricultura está presente en la plaza. El torerillo de la capea ha contemplado los campos circundantes, obteniendo su fuerza al contacto con la tierra, lo mismo que Anteo. Cuando el torero ha conseguido la fortuna emplea sus caudales en la adquisición de fincas rústicas, de cortijos; lo que es una manera rumbosa de expropiar el terreno. Esta hambre de tierra, más que hambre de popularidad, es la que anima a los primeros toreros del siglo XVIII, siglo revolucionario hasta en la misma España, cuyos primeros Borbones se opusieron a las reinvidicaciones de la torería, como expulsaron a los jesuítas. Los usurpadores estaban en contra de cualquier demanda de restitución, así es que fué muy sangrienta y difícil la aventura al toreo rondeño y sevillano, debiendo inventar suertes y mañas para librarse de la cornada traumática. El torero era el bajo pueblo español, el campesino, que estaba a la intemperie, expuesto a las cogidas y a la miseria. Mientras que el torero toreaba solo, condenado a la muerte, sin indulto, cuando el torero no debe morir, porque en ese caso no se realiza su plan de recuperar la tierra, comprándola, fallando por completo su sino, aparece un hacendista, D. Luis López Ballesteros, Secretario del Despacho de Hacienda de Fernando VII, que apoya los proyectos del Conde de Estrella para establecer en Sevilla una Escuela de Tauromaquia, donde puede aprenderse una enseñanza preservadora de percances. El propósito es educador, humanitario, filantrópico; pero, como todas las grandes creaciones españolas, opera con una dimensión viril: es compasivo, pero no es endeble ni alfeñicado. López Ballesteros fué el mejor Ministro de Fernando VII, el que puso orden en el desbarajuste de las cuentas y del Estado, un Ministro viril, en tanto que Calomarde, enemigo de la instalación de la Escuela de Tauromaquia, fué Calomarde.

Si se hubiera perfeccionado de este modo, recogiendo desde el Poder los impulsos nativos de esa ambición española que se medía con un peligro mortal para vencerle y para recobrar la tierra milenaria de su pertenencia, nuestro siglo XIX hubiera sido un siglo cabal, sin cara y cruz, sin anverso y reverso, instruyéndose el pueblo más bronco en esa especie de gimnasio para pulir facultades, en aquella Universidad popular regida por Pedro Romero; pero el ensayo duró desde 1830 hasta la fecha del fallecimiento del Rey, cuando empieza la ficción del Régimen liberal en Espana y cuando se desamortiza la tierra y la fiesta nacional de los toros se convierte en una fiesta en litigio. Sus postreras consecuencias partidistas fueron que el periódico *El Sol* se resistiera a publicar en sus páginas grises y anabaptistas ninguna reseña de toros, queriendo ignorar la existencia de millones de españoles que eran partidarios, y sobre todo la existencia de los toreros. Cuando se logra un torero como *Martincho,* como *Paquiro,* como *Pepe-Hillo,* como *Cúchares,* como *Lagartijo,* como Reverte, como *Espartero,* como *Guerrita,* como *Joselito,* como *Manolete,* su sola figura llena una década, una eternidad de la Historia de España; porque los días cotidianos están repletos de los trabajos de los toreros sin nombre. La postura de *El Sol* no fué la actitud de Eugenio Noel, adversario de los toros, pero enteradísimo de la sabiduría taurina. Enfrente de *El Sol,* el semanario más generoso de nuestro tiempo ofreció dos columnas constantes a la sección con la rúbrica de "Escuela de Tauromaquia", inserta en *El Español* entre 1942 y 1947.

Después de la guerra de independencia y de liberación de España por Francisco Franco, las profesiones intelectuales, hipócritamente resentidas por el menosprecio que suponía la fundación real de una Escuela de Tauromaquia, se han reconciliado con los toros, y sobre todo con los toreros. Ortega y Gasset prepara su interpretación metafísica de la fiesta y hasta la biografía de algún torero, mientras que Eugenio d'Ors está a punto de editar su libro de las Tes (toros, títeres y teatro). En los poetas hay desde Gerardo Diego a Rafael Morales, el del "Poema del Toro"; todos son taurófilos militantes, como si Fernando Villalón, espiritista y metapsíquico, ganase esas batallas después de muerto. Giménez Caballero denunció en 1931, un mes antes de la llegada de la República, el origen republicano y europeo de las corridas de toros, reivindicando el feudal torneo a la jineta; pero Giménez Caballero es un aficionado integral, desde que iba con su padre, abonados, a una barrera. La generación de escritores falangistas organizó un homenaje falangista, y D. Pedro Rocamora ha permitido que toreros y ganaderos asaltasen la tribuna del Ateneo, que era el cogollo de la España liberal y antitaurina. No hay un obstáculo a la fiesta nacional; pero, ¿dónde están los toros, dónde están los toreros, dónde está el público? El público, que antaño comía en las plazas criadillas de toro, mientras que hogaño injiere leche con cacao o falsa "coca-cola", es ingenuo, veleidoso, versátil. Recordaba Benavente que los partidarios de *Lagartijo* se hicieron esparteristas, en vez de secuaces del *Guerra,* que era el heredero directo del Califa, en tanto que los hinchas de *Bombita* se transformaron en belmontistas, en lugar de haber seguido a *Joselito,* en conexión con Ricardo Torres. El público no adquiere casi nunca personalidad, llamándole de bulto y con desdén "Sobaquillo" los aficionados, y "Don Modesto" los espectadores. Los toros dependen de las camadas en relación con el año agrícola. Yo, que no soy un lince, pronostiqué en un artículo publicado en octubre de 1949, "un año sin toros", como consecuencia de la sequía del año 1945, y hemos tenido un año de novillos y de novilleros. En cuanto a los toreros, la fibra, el soporte y el porqué de la fiesta, estoy convencido de que han de subsistir brillantemente; porque todavía hay tierras que comprar y labrar en España.



CARTA SOBRE LOS TOROS
A GASTON DOUMERGUE
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA



Señor Presidente:

A usted debemos las corridas de toros con muerte en el Mediodía de Francia. Aunque ya habían entrado. hacía medio siglo, en las tradiciones del pueblo meridional—en lo profundo le pertenecían desde sus orígenes—, se nombró en el año 1900 una comisión parlamentaria para que dictaminase sobre ellas. Usted solo, en contra de la comisión entera, logró hacer que triunfara la fe. Cuánto me complace aquella frase que usted dijo a sus adversarios, y que suena al triste acento de Séneca: **Se comprende que los hombres tengan pocos amigos cuando los animales tienen tantos.**

Quizá se acuerde usted aún de otra frase: **Las corridas de toros han contribuído y no poco a mantener el vigor de la nación española.** Pero, indudablemente, Juan Jacobo Rousseau, que la escribió (en el Gobierno de Polonia), será también un bruto inhumano, un sostén de la regresión.

Ha nacido usted, se ha criado usted en la religión del toro. En Nimes la violenta (esa Roma de las Galias, el arco de Augusto, el circo, donde se luchaba con los cornúpetas en tiempo de Suetonio), las piedras tienen esculpidas la bestia mágica. He visto a veinte mil almas, en la plaza, aclamando al Sol al salir de entre las nubes. Si no con su inteligencia, con sus entrañas, sabían que desde hace treinta siglos adoran al Sol y al toro, que es un signo solar. "En el Mediodía taurino de Francia la pasión de los toros tiene raíces aún más hondas que en la misma España." Para haber dicho esto, que es tan exacto, aunque sorprenda a los profanos, hay que haber ponderado ese amor en sí mismo.

¡Qué delicia sería hablar en su despacho del Elíseo, entre una biblioteca y un jardín, de toros y nada más que de toros, Dios mío! Usted mismo me lo contaría: cuando siendo muchacho su padre le llevaba a la corrida del pueblo y tenía la coquetería de pasar, ya empezada la corrida, por el "plan", donde estaba el toro suelto. Le llevaba a usted cogido de la muñeca; pero, sin embargo, usted se sentía muy contento de que el toro estuviese al otro lado. Años más tarde, en una de esas cabalgadas en que los vaqueros de la Camarga entran a galope en el pueblo, rodeando el ganado de la corrida, un día le derribó a usted uno de los toros y, apenas incorporado, se echó usted a perseguirlos con sus camaradas de juego.

Dos diputados franceses, que estaban de paso en Córdoba cuando el entierro del gran "Lagartijo", mandaron una magnífica corona: llevaba su nombre de usted y el del señor Pams, catalán. Y era usted ministro cuando en Aguas Vivas, en una capea, bajó usted al ruedo y el toro le embistió un momento.

En la fachada de la iglesia de Caveirac, un altar taurobólico recuerda un taurobolio celebrado en Nimes en el siglo III en honor del Emperador. Yo, en honor vuestro, Presidente, querría... Pero no, estas páginas no le irán dedicadas. Le servirían de molestia. Más aún, quizá. Muchos humanitarios se jactan de haber disparado sus revólveres contra los toreros que vinieron hace treinta años a dar una corrida junto a París. La bondad es como tantos productos: la auténtica cura; la falsificada puede matar. Y tiemblo ante la idea de desencadenar contra usted un terrorismo de color rosa.

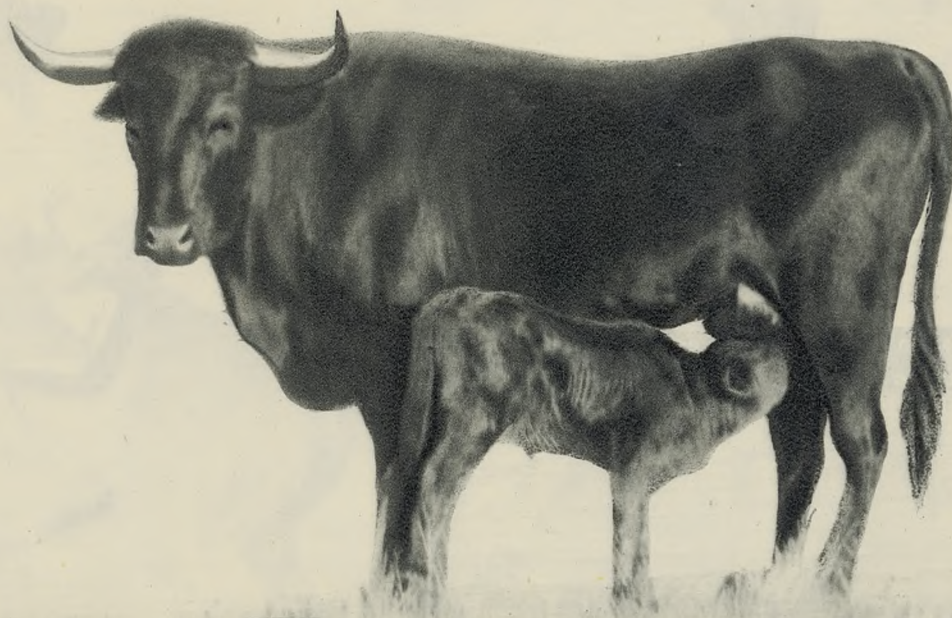
Déjeme, pues, que brinde este libro al pueblo meridional, sobre todo a las gentes del Languedoc y de la Provenza, que honran a su Dios y a su río con el mismo nombre (1). Uno de los hermanos catalanes celebrados por Mistral eleva para ellos la libación de una nueva copa: un rhyton de negra sangre en forma de testa de toro.

HENRY DE MONTHERLANT



(1) En sus notas al "Poema del Ródano", Mistral recuerda que la palabra provenzal Rouan, una de las que sirven para designar al toro, es precisamente el nombre emblemático del gran río.

VIDA y MUERTE del TORO de LIDIA



PUEDE afirmarse que el toro es el animal más noble de la creación, ya que a su valentía y poder ingénitos une ese atributo de nobleza que no le doblega al miedo, aunque sucumba al engaño. Un viejo poeta del lejano Oriente le ha llamado el «digno bruto». Y en efecto, todo es digno en el toro: su prestancia, su empuje, su retozar en la recentalía y su gravedad en la madurez. El pueblo español le ha elegido como símbolo y víctima de su más brava y hermosa fiesta, y con cálido instinto multitudinoso le honra y sacrifica en un holocausto espectacular que preside el sol ibérico, sobre un enorme anillo de colores y voces, como una exaltación de luminosas mitologías. Y fué este toro de Iberia —«rey y señor de los verdes prados»— el que en días remotos llevaron los conquistadores a las tierras del Nuevo Mundo, primero con ánimo de defensa y ayuda, después como semental para perpetuar en el fraterno suelo colombino el bello juego de oros y sangre, valor y arrogancia, que constituye la gran función hispana.

Pero, generalmente, se mira y estudia al toro en su relación con la destreza del torero, no en los avatares desde su cuna —desde el campo—, y es aquí, en este aspecto, donde reside el propósito que va a guiar ahora nuestra pluma, ya que la materia a tratar es por sí misma sobrado interesante.

El toro nace, por lo regular, durante el invierno. La vaca atiende a su retoño con la mayor dulzura y diligencia, le da pródigamente la leche de sus ubres, y vela su crianza y primer desarrollo con solícito instinto. Cuando se inician los días primaverales, el choto alterna la nutrición con la de algunas porciones de hierba. A medida que crece, demuestra las primicias de su desarrollo con retozona alegría, mostrándose valeroso y acometedor desde que apenas puede sostenerse. Ya apuntan en él sus atributos de braveza, sus cualidades de ímpetu, a la vez que el brote de sus astas: dos tiernos cuernecillos de blancura casi lechosa.

Permanece al abrigo de la vaca madre hasta poco antes de cumplir el año, y entonces se le aparta de ella para someterle a las operaciones de

1 La vaca atiende a su retoño con la mayor diligencia.

2 Los chotos esperan el bautismo de la sangre y el fuego.



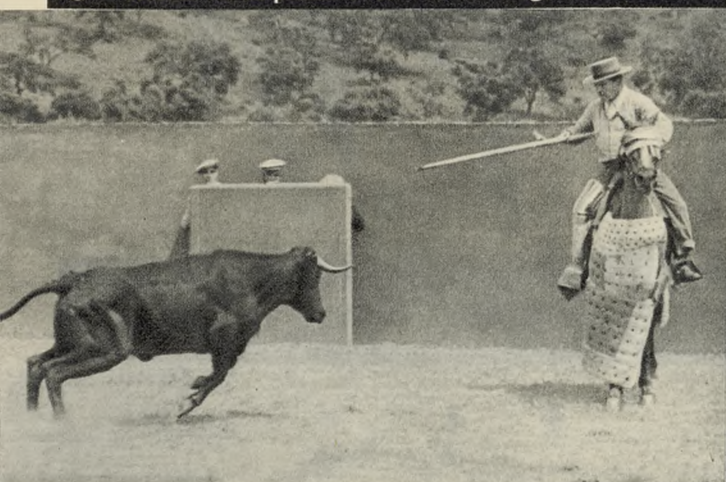
3 Herrando y señalando con fuego al becerrete.





4 La marca de la ganadería queda impresa sobre la piel del bicho.





5 Ya es un «eral», que muestra su juventud.
6 Tienta en la plaza o corral de la ganadería.



7 La tienta por acoso tiene un sabor campero y de rito bravío.

señal de oreja, marca de la ganadería y número que le corresponde; esto no sin que previamente se le haya dado nombre, que suele ser un derivado del que se aplicó a uno de sus progenitores, con más frecuencia el que distingue a la madre. Luego, apartado junto a sus hermanos en un corralillo, bajo la direccion del amo y del mayoral, que toman nota de las operaciones en sendos cuadernos breves, los vaqueros prenden por una pata, con lazo corredizo, al becerro en cuestión. Éste lucha, trata vanamente por soltarse de la cuerda que sostienen sus aprehensores, y llevado a otro corral paredaño del primero, se le derriba e inmoviliza, practicándole el corte y señal orejiles y señalando en su nalga derecha con hierro al rojo la marca de la ganadería, y en el costillar de igual lado el número que le corresponde, datos que después pasan al libro registro.

Devuelto al cuidado de la vaca madre, ésta le recibe solícita y lame sus heridas; pero la devolución dura poco tiempo, porque antes de ser «añojos», o sea de un año cumplido, se retira nuevamente al becerro de su fecundadora, y apartado con los iguales de la camada llega hasta cumplir los dos años. Ya es un «eral» espigadillo, que muestra la arrogancia de su juventud.

Se acerca la hora de la prueba, el momento de saber qué destino le espera al torete, lo cual apréciase en la tienta, cuya práctica da la pauta para considerar la bravura y nobleza de la res.

La tienta se hace de dos maneras, en corral y por acoso. Desde luego, no es corriente en el día someter a los machos a estos trances, porque hay quien estima, como ya hemos advertido en anteriores trabajos, «que puyazo recibido en la tienta es una vara menos que el animal toma en el ruedo». Pero no faltan, por fortuna, criadores de reses bravas que piensan de modo contrario, y, a nuestro juicio, su opinión les hace acreedores al mejor elogio. Quede así consignado nuevamente en estas líneas, ya que más de una vez lo hemos dicho.

Verificada la separación de los erales, entran uno a uno en el corral. Arrimado a la tapia y portando la pica, en sitio opuesto a la querencia del torillo, aguarda su arremetida el tentador, entre la expectación y el silencio de los asistentes, y mientras el auxiliar se disimula tras un burladero, en espera a que su intervención se haga precisa. Divisado el caballo por la res, ésta se lanza sobre aquél con impetuoso arranque, estrellando la cabeza en el peto y conmoviendo la cabalgadura. Entonces, la puya del tentador se clava en el naciente morrillo táurico, y no tarda en aparecer el auxiliador, a cuerpo limpio, para apartar al becerro, que recarga codicioso contra el jaco. Castigado siempre por el piquero se repite una y más veces la acometida, y cuando el ganadero pronuncia la palabra de ritual —«¡Puerta»!— se da fin a estos encuentros de probatura. En vista de ellos se hace la clasificación del bicho por el criador: superior, bueno, malo o regular.

La tienta por acoso es campera. La libertad de espacio se conjuga con la libertad del noble bruto, y tiene un sabor de rito bravío, de espectacular algarada, con la grandeza primitiva de los rudos tiempos hazañosos. Veamos.

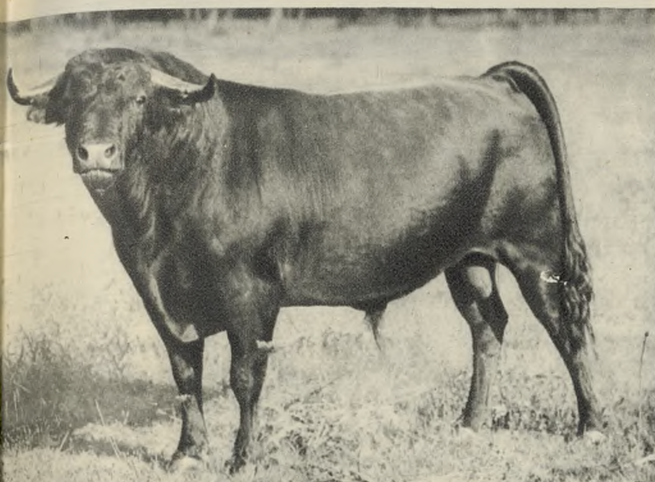
Preparadas varias parejas de jinetes y el que haya de actuar como piquero o tentador, marcha una de aquéllas al sitio donde campea el ganado. Separan al becerro que va a ser sometido a prueba y van alejándole de la vacada, hasta que el animal, bajo el acoso, se asusta y corre, siendo perseguido en su huída por la pareja de jinetes —«o collera»—, y cuando le alcanza, el garrochista adelanta el cuerpo asestándole la punta de la garrocha sobre los cuartos traseros o la penca del rabo, con tal fuerza, que le derriba. En tanto, el otro jinete sirve de protección a su compañero e impide el escape del bicho, cortándole los intentos que hace en este sentido. Si como sucede regularmente, el becerro vuelve a tomar la huída cuando logra



11 Avanza la conducción del toro.



12 El toro entra en el encerradero.





8 Ha cumplido el novillo los tres años...
9 El bruto ha entrado ya en la madurez.



10 Bella perspectiva de un cortijo andaluz con su placita de tienta.

levantarse, cambian sus papeles la pareja de caballistas acosadores, pasando a acosar el protector y a proteger el que primero acosaba. Reitérase la faena hasta que, por cansancio, el torillo se planta, hace alto en su carrera y se pone en actitud de reto frente a los que le persiguen y acucian. A continuación entra en juego el tentador, y el animal evidencia sus calidades de casta, valentía y aguante en los puyazos que recibe y en cómo los recibe, así como en la distancia desde la cual embiste contra el nuevo jinete que le tantea y le cita para el bravo encuentro, que un autor notable en las letras tauromacas ha llamado «lid de depuración de reses bravas». Cada becerro da un balance distinto en el acoso. A unos cuesta trabajo hacerles salir del rodeo, por revolverse buscando el amparo de los cabestros, mientras otros, desde el primer instante emprenden la correría; si los hay que derrotan contra los jinetes desmontados en cuanto éstos intentan erguirse, también los hay que se encaran con presteza y rápido gesto desafiador al verse cercanamente perseguidos.

Cumple el bicho los tres años. Ya tenemos un «utrero» hecho y derecho, para quien todos los cuidados y atenciones nunca se consideran bastantes. Está en la plenitud de su edad juvenil. A veces posee la estampa de «todo un señor toro», por su trapío y gravedad, aunque realmente es sólo un novillete pletórico, de buen peso, seriamente joven, al que han dado cuajada contextura, en no pequeña parte, la selección y la abundancia nutritivas, harto onerosas para el criador y de las que los ganaderos españoles pueden frecuentemente ufanarse, ya que en este aspecto de probidad, desvelos y sacrificios por sus reses tienen amplísimo ejemplario.

El paso de utrero a cuatreño, como decimos, está lleno de afanes y cuidados, y al alcanzar la edad del segundo o al borde de ella, abandona el astado la serenidad y placidez del soto verdeante, la compañía de los árboles centenarios, de los arbustos humildes; la plenitud y los crepúsculos de la dehesa o del cortijo, para ser transportado hacia donde se le destine, bien a cumplir un juego como novillo o a esperar su lucha con un espada maestro. Puede hacerse célebre por la desgracia o por la bravura, por la nobleza o por la efeméride de su lidia. En sus astas y en su poder, en sus cualidades y defectos está el arcano de su porvenir, la tragedia siempre cierta de su final.

Como hemos visto, de los tres a los cuatro años se prodigan esmeradamente los criadores en su solicitud hacia las reses, pues el floreo de pastos y la sobrealimentación a base de granos y salvados determinan para el cornúpeta sus condiciones de saca. O sea que se le refina y encarna con escrupulosidad para la brillante y luctuosa hora de su óbito, entre las voces cálidas de un graderío entusiasta, violento o apasionado.

El noble animal ha entrado en el inicio de su madurez. Ha cumplido los cuatro años. Vive como un gran señor de la campiña. Hoy, en este prado, floreando la hierba primaveral; mañana, en aquel cerrado rebosante de heno fresco; el pienso a discreción y sesteando tranquilamente a la sombra del fresno o de la encina. Con pausado y mayestático movimiento va el toro de aquí para allá; ventea el aire elevando la rizada testa, de la que destacan, punzantes, poderosas, y erguidas, sus astas; muge lastimero o desafiador, en son de celo o en quemazón de lucha, recortando su fabulosa figura sobre el magno escenario de la naturaleza.

Y llega el momento decisivo. Apunta la hora del alba cuando empiezan a advertirse en el campo idas y venidas de la gente vaquera, a las órdenes directoras del mayoral. Ya se hizo la selección días antes, escogiendo y estudiando la prestancia de las reses, con parloteos sobre su mayor o menor trapío, sobre su buena o regular estampa. Todo ello frente a la curiosa y



13 El toro pasa de trampa en trampa.



14 El toro queda prisionero en la jaula.



El mayoral, responsable de la ganadería.

limpia mirada de los toros, que luego se vuelven indiferentes hacia aquel rodeo que es el preliminar de su gloria y de su sacrificio.

Se oyen sobre la anchura verde de la dehesa, como redoblar de broncos oros, las campanillas y cencerros cabestriles, a los que se funden el galopar de los caballos y las voces del personal que cumple su misión. Estos ruidos son el preludio con que los dirigentes y auxiliares vaqueros se mueven para sacar una corrida con destino a ser lidiada. Los toros han de ser previamente conducidos al encerradero más cercano, cuando no le hay en la propia finca. Una vez hecho el apartado de aquéllos, a los que «arropan» —tal es la palabra de uso acostumbrado— el conjunto de cabestros o bueyes de tropa, con el jinete mayoral al frente, al que dan guarda y respeto los mansos denominados de estribo y cola, la conducción se abre camino. El momento de la marcha tiene una belleza máxima, con hondo aroma de campo y remoto trazo épico. Parece como si asistiéramos a una resurrección de alborada ancestral. Allá va, tras el caballero que rompe ruta, la noble piara junto a la protección paternalmente mansurrona, vigiladas por otros jinetes a los que acompañan y siguen algunos hombres a pie. Cortejo lento, de voces, cencerros, restallar de hondas, a través de las irregularidades y malezas del camino. Cuando la vista del jinete de cabeza advierte la manga, acucia a su caballo y emprende el galope. Todo el conjunto aprieta la marcha, cuidando los de a pie que los toros no se desmanden ni desvíen, lo que logran formándose en ala a ambos lados, con castigo y advertencia de voces y lanzamiento de piedras. La carrera se torna rápida, vertiginosa casi, hasta embocar el ganado por la puerta del ancho corralón.

Después va el toro de trampa en trampa, de engaño en engaño. Pasa de uno a otro carralillo, artimaña comunicante, hasta que se mete por la abertura del cajón, cuya trampilla se cierra de arriba abajo al colarse la res. Ya está el animal encajonado. Ya se le puede transportar hasta la plaza donde le espera la muerte, tras ofrecerle una corta apariencia de liberación.

Y ahora, en la arena del coso, burlado por la destreza de los lidiadores, sufrirá las suertes que entusiasman al concurso.

¡El toro de lidia! Bravo, noble y primer personaje de esta fiesta llena de color, bajo el azul del cielo, entre aclamaciones de una muchedumbre que enciende su entusiasmo con la llama secular de los soles hispánicos. ¡El toro de lidia! ¿Saben las gentes que celebran sus sacrificios o que cuesta ponerlo en sazón de lucha con el arrojado artista ante el que sucumbe?

Creemos que con esta explicación de las fases porque atraviesa el toro bravo —trayectoria de nacimiento, crianza, plenitud y muerte— no es difícil comprender lo que significa para un ganadero de estirpe, como es el español, el logro de sus reses.



Una certera estocada ha hecho que el toro, jadeante y vencido, caiga mortalmente herido.

ALBERTO VERA «AREVA»

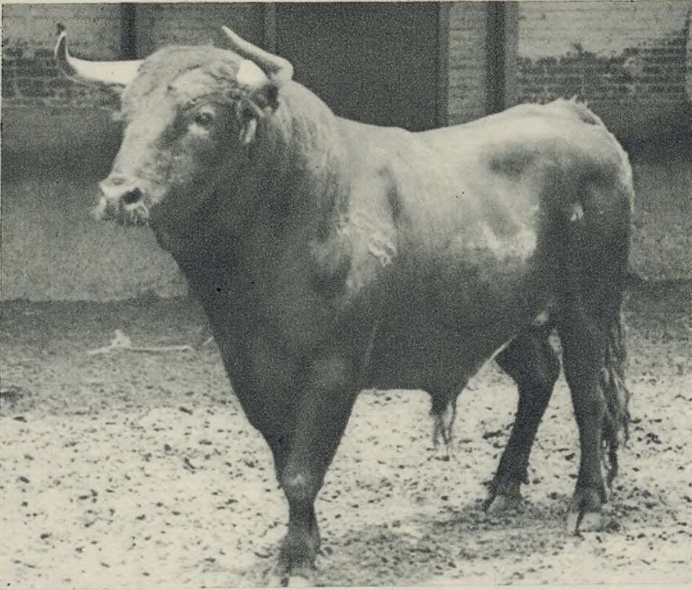
(Fotos del autor, Baldomero, Rodero, Gelán, Cano y Oliveira).



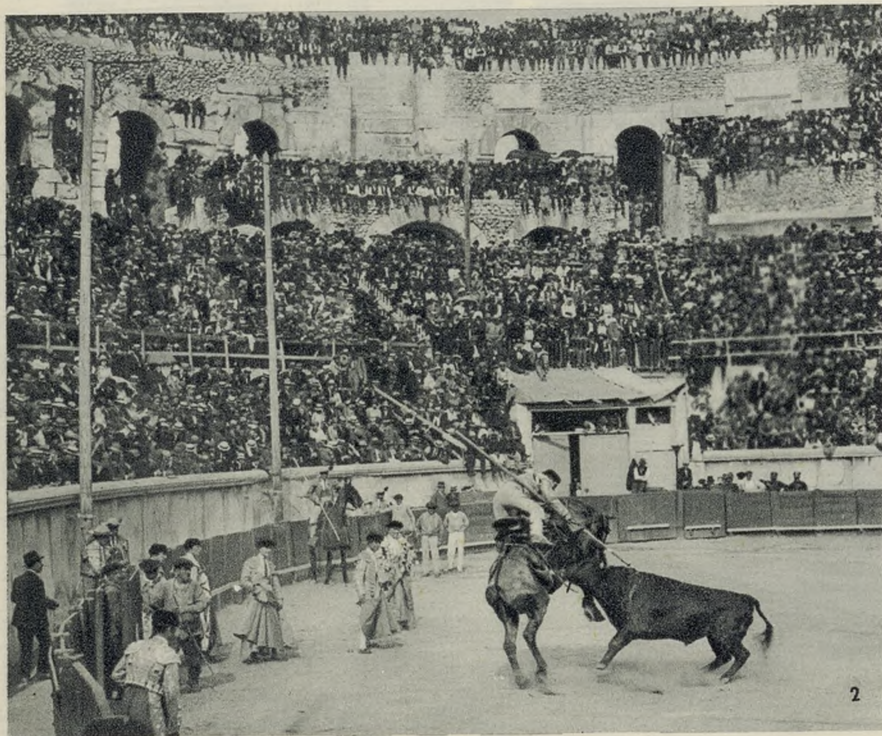
«Caída al descubierto».—(Premio de la Exposición Internacional de Fotografías, de Londres.) Corresponde la «foto» a una corrida celebrada en Toledo, en un mano a mano entre dos colosos del toreo de entonces: Rodolfo Gaona, mejicano, y Juan Belmonte, español.

EL TORO BRAVO
PRODUCTO DE EXPORTACIÓN

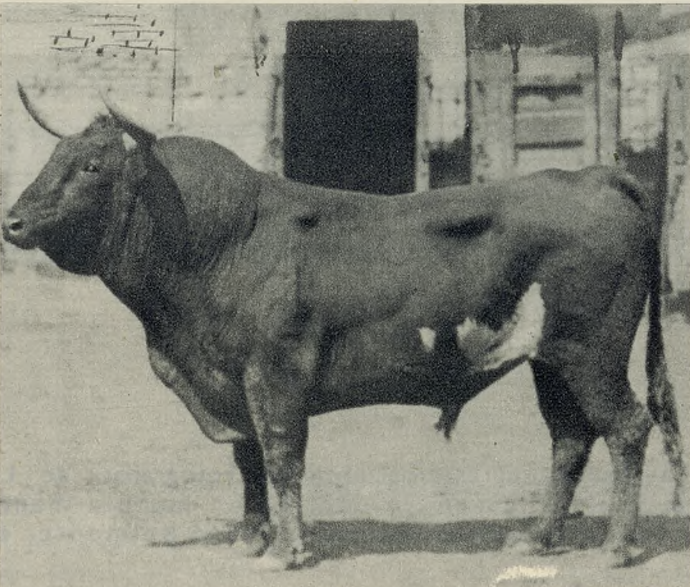
por Luis Fernández Salcedo



Ejemplares de toros bravos como el que muestra la «foto» superior, son con frecuencia exportados al extranjero. En la «foto» número 2, puede verse un toro español nacido en la sierra del Guadarrama, lidiado en el circo romano de Nimes (Francia), en la actualidad plaza de toros.



Entre los toros portugueses, que los hay de gran prestigio por su bravura, los de la ganadería Palha están considerados como los mejores para la lidia. La «foto» inferior reproduce un ejemplar de la citada ganadería lusitana de magnífica y espectacular prestancia.



LA tendencia, tan extendida, de querer medirlo todo por el mismo rasero, sólo puede parecer sugestiva a los espíritus fabricados en serie, los cuales de buena gana, rebajarían todo lo que de sobresaliente pueda tener cualquier país, a condición de echar tierra sobre lo que sea de nivel inferior, para transformar el mundo en una especie de inmensa autopista. La buena doctrina, sin embargo, es la contraria: es decir, que cada pueblo debe conservar, a todo trance, su paisaje propio, o sea su peculiar fisonomía, ayudado por los demás, al menos pasivamente y con reciprocidad de trato. Así, por ejemplo, en el terreno comercial, las naciones han de tener tanto empeño en exportar sus productos típicos, como el resto de las mismas en acogerlos con gran simpatía. Por lo que a España se refiere, el toro bravo es un producto tan típicamente exportable como el plátano, la naranja o la almendra, y los mercados consumidores correspondientes deben tener a gala el poder apreciar por sí mismos tales mercancías sobresalientes en alto grado.

Así debía pensar el rico hacendado D. José Manuel de la Peña por cuanto, allá por el año de 1880, no se limitó a mejorar su ganadería, que llevaba el nombre de su hacienda «El Cazadero», según costumbre de Méjico, su país, comprando uno o dos sementales españoles, sino que se llevó cinco, de cuatro ganaderías de primerísima fila, para tener casta vargueña (representada por un Concha y Sierra); casta de los Vistahermosa (como cumplía al toro de Arribes y a los dos de Anastasio Martín) y casta miureña, figurada por un pupilo de D. Antonio. Y no se crea que fueron echados a las vacas estos cinco *ilustres* animales en el plan de *totum revolutom*, que entonces se estilaba, sino que se hubo de preparar a cada toro su lote de vacas y su potrero independiente. Los resultados no se hicieron esperar y la ganadería citada con divisa, por cierto, encarnado y amarillo compitió en seguida con éxito con las de Ateneo y Tepeyahuelco, que eran las mejores, de aquel rico país, tan parecido a España, según todos reconocen. Siendo así, no es de extrañar el grandísimo arraigo de que allí ha gozado siempre nuestra fiesta, de lo cual es exponente el gran número de ganaderías bravas con que cuenta (actualmente se aproximan las de cartel al medio centenar, es decir, una cuarta parte de las españolas) aunque también existen en Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela.

Todas ellas, no hay ni qué decirlo, además de tener un origen español, han recibido de cuando en cuando, valiosas inyecciones de sangre brava de la Península, para restablecer el nervio que paulatinamente pierden allí los toros, por *exceso de bondad* del medio.

Los conquistadores, que no iban en busca de tierras para España, sino que soñaban con agrandar los límites de ésta, no conformándose con menos de que no se pusiese el sol en los territorios hispanos, tenían prisa en trasplantar allá todos nuestros usos y costumbres y, entre ellos, las clásicas fiestas de toros, que llevaran en aquel continente una evolución semejante a la de aquí. Ahora bien, es curioso recordar que los primeros toros bravos no fueron a América para servir de diversión, sino para hacer de fieles guardianes. Al efecto, las huertas de las misiones tenían una doble pared formando ancho callejón, por el cual se paseaban uno o varios toros bravos, encargados de *mantener el orden* en este graciosa inversión de la Plaza, en la cual el único sitio en el que no tenía acceso el público era entre barreras, lo contrario de lo que es frecuente en nuestros cosos.

* * *

Para hacer unos comentarios, aunque sean ligerísimos, acerca del toro como producto de exportación, vamos a fijarnos en los dos aspectos fundamentales del problema.

Se exportan sementales, o sean toros para vivir en otras tierras y reses de lidia, esto es, toros y novillos para morir en un país lejano al sitio de su nacimiento, en un hermoso final —el «bel morire»—luchando cara a cara, a pleno sol y ante las multitudes, prescindiendo de tópicos *sentimentaloides* y *cursis*, ya que al toro, en opinión de un ilustre ensayista, lo peor que se puede hacer es compadecerle: él, si se diera cuenta, no nos lo perdonaría nunca.

Los tres mercados son: Hispanoamérica taurina, Portugal y Francia. A Hispanoamérica se han venido enviando sementales y algunas veces corridas de toros; sin ir más lejos, se habla de que muy en breve saldrán dos o tres corridas para Río de Janeiro, en donde van a celebrarse, por primera vez, espectáculos taurinos en serio.

Tenemos entendido que el Subgrupo de Ganaderos de Toros de Lidia, encuadrado en el Sindicato Vertical de Ganadería, no autoriza el envío de vacas, sin duda para evitar una problemática competencia. Esta es una política de corto alcance, ya que rarísimamente han venido a España toros americanos, lo cual lamentan muchos aficionados, que verían con expectación y gran curiosidad la pelea de este ganado. El transporte ya se comprende que es muy costoso y parece que tiene influencia, en el sentido de hacer a los animales mucho más suaves. Se cuenta que una corrida de Miura, estuvo embarcada muchos días y luego salió extraordinariamente fácil para los toreros, por lo cual Belmonte que fué uno de ellos, decía con su ironía característica: «Ya sabemos, pues, cuál es el secreto». Otra anécdota, bastante pintoresca, es la de que una vez un toro rompió la jaula y se paseó por cubierta, siendo muerto a tiros por el capitán.

A Portugal, no suelen enviarse toros de lidia, pero sí sementales y a veces hasta se han trasplantado ganaderías españolas enteras y viceversa, ya que la portuguesa de don Faustino Gama, fué el origen nada menos que de la de Antonio Pérez de San Fernando. En Portugal hay ocho o diez ganaderías de gran cartel, encuadradas en la región de Sevilla, del mencionado Subgrupo, y hasta una treintena más, de poca importancia. Los ganaderos portugueses han logrado grandes éxitos en España. Así, en una corrida de concurso celebrada hace muchos años en Sevilla, ganó el premio un toro superiorísimo de Palha, ganadería eminentemente popular y que daba muchos toros en España, estando formada por reses de Veragua, Miura, Concha y Sierra y Trespalacios. Recientemente, en una feria de Salamanca, tuvo una tarde triunfal la divisa de Infante da Cámara y en Madrid, el inolvidable «Manolete» logró un gran éxito con un Pinto Barreiro.

En cuanto a Francia, casi sin que sepamos por qué, no se envían sementales, pero sí muchas corridas de toros, a pesar de los fabulosas cifras que alcanza hoy el presupuesto de un festejo de esta índole, lo cual hace que su número sea inferior al que podría ser, en otras circunstancias. Se puede calcular que a Francia van unas treinta corridas por año, que a 100.000 pesetas por término medio, representan una bonita suma de francos.

En cuanto a los sementales se les podría calcular un valor de 200.000 pesetas, cifra que puede traducirse a las otras monedas fácilmente, utilizando los datos de nuestro flamante mercado de divisas libres.

Vale la pena de que todos—gobernantes y gobernados—dediquemos gran atención a cuanto se relaciona con el toro como producto a exportar, ya que gracias a nuestras divisas, pueden obtenerse bastantes divisas... de las otras. Y perdónesenos el chistecito, que era de los inevitables.

EL TOREO Y SUS SUERTES

por

Lucas González Herrero

PLAZA Monumental de Ventas. Corrida de tronío. El graderío es una piña humana. Va a flamear el presidente el pañuelo blanco, a cuya vista sonará el clarín, señal para que el espectáculo comience. (La presidencia tiene un juego de pañuelos, blanco, verde y rojo, para las distintas órdenes: con el blanco, manda el comienzo de la corrida, los cambios de tercio, y la salida de cada toro para su lidia; el verde es para disponer la salida de los mansos que han de llevarse al toro mandado retirar; y el rojo, para que se aplique la infamante condena al que no tomó las varas reglamentarias; antes consistía en banderillas de fuego; hoy son banderillas negras, de grande arpón para mayor castigo. Las cuadrillas se organizan en el patio, esperando la señal para hacer el paseo, al que antaño precedía, el despejo de plaza por los alguacilillos, los cuales ahora se limitan a preceder a las cuadrillas, a caballo, e indumentados de forma que evoca los golillas y corchetes de la época de los últimos Austrias.

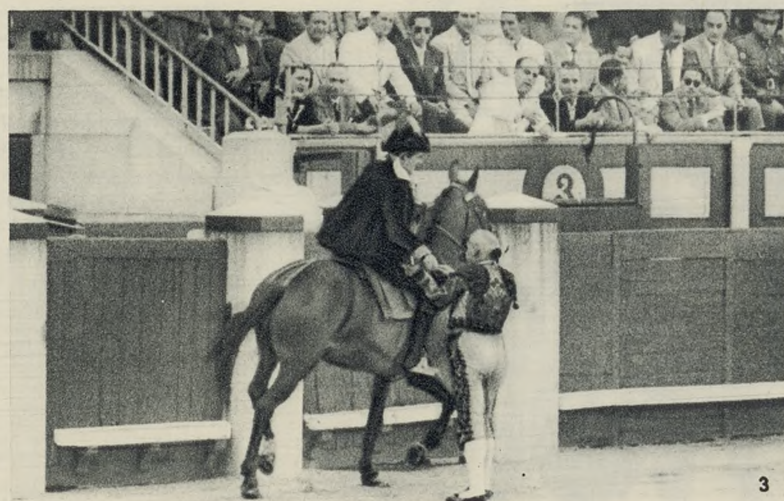
A la hora en punto, con una exactitud cronométrica, suena el clarín y empieza la fiesta.

Delante van los dos alguacilillos abriendo marcha. A seguido, las cuadrillas, en línea de columnas, de cada una, a la cabeza, el respectivo matador; luego los picadores a caballo; detrás las mulillas del arrastre, enjaezadas con los colores nacionales y conducidas por los mulilleros; por último, areneros y monosabios indumentados con un sencillo traje de un tipismo «sui géneris» muy apropiado. El orden de matadores es como sigue: si son dos, a la derecha de la presidencia, —izquierda de la columna de diestros—, va el primero, y a la izquierda, el segundo; como ha de figurar en todo cartel de dos espadas un sobresaliente, éste va sólo, en medio, un poquito más retrasado de los espadas. Si éstos son tres, el tercero, al frente de la columna de su cuadrilla, va al centro, pero a la misma altura de sus compañeros. Si son cuatro, el más antiguo, a la derecha, el que le sigue a la izquierda, y los otros dos, al centro, por el mismo orden.

Las fotos 1 y 2 reflejan dos momentos de paseo y la 3, entregando la llave de los toriles.

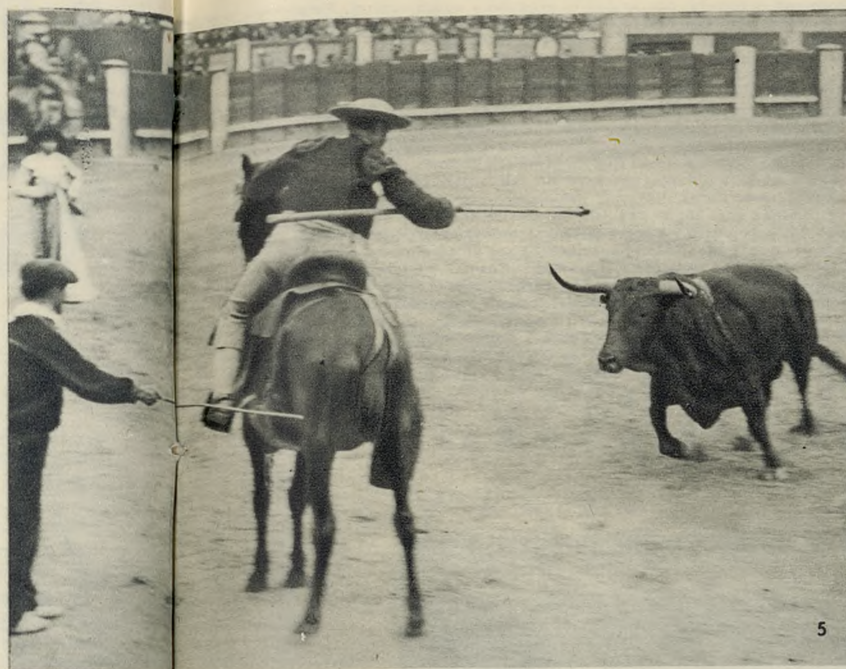


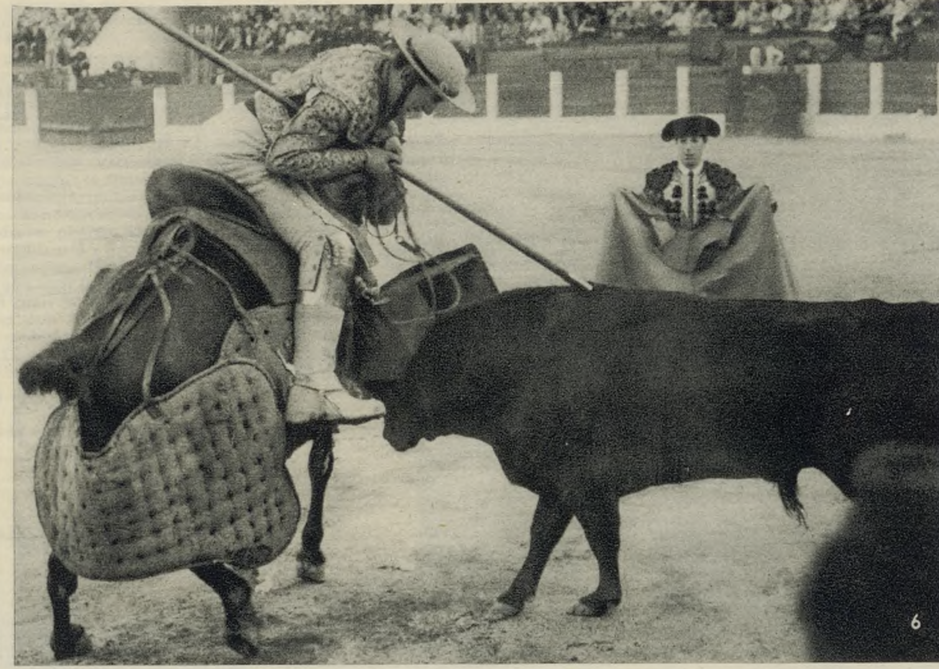
2



3







SUENAN otra vez los clarines, y salen los picadores, para el primer tercio o suerte de varas. Ésta debe de realizarse de la siguiente manera: Colocando el toro en suerte, el picador va derecho a la res, y al humillar ésta para embestir, le tiende la vara, dirigida a la cruz, un poco baja, hacia al lado izquierdo. La acometida del toro es detenida —la suerte es primero de *detener* y luego de *castigar*—, y, a seguido, aprieta para clavar bien la puya, y castigar el poder del astado, sin blandura, pero sin recargar con exceso, y menos sin barrenar, ni hacer lo que se llama la «carioca» que agota los toros. Bien ejecutada la suerte de varas, es viril y es gallarda y es bella. Se hace también a toro atravesado, en las querencias de éste, o cuando está aplomado. Y consiste en presentarle el costado del caballo, obligándole a embestir, y salir, consumada la suerte, por delante de la cabeza del toro. La más bella es *a caballo levantado* —para lo que es preciso buena jaca—, y se realiza haciendo que ésta se levante de manos en el embroque; sacando el picador al caballo, incólume, por la cabeza del toro. Hoy es prácticamente imposible más por falta de buenos caballos que por falta de picadores.

Entra primero el reserva, con una sola, y le hace el *quite* al matador al que le corresponde aquel toro; en este caso, el primero, sucediéndose los demás espadas, en rotación y por el orden en que actúen o alternen en la lidia. En los quites, después de llevarse al toro del caballo y picador (de *quitarle* de allí, de ahí el *quite*), el espada aprovecha la ocasión para lances de lucimiento, si es posible, si las condiciones del toro lo permiten; pues de lo contrario, atiende a reparar defectos, corregir vicios «ahormarle la cabeza», que se dice.

En la foto 4 se ve a un peón corriendo toro por largas. En la 5 citando en la suerte de varas y en la 6, una vara. La foto 7 muestra una larga cambiada de rodillas. La 8 una auténtica verónica gitana. La 9 una media verónica gitana y la 10 una chicuelina.









LA GRACIA EN LA CAPA

ORDINARIAMENTE, los quites son a la verónica, por faroles, chicuelinas, al costado por detrás, a la navarra, o haciendo el «delantal» o la «mariposa». ,

La *verónica* es antiquísima. La inventó Costillares. Paquiro en su Tauromaquia dice que se inicia colocándose el torero «frente al toro». Hoy se coloca de perfil; claro que en más armonía con el toreo moderno. Así, con el capote cogido y presentado, como vemos a Santa Verónica con el sagrado lienzo, —de ahí el nombre de verónica—, cita el torero, hizo sino prodigarlas; porque nunca dejó de usarse, llamándose siempre, con entera propiedad, *al costado por detrás*—, ya que el lance se ejecuta *al costado* llevando el engaño *por detrás*.

Otro quite muy bonito es a la *navarra*, que se realiza como la verónica, y en el que al iniciar el diestro la salida, retira rápidamente el capote por abajo y gira, graciosa y garbosamente sobre los talones, quedando en posición de repetir; rematando luego con algo bonito: una revolera, una serpentina, una tijerilla, etc.

También se quita *por faroles*, que se engendran como la verónica, y que, a la mitad del lance, vuelve el diestro el capote, rápido, pasándoselo rápidamente también, con ambas manos por la cabeza hasta volverlo a la primitiva posición y repetir cuanto quiera, terminando también con un remate gallardo, como en el anterior.

Las fotos 11, 12 y 13 de la izquierda, representan las suertes siguientes: un magnífico lance con la mano baja, otro, al costado por detrás y un farol.







EL quite por *delantal*, como a la verónica, pero levantando más los brazos, y llevando, movida y vistosamente al toro, primero a un costado y luego a otro, sin interrupción ni solución de continuidad. Es una especie de galleo, que siempre se llamó *abanicar por las afueras*. Otro modo de gallear, es la *mariposa* —ésta y aquél fueron muy prodigados por Marcial Lalanda—, que consiste en echarse el capote a la espalda y abanicar al toro, ora a un costado, ora al otro, alternativa y ágilmente, hasta terminar con un airoso remate.

Hoy no se hacen quites por *largas*, como lo hacía Lagartijo, rematando con su famosa larga cambiada. Pero el peonaje torea por largas —que es llevar el capote cogido por una sola punta—; y se dan *largas cambiadas* o *afaroladas*, por algún torero, de rodillas, «a porta gallola» —que es a la inmediación de la puerta del toril—, y que consiste en tirar el capote cogido por una punta, y al embestir la res, retirárselo, pasándoselo el diestro sobre la cabeza. Si es simplemente así, se llama afarolada; si se le indicó al toro la salida por un lado y se le dió por otro, *cambiándole* el viaje, se llama *cambiada*. En las fotos 14 y 15 pueden verse el lance abanicando «al delantal» y «la mariposa».





LA suerte de banderillas es la más gallarda, airosa y gentil. La forma más usual es *al cuarteo*, donde colocado el toro en el tercio, y el banderillero en el centro del ruedo o lo más cerca posible de éste, echa a andar hacia aquél, y, a distancia oportuna, engendra un *cuarteo* en el viaje y, a paso muy rápido sin llegar a la carrera, llega al toro, cuadra, levanta los brazos, junta las manos, clava, y sale por pies. Banderillas *de frente*, es todo igual; pero el diestro continúa paso a paso, lento y directo hacia la cara del toro, y cuando éste hace por él, da un leve quiebro al cuerpo, cuadra en la misma cara, clava, y sale a toda prisa.

Al *quiebro*, se cita en el centro o en el tercio, con los pies juntos, y se espera, quieto, la acometida. Al llegar el toro a jurisdicción, se le marca la salida con las caderas que se han echado todo lo más posible hacia el lado por donde se quiere ejecutar la suerte, y al embestir el toro, por un quiebro rapidísimo de cintura, vuelven las caderas a su posición normal, el toro, chasqueado, derrota en el aire, clava el torero, y sale de la suerte por pies. Hoy se hace abriendo los pies y echando todo el cuerpo hacia el lado por donde se va a ejecutar la suerte, y al derrotar el toro, rápidamente se vuelve el cuerpo a su posición normal, chasqueando al animal. Al quiebro, lo suelen llamar también (y muchos, indistintamente), ejecútese como se ejecute, *cambio*. Y el cambio en banderillas no existe; *cambio* es cuando se indica la salida por un lado, y se hace a la res *cambiar* de viaje, dándole la salida por el otro lado. En el quiebro, la res sale por el lado que se le ha indicado; no hay *cambio* ninguno; es quiebro, de cuerpo, solamente.

De poder a poder, se cita desde el centro y desde largo, se va de frente al toro, y si hacia la mitad del viaje no se ha arrancado, se provoca la arrancada, y entonces el torero, como si huyera, tuerce en oblicuo su viaje, a donde parte veloz el toro a cortársele, entablándose el pugilato de a ver quién gana a quién, por velocidad, empeño emocionante *de poder a poder*, y en el que el torero, cuanto más agigante el peligro, da más belleza y emociona a la suerte haciendo mayores facultades. Por fin, gana la cabeza del toro, cuadra en ella, quiebra allí mismo, prende el par y sale de la reunión lo más rápido posible. Hoy, de este modo se colocan de una manera tan prodigiosa que asombrarían a los antiguos.

La foto 16 representa un par al cuarteo. Las fotos 17 y 18 un par de poder a poder y al quiebro.

LA faena de muleta debe componerse sólo de *pases*; no todo muletazo es pase. *Pase* es, cuando el toro *pasa* por delante del diestro, *mandado* y *llevado* por él.

El primero y fundamental es el *natural*, que es el que se da *con la izquierda*. Todo el que se da con la derecha, sea como sea, va siempre *ayudado* con la espada; por lo que es ayudado y *nunca natural*. Para ejecutarle se coloca el diestro ante el toro y *de frente*; el estoque en la diestra y la muleta en la izquierda; ésta, y cuando llega a jurisdicción; carga la suerte, y con una rotación de muñeca, hacia afuera, le va dando salida, luego de habérselo pasado todo él por delante, recto, erguido, sin mover la planta, ni retorcer la figura. Éste es el auténtico y clásico que pide, exige, el *de pecho*; que no es *forzado*, sino obligado, necesario; *complemento* indispensable del natural. El pase *forzado*, puede ser de pecho o de cualquier clase.

Entre los demás y principales pases, están el «ayudado» por abajo con la derecha —llamado hoy *derechazo*—, igual que el natural, sólo que con la derecha; los ayudados por alto, que reciben nombres diversos, según su ejecución: *de cabeza a rabo*, y ya se comprende cómo es; con las manos juntas, y levantando rápida la muleta «*estatuarios*». *Molinete* es la vuelta graciosa y airosa que da el torero ante las astas, al salir del pase, liándose la muleta al cuerpo en el giro. El de *la firma*, es un ayudado por abajo, con la derecha.

La suerte de matar o suerte suprema se ejecuta de varias maneras: *Recibiendo*, que es la suprema por antonomasia y hoy tan en desuso que se ve rarísima vez. Según Paquiro, se perfila el diestro *con el pitón derecho*, ni de frente ni de costado, en oblicuo, los pies juntos y a corta distancia; monta el estoque, provoca la arrancada, embiste el toro y el matador, a la vez que le da salida hacia la derecha por un quiebro de muleta, clava el estoque en lo alto y él se salva por los costillares a toda prisa. *Aguantando*, cuando, perfilado el diestro para entrar, se le arranca el toro y le *aguanta*. A *un tiempo*, cuando toro y torero emprenden el viaje a la vez, reuniéndose en el centro del viaje. No debe confundirse con el *encuentro*. Esta es provocada; aquélla es fortuita e inesperada. A *volapié*, que es la usual y corriente y, por tan conocida, huelga su definición. Las fotos representan respectivamente: la 19, un pase natural; la 20, cambio a muleta plegada; la 21, un ayudado alto sobre la izquierda; la 22, el auténtico pase de pecho; la 23, un ayudado bajo con la derecha; la 24, pase de pecho forzado; la 25, un molinete; la 26, volapié; la 27 y 28, suerte de recibir.


16


17

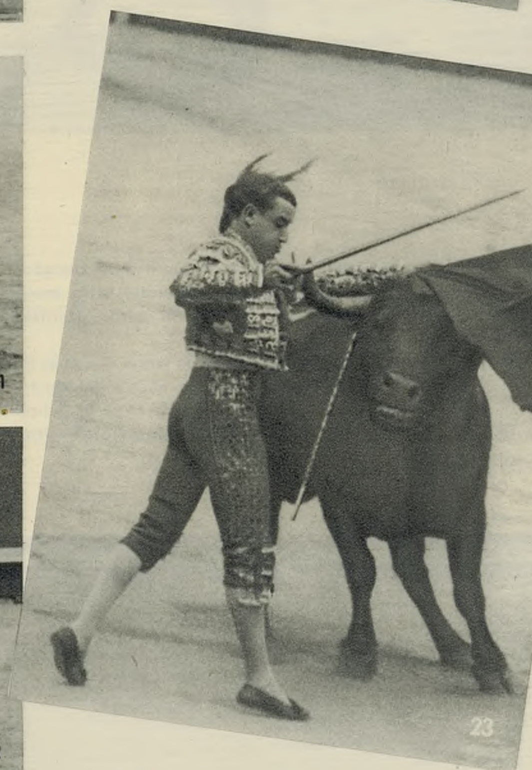

18

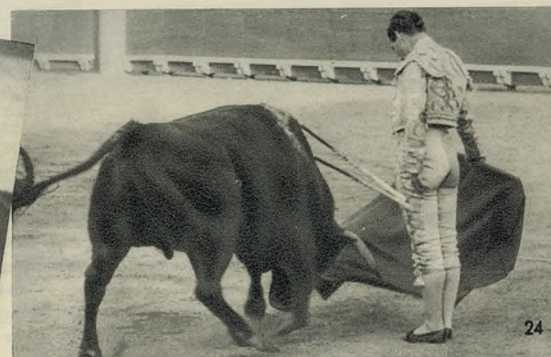

19


20


21

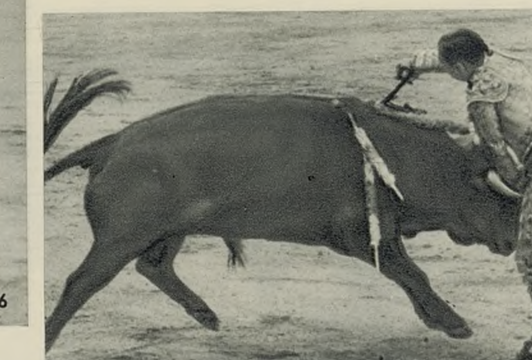

22

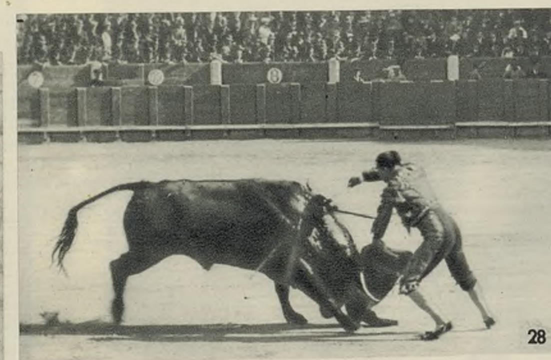

23


24


25


26


27


28

TORO *para la* MUERTE

A la poetisa mejicana
GUADALUPE AMOR

CHIQUERO

YA se hizo el encierro, el apartado,
y este tu negro viento, rudo y fiero,
entre cuatro paredes prisionero,
puja, resuena, muge aprisionado.

¡Ya la luz de tus campos se ha acabado!
Sólo a través de un mínimo agujero
te pone el sol—redondo mensajero—
un tábano de oro en el costado.

Contigo está la noche encarcelada
en piedra y cal, delimitada, inerte;
contigo está la noche ya hermanada.

Mas la abrirán la puerta de tal suerte
que el sol la dejará de luz colmada
y tú la llevarás dentro, en tu muerte.

RUEDO

Y ya estás en el ruedo. En sol y sombra
redonda está la muerte que te espera,
la muerte, que te cita, que te nombra
tras la purpúrea capa volandera.

Tras la purpúrea capa, roja vela
que al oleaje negro de tu paso,
de tu viento sonoro, sube y vuela
hacia la turbia sangre del ocaso.

Y tú, gran mar nocturno, negro toro,
sigues lanzando al aire tus cornadas
igual que tormentosas fieras olas.

Pronto se calmará tu mar sonoro,
y sobre él, redondas, sosegadas,
llorarán silenciosas amapolas.

PLAZA DESIERTA

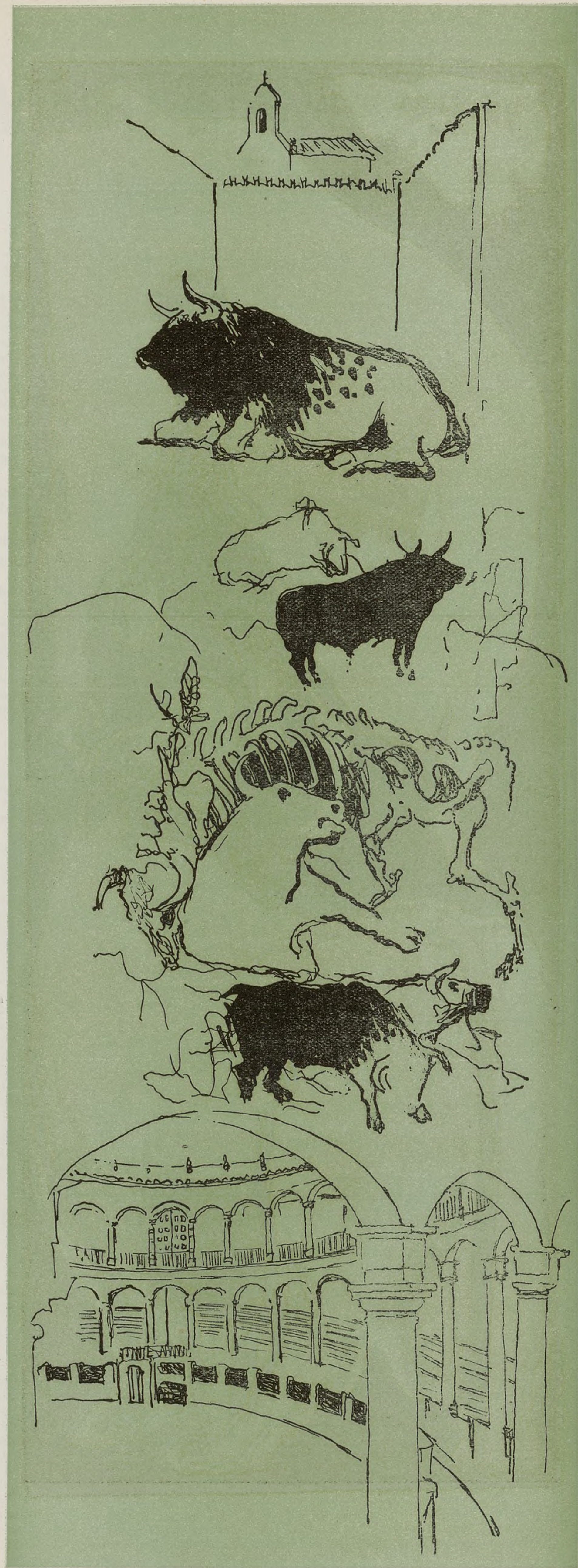
LA plaza está desierta. Por la arena
queda el rastro del toro ensangrentado,
y una luna redonda, roja, llena,
colma la plaza con su rostro helado.

La sangre ya, sin la azulada vena,
en mil pequeñas lunas ha quedado
olvidada, sin dueño, quieta, ajena
al tormentoso corazón amado.

Pasó la vida por aquí llevada;
pasó un gran mar, un viento, una tormenta;
pasó, mugiendo, un toro hacia la nada.

La luna fría, silenciosa, lenta,
vierte en la copa de la plaza helada
soledad infinita, muda, cruenta.

RAFAEL MORALES





EL TOREO como profesión

Por MARCIAL LALANDA

Antes de entrar en el desarrollo de este tema, *el toreo como profesión*, que me pide la revista MVNDO HISPANICO, pido a cuantos me leyeren tengan en cuenta que si bien soy un profesional del toreo, no soy ni siquiera un aficionado de la pluma, que es lo que en este trance se necesita para salir de él un poco más airoso de lo que yo pueda hacerlo.

No es lo mismo ponerse con una espada en la mano delante de un toro, por muy Mihura que sea, que con una pluma delante de una cuartilla en blanco para explicar lo que sea la profesión del toreo.

Pero, en fin, vamos al toro, es decir, a la cuartilla, y se hará lo que buenamente se pueda.

Fijaré lo primero mi postura, cómo entiendo yo la palabra profesión, que puede emplearse en dos sentidos bien distintos y casi opuestos. Entiendo que una dosis de profesionalidad, de oficio o práctica es necesaria, indispensable en el toreo como en cualquier otro arte. Pero lo que no hay que confundir es la profesionalidad no satisfecha de sí misma, con ansia de continuo perfeccionamiento y superación, con el profesionalismo sin ideal, estabilizado, creo que otra palabra, anquilosado, le iría bien al concepto que pretendo expresar. O sea, cuando del toreo no queda más que el oficio mecanizado y sin gracia, que se realiza únicamente por un fin lucrativo, por el jornal, como otro oficio cualquiera, sin arte ni ilusión, sin otro propósito que cumplir y pasar. Claro que yo nunca lo comprendí así.

Al principio ocurre lo contrario. No hay nada de profesión y todo es ilusión. La cosa empieza, más que por el afán de ganar dinero toreando, por ese deslumbramiento que la popularidad que rodea al torero ejerce sobre la juventud. En la primera época es el afán de gloria, de aparecer en los periódicos, de ser aplaudidos, lo que lleva a muchos jóvenes a probar fortuna con los cuernos de los toros. Claro que a este señuelo de la vanidad—conocida es la frase de Unamuno: «El hombre que da la vida por la bolsa, da la bolsa por la vanidad»—acuden los que tienen valor y los que no lo tienen, los que tienen posibilidades de seguir y los que van a quedarse en el camino.

Lo que podemos llamar la conciencia profesional no existe hasta que se consiguen los primeros triunfos. Es el éxito y el respeto al público lo que va delimitando a un tiempo la personalidad y la profesionalidad del torero. Es entonces cuando nace y se afirma la verdadera profesión. Al que va a ser auténtico profesional no le emborrachan ni le deslumbran los aplausos. Siente un deseo constante y cada vez mayor de superarse a sí mismo. Es a mi juicio una mezcla de amor propio y conciencia de la responsabilidad. Este proceso sigue su curso durante la etapa de novillero. Y cuando llega por fin la hora de la alternativa, de la consagración como maestro, ya ha de haber alcanzado plena madurez. Los toreros con verdadera profesionalidad suelen tener tan agudizado el concepto de la responsabilidad, que cada día al salir a torear experimentan el mismo nervosismo, pasen los años que pasen. Y quizá mayor en proporción a la nombradía alcanzada. Es algo semejante a lo que experimenta un examinando ante un tribunal de oposiciones o un artista que ha de actuar en público. Este nervosismo, que pudiéramos llamar miedo psicológico, no procede del miedo a los toros ni se parece en nada a él. Es la duda de que la propia actuación sea afortunada o desafortunada. El miedo a los toros es muy distinto. En los toros no se piensa, generalmente, hasta que se está en la arena y se abre el toril. Puedo asegurar que no es miedo al toro, porque estos síntomas de nervosismo y angustia casi desaparecen en el mismo momento que sale el toro. Entonces el miedo, si lo hay, es físico. Y en vez de toda otra preocupación sólo le funciona al torero el instinto de defensa frente a la bestia. Claro es que en esto uno no tiene más que la propia experiencia y todo está sujeto a las variantes que necesariamente han de imponer los distintos temperamentos.

El torero, yo hablo siempre del verdadero profesional, no del que se limita a comer de la profesión, conserva a través de toda su actuación un fondo de desprendimiento, un romántico afán de superarse, que está por encima de toda materialidad. O sea, que el dinero es para él lo que llega por añadidura y que, ¿quién lo duda?, es un fuerte acicate de su esfuerzo. Lo que sí es puro materialismo, puro oficio en el peor sentido, sin ningún afán superior, es el mundo variado y numeroso que vive alrededor del torero, nutrido generalmente de los fracasados, de los que al no poder alcanzar la gloria de la profesión verdadera se refugiaron en esos grises oficios secundarios: apoderados, administradores, cuadrilla, propaganda, cada sección con todas sus múltiples subdivisiones. Todos los que viven del que torea, de su valor y su destreza.

Esto es todo lo que puedo decir del toreo como profesión, naturalmente a través de mi personal experiencia de mejor matador de toros (aunque me esté mal el decirlo) que pergeñador de cuartillas. Cuento ahora con la benevolencia de mis lectores, como conté siempre, en mis años de profesión por España y América, con el aplauso del público, al que se debe en todo momento un profesional del toreo.

EL TOREO COMO ARTE

por Domingo ORTEGA

EL arte del toreo—como he dicho en mi conferencia del Ateneo de Madrid hace unos meses—es una cosa muy compleja; digo compleja porque uno lo ve de manera distinta; por lo tanto, yo trataré de hacer un esbozo del arte, tal como lo he visto a través de mis veinte años de profesión y veinticinco de aficionado.

Ustedes comprenderán que mi punto de vista tiene que ser diferente del de el señor que se sienta en un tendido para registrar, como si fuera una máquina fotográfica, las imágenes que pasan por su campo visual, y en el momento regocijarse o disgustarse con ellas. Posiblemente, éste sería el ideal de la fiesta; pero si solamente consideramos este aspecto, caeremos en una cosa pobre y, lo que es peor, peligrosa para el arte del toreo.

Tenemos que partir de que es un arte muy joven, en relación con las demás artes, pues mientras éstas han alcanzado tal definición hace miles de años, nosotros llevamos total... cuatro días.

Se han escrito muchos libros de toros, y no digamos artículos en revistas y diarios; pero considerando aparte la magnífica enciclopedia de José María de Cossío, todo o casi todo lo que se ha escrito es apasionado y, por lo tanto, negativo para un arte que como tal está empezando.

El libro del arte del toreo está haciendo falta. Creo dificilísimo que aparezca, por ser muy pocos los hombres capacitados para escribirlo. A mi modo de ver, sólo dos tipos de hombre podrían realizarlo: el primero, un gran filósofo que sienta el arte de la fiesta nacional, y no creo que reúna estas dos condiciones más que D. José Ortega y Gasset, que, desgraciadamente, no tendrá tiempo de hacerlo, por sus muchas ocupaciones mentales; el otro podría ser un matador de toros, y digo podría porque esto es todavía más difícil; si podía escribir el libro, es decir, si estaba preparado para el arte de las letras, sería casi imposible que hubiese tenido tiempo para calar en lo profundo del arte del toreo; por lo tanto, tenemos que resignarnos a que corra el tiempo y esperar a ver si un día surge en el toreo un hombre del Renacimiento.

Decíamos anteriormente que quizá lo bueno sería ver las suertes de la fiesta en un aspecto exclusivamente visual; pero esto no es suficiente, porque tenemos delante de nosotros a un animal al que hay que someter y reducir, y por lo tanto es necesario ir a una fórmula no sólo de estética personal del artista, sino también de estética con relación a la eficacia sobre el animal. Porque no hay que olvidar que no se trata de un *ballet*, en que conseguida la estética visual está logrado todo, sino que el toreo tiene un fin determinado, y una estética visual, en su caso, si no lleva consigo la eficacia que produce el bien hacer el arte, será negativa, aun cuando cuente con el aplauso de muchos de los espectadores.

Ustedes, aficionados, a poco que recuerden, habrán visto muchas veces en las corridas de toros faena de veinte, treinta, cuarenta pases, y el toro cada vez más entero, o por lo menos lo mismo que cuando empezó, y a la hora de matar estar el torero pegado a las tablas y pinchar en hueso, o si tiene mucha suerte, atravesar el toro.

Cuando esto ocurre, hay que ponerse en guardia y pensar que algo raro está pasando: ¿Cómo es posible que con esa cantidad de pases, que fueron aparentemente bellos para gran parte del público, el toro no se haya sometido? La respuesta es muy sencilla: Lo que ha ocurrido es que el torero ha estado dando pases, y dar pases no es lo mismo que torear. Puede un torero tenerle miedo a un toro, esto es humano; pero si le ha dado veinte o treinta pases, quiere decir que el miedo se le ha olvidado, y en ese caso, si no ha reducido, si no ha sometido al toro, es porque no ha practicado el gusto de bien hacer, que es un placer al cual hasta las fieras se entregan.

Es muy curioso oír a los aficionados lamentarse sobre el estado actual de la fiesta, y yo les diría: ¿Pero cómo pueden ustedes sorprenderse de esto? ¿Es que creen que esta situación ha surgido por ley espontánea? No, señores, ha tenido su proceso, y ustedes han tenido gran culpa de ello; digo gran culpa porque no sería justo echársela toda. Bien es verdad que no sé si hoy existen aficionados, y si existen se han dejado arrollar por la masa, seguramente porque la vida tiene problemas más importantes que la afición a los toros, aun para los más apasionados. Ahora bien: no es de hoy tampoco de cuando parte este error, según mi modo de ver, sino de hace treinta o cuarenta años.

Considero culpables a los aficionados porque no han sido consecuentes en sus convicciones, probablemente porque han sido partidarios de las personalidades de los toreros, pero nunca, o casi nunca, conscientes de las buenas normas de practicar el arte; de no haber sido así, con los malos ratos que han pasado y el dinero que a muchos les costó esta afición posiblemente no se hubiesen abandonado las normas del bien hacer el toreo. A ver si me explico, para que ustedes me entiendan, aunque no cite nombres cuando me refiero a toreros de este siglo. Ahora sólo nos interesan las normas, y no nos importa si Pedro fué mejor o peor que Antonio. Ha habido aficionados partidarios de un torero determinado, pongamos X. Era éste un torero de normas clásicas, de formación rondeña, con templanza, con cargazón en la suerte, con lentitud. Pues en cuanto X se retiró de los toros, se hicieron partidarios de Z, que era un torero completamente distinto, no ya en la personalidad, sino en la forma y en las reglas; y aquí pondría ejemplos que nos llevarían demasiado tiempo. Entonces, yo deduzco: Estos aficionados, siendo partidarios de X, no le conocieron realmente, y la prueba es que jamás le catalogaron como clásico en sus normas, sino como estilista, como algo diferente de todo lo anterior. Esto fué un gran error, porque este torero X estaba reviviendo aquello que ya estaba casi olvidado, traduciéndolo y expresándolo según su propia personalidad, pero que tenía el germen de los Romero, pues gracias a las normas de Pedro, X, cuando se forma en su toreo, es decir, en el clasicismo del bien hacer, llega a reducir a los toros de tal forma que un buen día, al cuarto pase, fíjense bien que digo al cuarto pase, puede impunemente pasarles la mano por el testuz a muchos toros de su época. Porque no se trata de atontar a los toros a los quince o veinte pases, sino de torearlos. En el toreo ha habido y hay otras normas distintas de las de Romero, pero son negativas para la eficacia y la belleza del arte en toda su magnitud.

Los aficionados tienen mucha culpa por no haber seguido fieles a las normas clásicas: Parar, Templar y Mandar. A mi modo de ver, estos términos debieron completarse de esta forma: Parar, templar, CARGAR y mandar; pues posiblemente si la palabra cargar hubiese ido unida a las otras tres desde el momento en que nacieron como normas, no se hubiese desviado tanto el toreo. Claro que también creo que el autor de esta fórmula no pensó que fuese necesaria, porque debía saber muy bien que sin cargar la suerte no se puede mandar y por lo tanto en este término iban incluídas las dos.

Bien entendido que cargar la suerte no es abrir el compás, porque con el compás abierto el torero alarga, pero no se profundiza; la profundidad la toma el torero cuando la pierna avanza hacia el frente, no hacia el costado.

Parar, templar y mandar. ¡Ahí es nada! ¡Se confunden tanto estos conceptos!... La mayoría cree que parar, templar y mandar es esperar a que los toros vengan a estrellarse en el objeto, sin que el torero se mueva; esto es un error, porque si te paras, no puedes templar, y mucho menos mandar. Los toros, cuando más tienen que parar, templar y mandar es cuando más fuerza tienen, y es muy curioso que hoy, que se torea mejor que nunca, según tantísimos aficionados, son muy pocos los toros que se torean con el capote. ¿Y por qué, si se torea mejor que nunca? Pues sencillísimo: porque no se ponen en práctica los conceptos que definen esas normas; por lo tanto, no se torea, se dan pases; eso sí, muchos pases.

Trataré de explicarlo mejor: Fíjense ustedes, cuando van a un tentadero, cómo todo aficionado, e inclusive aficionada, da pases a poco que se decida. Yo, que he tenido siempre bastante afición, he hecho muchos experimentos en el campo con los aficionados. Les voy a contar a ustedes uno de los más significativos: Había un muchacho amigo mío que quería ser torero; con gran frecuencia me insistía para que le llevase a torear unas becerras; yo veía que no podría ser torero, entre otras muchas razones porque rondaba ya los cuarenta, edad algo excesiva para empezar esta profesión; pude convencerle de que para ser torero a su edad era preciso hacer una cosa rara, algo que a los demás no se les hubiese ocurrido; le convencí de que podía ganar mucho dinero haciendo lo que yo le dijese; le expliqué que era muy importante, primero, un buen apodo para el cartel, y segundo, llevar a la práctica un toreo en relación con el anuncio; él a todo decía que sí, porque lo que quería era torear. Me pregunta:

—Oiga usted—porque su chaladura era tan profunda que cuando hablábamos de cualquier asunto me tuteaba, pero en cuanto se trataba de toros me hablaba de usted—: ¿cómo me voy a anunciar en los carteles?

Le dije:

—El torero sonámbulo.

—¿Y qué tengo que hacer en la plaza para estar en relación con ese hombre tan raro?

—Pues muy sencillo, torear con los ojos vendados.

Dice:

—Pero, ¿cómo? ¿Con los ojos tapados?

—Sí, señor. ¿Tú no quieres ser algo muy serio? Pues con esto te haces el hombre más popular de España.

Pues bien, un poco mosca, como el gran Sancho, me pregunta:

—¿Pero usted cree que eso es posible?

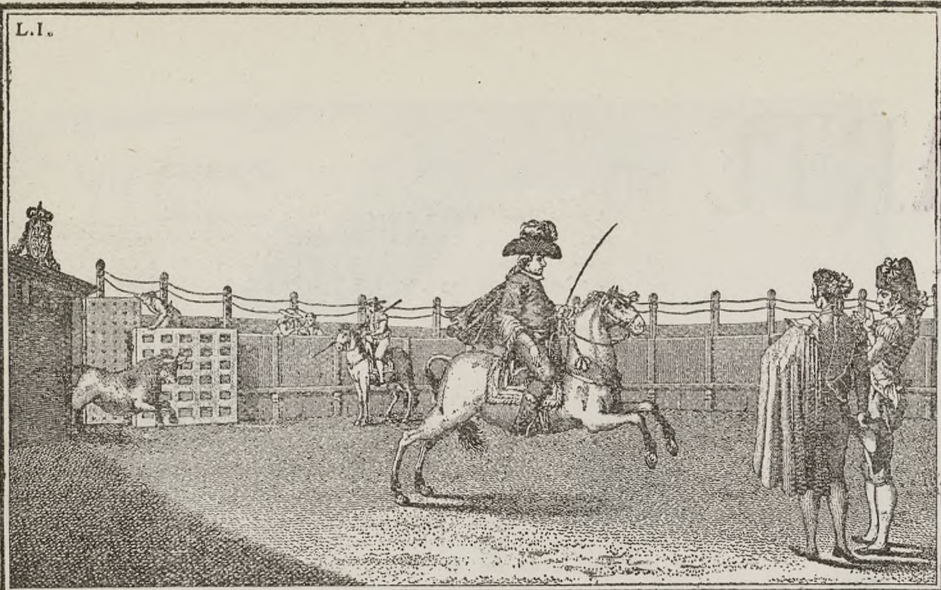
—Pues claro, hombre.

—Bueno, cuando usted lo dice será verdad.

Manos a la obra, nos fuimos al campo, preparamos el tentadero, le tapé bien los ojos para que no viese por abajo, cosa a la que se resistía, y cuando estuvo la becerra a punto, le saqué al ruedo y le dije:

—Cuando yo te diga ¡ahora!, mueves la muleta, y así sucesivamente hasta que te dé la voz de retirarte. La cosa salió como estaba prevista: le dió cinco o seis pases, es decir, se los dió la becerra, él se quedó encantado, los demás se habían divertido y yo afirmaba mis convicciones: dar pases no es lo mismo que torear. Como sigue siendo amigo mío, desde aquí le pido perdón por haber aprovechado su afición para mis experimentos.

He oído dar como argumento en favor del toreo actual, y siento mucho habérselo oído decir el otro día a mi gran amigo Antonio Pérez Tabernero, que los toreros de antes no les interesaban más que a cuatro aficionados, y que hoy se llenan las plazas; pero no es razón para afirmar que el arte se haya purificado, ni mucho menos. ¿Qué me dirían ustedes si yo afirmase que porque hoy hay más teatros y acude a ellos más público los autores actuales son mejores que Calderón y Lope?


L.I.


L.II.


L.III.


L.IV.

El arte del toreo

apuntes históricos POR "RECORTES"


L.V.

QUE la fiesta de toros es el arte más viril, más gallardo y esforzado, más pletórico de luz, de color, de gentileza y alegría que deleitó a la Humanidad, está al margen de toda discusión. Que su raigambre en el alma de la raza es vigorosa y recia, es innegable; pero no lo es menos que el espectáculo taurino ha tenido, en sus dos siglos de vida profesional, momentos de agudas crisis, las que salvó, sin mayores contratiempos, merced a que en todo tiempo supo hallar la fórmula remediadora de su momentánea dolencia.

I. NACIMIENTO DEL TOREO DE A PIE. (Primer tercio del siglo décimoctavo.)

El toreo en ese tiempo es ejercicio de la nobleza, la que se divierte practicándolo a caballo. Para matar las reses se emplea el garrochón, los rejones y rejoncillos. Los caballeros entran en liza seguidos de algunos servidores de a pie, los que, a modo de pajes y auxiliares, utilizando ligeros capotillos, les ponen los toros en suerte.

Cuando en tiempos de Felipe V fueron cerradas las plazas de la Maestranza, Ronda, Sevilla, Granada, Zaragoza y Valencia, la fiesta de toros sufre un peligroso letargo, entra en la primera crisis, la que es resuelta merced a un grupo de esforzados campeones, gente del pueblo, humilde y laboriosa, capitaneada por aquellos que actuaron de auxiliares a los caballeros en sus torneos en los cosos.

El rondeño Francisco Romero fué de los primitivos lidiadores de a pie, el que logró mayor fama y nombradía, siendo de los primeros que utilizó la **muleta** para **recibir** los toros a la muerte.

En su tiempo reducíase la lidia a escasas suertes. Con el capote se toreaba por **verónicas y navarras;** las banderillas se clavaban sueltas, y a la **media vuelta** generalmente, y los picadores seguían, como los nobles anteriormente, clavando rejones y rejoncillos.

II. INVENCION DE LA SUERTE DEL VOLAPIE.

Hasta la época en que llegó a matador de toros el diestro Joaquín Rodríguez (**Costillares**) no se conocía otra suerte para estoquear de frente los toros que la de **recibir**, a que antes hicimos referencia. Cuando las reses llegaban a la muerte agotadísimas y no lograba el matador que tomasen la muleta, el diestro se retiraba, ordenándose el **desjarrete**, espectáculo desagradable, practicado por los subalternos.

El espada Joaquín Rodríguez suplió esta deficiencia de la lidia inventando la suerte del **volapié**, calificada como de recurso, toda vez que únicamente se empleaba en los contados casos en que el toro no acudía al engaño para ser recibido. La invención de esta suerte fué un acontecimiento en el toreo, uno de sus más felices momentos.

Hasta los comienzos del siglo décimonono se continuó estoqueando los toros en la suerte de recibir; después fué generalizándose el volapié, y en la actualidad la que ha quedado anulada por completo, la que ha caído en desuso, es la de recibir.

III. EL ARTE DE LA LIDIA EN SU EDAD DE ORO (1775-1800).

El toreo alcanzó su máximo esplendor en la época en que coincidieron en las plazas Joaquín Rodríguez (**Costillares**), José Delgado (**Illo**) y Pedro Romero.

A las competencias entre ellos surgidas se debió la elevación del espectáculo a un nivel jamás logrado en tiempos modernos.

Surgieron las rivalidades desde que apareció Pedro Romero en el arte, y la primera competencia fué iniciada por **Costillares**, continuándola José Delgado. La lucha persistió hasta el año 1789, en que en las corridas reales de Madrid quedó plenamente demostrada la superioridad de Pedro Romero, el coloso de su siglo.

Pedro Romero vino a Madrid al lado de su padre, el primer espada Juan Romero, en 1775; toreaba en Andalucía desde 1772; en la práctica de la profesión sobresalió de todos sus compañeros; se retiró en 1799, y en los veintiocho años que trabajó en

plazas estoqueó más de 5.500 toros, dándose el caso, verdaderamente estupendo, casi milagroso, de que jamás fué herido por ningún toro.

En este período de la historia del toreo—1775-1800—se inventaron nuevas suertes, como la **de frente por detrás**, inventada por **Illo**, quien también dió su nombre al libro **La Tauromaquia** o **Arte de torear**, la obra más completa hasta entonces aparecida.

IV. TIEMPOS DIFICILES PARA LA FIESTA DE TOROS.

Las retiradas de **Costillares** (1790), de Pedro Romero (1799), la cogida y muerte de José Delgado (**Illo**) en 1801, la prohibición de las corridas de toros y novillos, decretada por el rey Carlos IV (1805); la invasión francesa (1808) y la guerra de la Independencia, fueron causa de que la fiesta de toros sufriese un terrible marasmo, del que había de costarle no poco trabajo reponerse. Quedaban aún dos diestros de altura capaces de llevar a buen puerto la nave del arte: Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (**Curro Guillén**), los que lograron elevar en poco tiempo las corridas de toros; pero cuando éstas comenzaban a marchar nuevamente por senda de rosas ocurre la muerte de **Curro** y una enfermedad persistente aleja a Cándido de las plazas.

V. FUNDACION DE LA REAL ESCUELA DE TAUROMAQUIA.

Entre los fastos de la historia del toreo merece consignarse el hecho memorable de la fundación de este centro docente (1830), creado oficialmente no para fomentar el arte taurino, sino con el plausible objeto de preservar a los futuros lidiadores de las cogidas, muy frecuentes entonces.

La fundación de esta Escuela fué ruda y sistemáticamente combatida por los mismos que tenían el deber de su defensa, y los maestros Pedro Romero y Jerónimo Cándido apenas tuvieron tiempo de orientar a sus discípulos por la efímera duración y la interminable serie de obstáculos que tuvieron que vencer en el breve tiempo de sus cargos.

VI. SURGE EN EL TOREO LA FIGURA CUMBRE DE FRANCISCO MONTES.

Este diestro, discípulo de Pedro Romero en la Real Escuela de Tauromaquia, este genial lidiador de toros, encontró la fiesta en un período de marcadísima decadencia, no tanto por falta de buenos lidiadores, pues aun quedaban al arte firmísimas columnas, como Juan Jiménez (**el Morenillo**) y Juan León, sino porque tanto en el toreo de a pie como en el de a caballo reinaba la más acabada anarquía.

Francisco Montes impuso la disciplina en las cuadrillas, siendo el hombre providencial que impidió el derrumbamiento del espectáculo.

Francisco Montes, secundado años después por su discípulo José Redondo (**el Chiclanero**) y por Francisco Arjona (**Cúchares**) mantuvo la afición, por espacio de cuatro lustros, en estado de florecimiento.


L.VI.

VII. NUEVA CRISIS DE LA FIESTA.

A las muertes de Montes (1851) y del **Chiclanero** (1853) sigue a la fiesta otra de sus periódicas crisis, de la que no consiguen sacarla los esfuerzos de **Cúchares** y **el Tato**, figuras del mayor relieve entre la torería de su tiempo.

Dura este estado de indecisión unos años y no se resuelve hasta que entran en la liza los espadas Rafael Molina (**Lagartijo**) y Salvador Sánchez (**Frascuelo**).

Lagartijo y **Frascuelo**, auxiliados por diestros de menor categoría, pero muy estimables lidiadores, como **Currito**, **Bocanegra**, Angel Pastor, **Cara-ancha** y algunos más, mantienen durante cuatro o cinco lustros el fuego sagrado de la afición.

VIII. RAFAEL GUERRA (GUERRITA), EL COLOSO DEL SIGLO XIX.

Entre los nuevos valores a que nos referimos destacan las figuras de Luis Mazzantini, Manuel García (**el Espartero**) y Rafael Guerra (**Guerrita**), a las que siguen como segundas figuras Antonio Fuentes, Antonio Reverte, Emilio Torres (**Bombita**) y José García (**el Algabeño**).

Unas temporadas bastaron para deslindar los campos, quedando a la cabeza de todos los citados, por propios e indiscutibles merecimientos, el cordobés Rafael Guerra.

Rafael Guerra, en el ejercicio de su arte, superó a todos los diestros cumbres de su siglo, desde Montes a **Lagartijo**,

IX. RETIRADA DE "GUERRITA". SURGEN "GALLITO" Y BELMONTE.

Al finalizar el siglo XIX, y con la retirada de Guerrita, queda la fiesta a merced de figuras estimables, pero de escasa talla artística. Las temporadas se deslizan en ambiente de sopor e indiferencia; la monotonía reina en el espectáculo, que vuelve a adquirir esplendor con las figuras de José Gómez (**Gallito**) y Juan Belmonte.

Con el ganado actual los diestros del siglo XX practican cómodamente lo que llaman **nuevo toreo**, que por la juventud y escasa malicia del ganado de lidia se puede realizar en el propio terreno del toro y casi sin peligro.

Tanto **Gallito** como Belmonte aprovechan las favorables circunstancias en que encuentran el terreno, y sus campañas transcurren con éxitos renovados y constantes, elevando a gran altura el ambiente taurino.

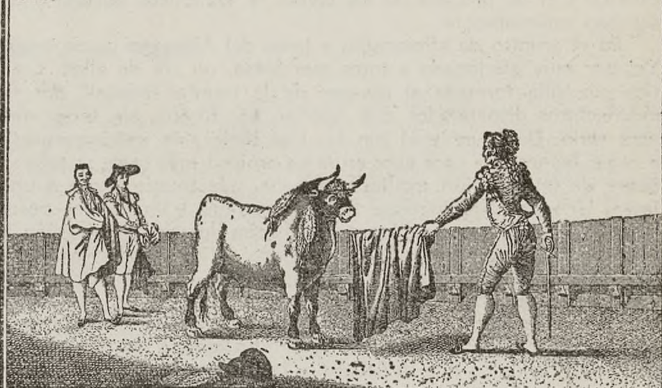
X. EL TOREO EN LA ACTUALIDAD.

Desaparecidos del arte **Gallito**, trágicamente, y Juan Belmonte por retirada voluntaria, siguen lidiándose reses jóvenes, sin nervio, sin poder y escasas defensas, por lo que el torear resulta fácil y cómodo.

Los lidiadores **divierten** con sus faenas de capa y muleta a una afición contentadiza y nada exigente, que gusta del toreo vistoso y alegre. Es secundaria la atención que se presta a la suerte de matar, y la monotonía y el sopor vuelven a imperar en los circos taurinos, donde las corridas de toros carecen de interés.


L.VII


L.VIII


L.IX.


L.X.


L.XI.


L.XII.

COMO EMPIEZA UN TORERO

(EL TOREO COMO VOCACION)

POR JUAN BELMONTE



CUANDO me formulé la íntima resolución de ser torero? No lo sé. Es más: creo que era ya torero profesional y todavía no me atrevía a llamármelo íntimamente, porque no estaba seguro de serlo, aunque presumiese de ello. La gente, cuando habla de su infancia, suele demostrar que desde la cuna tuvo una vocación irresistible, una clara predestinación para aquello en lo que luego había de triunfar. Yo tengo que confesar que no acerté a formular una decisión concreta sobre mi porvenir a todo lo largo de mi penosa formación profesional. Tenía, eso sí, una difusa aspiración a algo que mi voluntad vacilante no acertaba a señalar. ¿Torero? Yo mismo no lo creía. Toreaba porque sí, por influencia del ambiente, porque me divertía toreando, porque con el capotillo en la mano yo—que era tan poquita cosa y padecía un agudo complejo de inferioridad—me sentía superior a muchos chicos más fuertes, porque el riesgo y la aventura de aquella profesión incierta de torero halagaba la tendencia de mi espíritu a lo incierto y azaroso. Después he advertido que había en mí una voluntad heroica que me sostenía y empujaba a través del dédalo de tanteos, vacilaciones y fracasos de mi adolescencia. Una voluntad tenaz me llevaba, pero sin saber a dónde. Pisaba fuerte yendo con los ojos vendados. Mi voluntad tensa era como el arco tendido frente al horizonte sin blanco aparente.

En la plaza del Altozano estaba el foco de la tauromaquia trianera. Allí, en la taberna de "Berrinches" y en otra que tenía el sugestivo rótulo de "El Sol Naciente", se reunían los torerillos del barrio. Pero yo no tenía relación alguna con ellos. Aquel de los aficionados a toros era un mundo extraño para mí y absolutamente impenetrable. Sevilla, aunque parezca inexplicable, es así: una ciudad hermética, dividida en sectores aislados, que son como compartimientos estancos. Por lo mismo que la vida de relación es allí más íntima y cordial, los diversos núcleos sociales, las tertulias, los grupos, las familias, las clases, están más herméticamente cerrados, son más inabordables que en ninguna otra parte. En Sevilla, de una esquina a otra hay un mundo distinto y hostil a lo que le rodea. Esta hostilidad es lucha desesperada y salvaje en los clanes infantiles; lucha de esquina contra esquina, de calle contra calle, de barrio contra barrio. En la Cava, a donde habíamos ido a vivir, había dos clanes antagónicos: el de la Cava de los gitanos y el de la Cava de los civiles, y los chicos de una y otra Cava se apedreaban rabiosamente.

En el grupito de aficionados a toros del Altozano yo no tenía nada que hacer. Yo, por muy aficionado a toros que fuese, no era de ellos. Los míos eran otros: una cuadrilla formada al margen de la torería "oficial" por tipos estrafalarios, muchachitos disparatados que querían ser toreros sin tener ningún fundamento para serlo. De la amistad con los tres tipógrafos extravagantes que me llevaron a cazar leones salí para caer en otros amigos más raros si cabe: toreros chiflados, gente de imaginación exaltada que iba a la torería como a una aventura novelesca. Uno de aquellos tipos raros que querían ser toreros porque sí, era un tal Abellán, hijo de un carabinero, muchacho de una imaginación enfermiza, medio tuberculoso, muy atormentado por malos vicios y sugestiones diabólicas. Terminó escribiendo obras de teatro y creo que hasta estrenó alguna. Con nosotros andaba también un tipo graciosísimo, víctima de la misma obsesión de la torería. No había toreado jamás ni creo que en el fondo lo desease. Lo que verdaderamente le obsesionaba era el deseo de tener una espada de torero. Creo que esta aspiración era lo único que le llevaba a la torería. Una vez consiguió hacerse con un sable viejo muy grande. Lo cortamos y con una piedra de amolar lo convertimos en un estoque, que aquel loco llevaba orgullosamente a todas partes, como si ya no necesitase más para ser torero. Del pedazo de sable que sobró hicimos una navaja, y con ella ensayábamos a afeitarnos el bozo, que por entonces empezaba a salirnos. Una vez afeitamos con nuestra navaja a un hermano mayor de aquel loco del estoque, que ya tenía una barba cerrada. ¡Cómo se le saltaban las lágrimas al pobrecito! Otro de la cuadrilla era un hijo de un platero de la plaza del Pan que también quería ser torero y terminó, como Abellán, en literato. Se llamaba Blas Medina y era el más sensato y razonable de todos, pero también el que tenía menos plante de torero. Eramos una cuadrilla de locos, de toreros "chalaos", que hubiésemos sido el hazmerreír de los aficionados auténticos si se hubiesen dignado mirarnos.

Blas Medina, el más ecuánime de todos, fué el que planteó la cuestión de la tauromaquia en sus verdaderos términos, sacándonos del mundo irreal en que vivíamos. "Si queremos ser toreros—dijo con una lógica aplastante—, lo primero que tenemos que hacer es probarnos delante de un toro."

La cosa era bastante razonable, pero su realización ofrecía no pocas dificultades. La única manera de torear que teníamos a nuestro alcance era la de ir a la venta de "Cara Ancha", donde había una placita y un becerro que soltaban para que lo lidiasen los aficionados mediante el pago de cinco o diez pesetas. Me entusiasmó la idea y prometí aportar el dinero que a escote me correspondiese. A los demás toreros de nuestra cuadrilla aquello de tener que buscar dinero para ir a ponerse delante de un toro les parecía superfluo. Ellos eran toreros por obra y gracia del Espíritu Santo, y no necesitaban más pruebas. Quedó acordado, sin embargo, que cada uno pondría una peseta, y una mañana iríamos a que nos soltasen el becerro. Cuando llegó el día señalado me encontré con que casi todos los de la cuadrilla se rajaban. El que más, se presentaba con cincuenta céntimos y poquísimas ganas de torear. Yo estaba ansioso de verme frente al toro, y con el dinero que había podido rapiñar empecé a suplir el que les faltaba a mis compañeros. Llegamos a reunir hasta quince o dieciséis reales. Lo menos que el dueño de la venta quería cobrar para dar suelta al becerro era un duro. Vacié mi bolsillo, y aunque faltaban todavía unas perras para los veinte reales, nos permitieron saltar a la placita y se abrió solemnemente la puerta del chiquero.

MI PRIMERA FAENA

Lamento que en aquella fecha no hubiese un revistero desocupado que diese fe de mi primera faena. Yo no sé contar lo que les hago a los toros. Recuerdo, sí, la impresión que me produjo ver de cerca aquel bulto inquieto que se revolvía y correteaba detrás de nosotros. Al salir del chiquero el becerro se quedó mirándome encampanado, y yo entonces, sugestionado por aquella mirada retadora del animal, avancé hasta el centro de la plaza, me arrodillé, le cité por derecho, y cuando se arrancó hacia mí aguanté la embestida, y en el momento preciso le di el cambio de rodillas con toda limpieza. Me quedé estupefacto cuando vi que aquella mole, siguiendo el engaño dócilmente, había pasado junto a mí rozándome, pero sin derribarme. Aquello me llenó de júbilo. ¡Parecía mentira! Loco de alegría, eché a correr tras el toro y le di dos o tres lances.

A la estupefacción de comprobar que la bestia pasaba efectivamente por donde el capotillo la llevaba siguió en mí una confianza ciega, y con la misma seguridad que si estuviese toreando a un amigo, le di todos los pases que llevaba tantos años ensayando: simulé quites y señalé verónicas, medias verónicas y recortes. ¡Qué revelación tan maravillosa aquella del toreo! ¿De manera que a los toros se les podía hacer las mismas cosas que a las sillas, a los perros y a los amigos?

Cuando el becerro se cansó de embestir y se quedó frente a mí jadeando y con la lengua fuera, me dió la impresión de que estaba tan maravillado como yo. Es posible que los atolondrados aficionados que iban a torearle nunca le hubiesen hecho cosa semejante. Me entraron ganas de abrazarme a él y felicitarle por la parte que le correspondía en mi éxito. De esta inclinación sentimental por mi colaborador me sacó él mismo al cambiar de táctica y pegarse malhumorado a un burladero, del que no alargaba el pescuezo más que para castigarnos con la esgrima sabía de sus cuernos, arrepentido seguramente de la condescendencia que había tenido conmigo al dejarse torear. Yo me dejé coger y golpear una y otra vez. Estaba entusiasmado hasta tal punto, que los golpes que el becerro me daba no me dolían siquiera. Cuando volvía a casa iba radiante, transfigurado y molido. Mis hermanillos se revolcaban, casi desnudos, por el suelo del corral. Mi madrastra—ya mi padre había vuelto a casarse—me preguntó enfurruñada:

—¿De dónde vienes tú tan desatinado?

Me estiré altivo.

—De buscarle el pan a toda esta gente—contesté señalando a mis hermanillos con una infinita petulancia, de la que todavía hoy me ruborizo.

LA BESTIA NEGRA

En la venta de Camas había también una placita y un becerro. Pero así como en la venta de "Cara Ancha" renovaban el becerro cuando estaba ya muy toreado, el becerro de la de Camas, un buen mozo negro, zaino, era de plantilla. El ventero lo había comprado apenas lo destetaron, y por lo visto tenía el propósito de explotarlo castigando aficionados hasta que le llegase la hora de uncirlo a la carreta. A medida que el animal crecía y se adiestraba en su oficio de verdugo, costaba menos dinero—y más sangre—torearlo. Llegó el ventero a soltarlo por una peseta. Nosotros juntábamos las monedas que podíamos garbear y nos íbamos a torearlo. Cuando asomaba por la puerta del chiquero con su paso cansino de ganapán que echa mano a su tarea, nos miraba como diciéndonos: "¿Qué? ¿Estáis aquí ya? ¿Venís dispuestos a que os zurre bien la badana?"

Se aculaba en un rincón y se ponía al acecho. Derrote que tiraba, torerillo que rodaba por el suelo. Era tan imposible torearle, que ya íbamos resignadamente a dejarnos coger. Se trataba de ver quién era el que se dejaba coger más veces. No conseguimos jamás dar un pase a aquella bestia sabia, que nos tenía el cuerpo acardenalado. Aquello no era torear. Era la lucha desigual y suicida contra la fuerza bruta aliada a los peores instintos. Cada vez más hábil y más sañudo, sabía derribarnos con un certero golpe de testuz cuando menos lo esperábamos, y luego, al vernos ya en el suelo, nos pisoteaba, babeaba y mordía, infiriéndonos toda clase de agravios. Aquel debatirse desesperado entre las pezuñas de nuestra bestia negra, que amasaba el fango y el estiércol con nuestro cuerpo, era la pesadilla de aquellos sueños triunfales que nos embargaban. Pasaba el tiempo, y el becerro, alimentado a pienso con el dinerillo que nosotros pagábamos por torearlo, iba creciendo en tamaño y poder, en astucia y encono. Más cauto y más sabio cada día, llegó a hacernos víctimas de verdaderos refinamientos de crueldad. Nos pegaba donde sabía que más podía dolernos, se complacía en destrozarnos las ropas y debía divertirse mucho al ensuciarnos la cara con sus boñigas. Era la bestia negra de nuestra existencia. Su maldad sólo era comparable a la del ventero, que con nuestro dinerito iba cebándole para que cada vez nos castigase con más fuerza.

LA ATRACCION DEL PELIGRO

Yo no vivía más que para el toreo. Mi casa iba de mal en peor y la miseria nos iba a los alcances. Mi padre se cargaba de hijos, a los que difícilmente podía mantener con su menguado y claudicante negociejo, y yo, que era el mayor, me desentendía de aquella catástrofe familiar, indiferente a todo lo que no fuese mi pasión por los toros y la sugestión que sobre mí ejercía aquella pandilla de torerillos a la que con alma y vida me había unido. La fascinación que aquel grupo de amigotes me producía sólo pueden comprenderla quienes en la adolescencia hayan caído fervorosamente en uno de esos núcleos juveniles que, por disconformidad con el medio, se forman en torno a un misticismo cualquiera, social, político o artístico, y que con su prestigio revolucionario absorben íntegramente al hombre nuevo.

Por la mañana, después de haber hecho muy amargas reflexiones al verme en contacto con la ruina de mi casa, me iba contrito al puesto de quincalla y ayudaba a mi padre con la mejor voluntad y el más firme propósito de enmienda.

Pero no tardaba en asomar por allí alguno de los zagalones de la pandilla, que venía a soliviantarme.

—Oye, tú; esta noche vamos al campo.

—Yo no puedo ir, déjame.

—¿Qué? ¿Te rajas? Hay ganado bravo; te lo advierto.

Mis buenos propósitos se derrumbaban al presentir la aventura fascinadora de la noche próxima.

—¿De veras hay ganado bravo?

—Lo hay. Sale la luna a las doce y media. A las once nos reunimos en San Jacinto.

Esto bastaba para perderme. Ya no pensaba más que en el azar de la noche, en sus riesgos innumerables y en el placer de vencerlos. Abandonaba el puesto de quincalla, se me borraba de la imaginación la angustia de mi gente, y hasta la figura sugestiva de la novia que tenía delante cuando esperaba el agudo silbido con que me avisaba el compañero se desvanecía, como si fuese una sombra que tuviese ante los ojos distraídos.

No sentía yo entonces esa absorción que según dicen ejercen los primeros amores. Tenía unas novias que se sucedían unas a otras como fugaces visiones. Era mi pasión por el toreo lo único que me absorbía. Los amores, las novias, eran una distracción pasajera que no dejaba huella. Aquellas muchachas de barrio de las que fuí novio en los patios oscuros de los corrales de Triana pasan sin pena ni gloria por la pantalla de mi memoria, dejándome sólo un vago recuerdo de sus gracias.

Cuando llegamos a Tablada, la luna clara bañaba en leche azul la dehesa. Caminábamos cautelosamente cuando de improviso escandalizaba la noche el esquilón abaritonado de un cabestro.

—¡Hay toros!—nos decíamos, triunfantes.

Venía entonces la dura faena de correr por el campo erizado de espinos, para apartar la res que queríamos torear, cansarla y acorralarla. Algunas noches, cuando estábamos enfrascados en la tarea de mover el ganado de un lado para otro, nos sorprendía el galope del caballo de un guarda jurado. Frente a los guardas del cerrado teníamos los torerillos una actitud de franca rebeldía. Procurábamos que no nos sorprendiesen; pero cuando no tenían más remedio que sorprendernos, lo más que nos consentía nuestra dignidad era retirarnos sin torear, pero sin asustarnos ni echar a correr. Emprendíamos una retirada estratégica, sin descomponernos ni perder nuestro aire de jaque, y el pobre guarda, "por no buscarse una ruina", se contentaba con cubrir las apariencias y nos dejaba ir tranquilamente.

En vista de la ineficacia de los guardas jurados, se encomendó a la Guardia Civil la persecución de los torerillos.

NO HABIA LLEGADO MI HORA

Yo no quería ir aquella noche. No quería ir porque llevaba un trajecito nuevo que con mil apuros había conseguido hacerme para lucirlo en Semana Santa. Pero me insistieron, no supe resistir, y, vestido de disanto como estaba, me fuí a Tablada a torear. Estábamos en la faena de apartar el ganado cuando advertimos que unas sombras sospechosas se aproximaban cautelosamente. Creímos que era la Guardia Civil, y a la voz de alarma salieron todos de estampía cada cual por donde pudo. Yo no llegué a saltar la valla y me quedé agazapado, a la expectativa. Los bultos aquellos siguieron avanzando y pronto advertí que no se trataba de los civiles.

—¿Quiénes sois?—pregunté.

—Somos aficionados—contestó una vocecilla atiplada.

Eran, efectivamente, unos chiquillos de diez a doce años que se habían lanzado temerariamente a la aventura de Tablada llevando un verdadero capote de torero. No era extraordinario. La leyenda de nuestras andanzas por la dehesa durante la noche corría ya por Triana, y muchos aficionados se lanzaban a imitarnos. Se daba incluso el caso de que viniesen algunos admiradores a vernos torear, aunque la verdad era que allí en Tablada tanto riesgo corrían los toreros como los espectadores, y a uno de éstos le dió una vez un toro una cornada.

Encomendé a los muchachitos aquellos que fueran a decir a los de la pandilla que no había peligro, mientras yo trataba de encerrar a un toro que teníamos ya apartado, y les dije además dónde teníamos escondidos los aparatos de carburo, para que, de camino, se los trajesen. Tardaron un buen rato en volver, y mientras tanto yo conseguí encerrar al toro en la placita, y allí lo tenía correteando enfadado, en espera de que lo toreásemos. Volvieron diciendo que no habían encontrado a ninguno de la pandilla y que no daban con el escondite de los aparatos de carburo. Era una lástima, porque allí estaba el torete encabritándose y embistiendo contra los burladeros. Pero seguramente los de la pandilla se habían marchado, y, además, sin luces era imposible torear en una noche tan oscura como aquella.

Allí estaba, sin embargo, el enemigo enfureciéndose en la espera, y, aunque apenas se apartaba del burladero, ya no lo veíamos, a mí me estaban entrando unas ganas irresistibles de torear. Tenía en las manos el capote que habían llevado los niños, y cada vez que desde el burladero le daba al toro un abanicazo, sentía la arrancada codiciosa del animal. La ilusión que despertaba en mí el tener en las manos un verdadero capote de torero y la proximidad del toro fueron más fuerte que todas las consideraciones. Llegué a creerme que veía de veras, cuando no eran mis ojos, sino mi ansia de torear lo que me hacía adivinar los movimientos del toro, perdido en las sombras. No pude más. Salí del burladero y me abrí de capa ante la noche inmensa, pretendiendo perforarla con mis ojos torpes, que no descubrían al enemigo. Sentí su arrancada. Lo vi o lo adiviné venir hacia mí, y haciendo girar el cuerpo me pasé por la cintura aquella masa negra que salía de la noche y a la noche se volvía ciegamente. Volvió a pasar junto a mi cuerpo, llevado por los vuelos del capotillo, aquel bólido que las sombras me arrojaban; pero, al tercer lance el toro no vió el engaño o yo no vi al toro, y en un encontronazo terrible fuí lanzado a lo alto. Me campaneó furiosamente en el testuz y luego me tiró al suelo con rabia. Allí me quedé hecho un ovillo, sin saber dónde estaba. No veía al toro. La noche se lo había tragado. Entonces sentí que los niños empezaron a llorar y calculé por el sonido de sus llantos dónde estaba el burladero. Procuré arrastrarme hacia él; pero apenas me había movido cuando se me vino encima otra vez aquella mole que se desgajaba de la noche y volvía a sentirme poderosamente suspendido, zamarreado y tirado al fin como un pingajo. Con la cara húmeda de sangre tibia, junto a los guijarros del corralillo, me quedé un rato escuchando a los niños, que lloraban acongojados. Debía estar a dos o tres metros del burladero; pero más cerca, mucho más cerca, tenía amenazadoramente vigilantes sobre mí los cuernos blancos de la bestia. Aquellas dos curvas blanquecinas de los cuernos era lo único que se destacaba netamente en el cuenco negro de la noche. Otra vez intenté escurrir el bulto y otra vez vi cómo aquellos cuernos caían sobre mi cuerpo como un relámpago fulminado por el cielo. Ya entonces, al caer, fuí a chocar contra las tablas del burladero, y con un desesperado esfuerzo me puse a cubierto. No me había matado el toro porque no había llegado mi hora. Los muchachitos, aterrorizados, me recogieron y me tocaron la cara ensangrentada, preguntándome ansiosamente si estaba vivo todavía.

Me palpé. Apenas podía incorporarme. Tenía la cara desollada, el cuerpo magullado y el traje hecho trizas. ¡Mi trajecito de Semana Santa! Ciego de rabia y desesperación, me desasí de las manos de los muchachitos, que me consolaban; salí del burladero, me fuí para el toro como un loco y empecé a golpearle en el testuz con una saña increíble mientras le insultaba a grito herido. Ante aquella lluvia inusitada de puñetazos y patadas que le caía sobre el hocico, el pobre toro debió de quedar sorprendidísimo. Seguramente no se explicaba cómo le ocurría aquello. La cosa debió de parecerle tan extraña que no aceptó la lucha en el terreno a que mi demencia le llevaba y empezó a recular prudentemente. "Esto no es razonable"—debió de pensar para sus adentros—. Los niños daban entonces unos gritos espantosos.

(Fragmentos del libro "Juan Belmonte, matador de toros".)

TOROS de TINTA de LA GANADERÍA GARCÍA VIÑOLAS

Además de escritor, Augusto García Viñolas es eminente crítico de arte, director de cine premiado en Venecia y otras mil cosas más. En la actualidad es Agregado Cultural de la Embajada de España en el Brasil. Cuando le preguntamos por sus aficiones más curiosas, nos dice: "Los toros. Soy un "devoto" del tendido nueve y colecciono figuras populares de toros de barro. También he toreado alguna vez, muy malamente. Consigo que arranque el bicho, y hasta que pase; pero lo que no he logrado aún es quitármelo de encima cuando se arranca."

Hablamos de su "ganadería" de toros de tinta y García Viñolas nos cuenta cómo nació esta original colección, en el cortijo "Gómez Cardeña", de Juan Belmonte. "Fué hace unos seis años—nos dice—. Isabel Aranguren, en unas vacaciones que pasó en dicho cortijo, me trajo el primer toro de tinta, dibujado por Juan Belmonte. Esta fué la levadura del álbum. Al reclamo de ese toro de Belmonte se fueron congregando los demás. Toda una "ganadería", que cuenta hoy con más de cien ejemplares. He limitado la colección a toros de toreros con alternativa, es decir, toreros mayores de edad y que hubiesen adquirido ya la responsabilidad de sus actos. Lo que empezó por ser una broma, una especie de diversión literaria, acabó por darme en qué pensar: sobre lo mal que vemos las cosas que miramos. Yo contaba ya con que los toreros no supieran dibujar toros, pero no creí que dudaran tanto a la hora de señalar dónde los toros tienen la oreja o el nacimiento del cuerno. Estas vacilaciones resultan interesantes y denuncian claramente el temperamento de un torero. Es algo así como el refinamiento de la grafología.

"Soy buen amigo de muchos toreros, y esto ayudaba a formar el álbum y a vencer la timidez natural de quien tiene que dibujar algo tan serio como un toro sin dominar el dibujo. Pero declaro que, incluso aquellos toreros que no son amigos míos, supieron incorporarse con verdadero garbo y talento a las páginas de este álbum sin hacerle remilgos a la petición, en muchos casos aventurada, de que dibujaran un toro como Dios les diera a entender. Es de tener en cuenta que muchos de los toros de este álbum han sido dibujados por los toreros cuando se disponían a ir a la plaza o en vísperas de confirmar la alternativa. Esto justificará los trazos vacilantes que se advierten en algunos dibujos. Unos toreros, los más jóvenes casi siempre, procuran "echarlo a broma" y darme una interpretación humorística del toro; otros, más graves, quieren tomar todas sus precauciones para no errar, y hasta me piden que les deje el álbum por uno o dos días. Los he visto dibujar casi todos ellos. Otras veces, amigos como Antonio Berdegué, Puente, Bellón o Santos Yubero, Bentura o Julio Fuertes se han llevado el álbum en sus viajes a las ferias de provincias y han colaborado conmigo en este álbum de una manera cordial. Quiero darles las gracias desde aquí. Cuando el álbum haya tomado un poco más de cuerpo, con el prólogo que ya ha escrito Cossío, llevará un colofón con los nombres de estos amigos, que ayudaron a formar mi singular ganadería."

Después, este viajero infatigable que es también García Viñolas, nos dice: "En un viaje reciente que hice a varias repúblicas sudamericanas, llevé el álbum conmigo. Y así conseguí los toros de viejos toreros como *Bonarillo*, *Piñoncito*, *Chiquito de Begoña*, que viven en Peru, o en Ecuador, o en Colombia, y que allí guardan como una luz conmovedora el brillo que tuvieron sus triunfos taurinos hace cincuenta años. Fué un verdadero viaje sentimental a las glorias de este mundo. El álbum tiene ahora nuevas secciones: los hierros de ganadería, dibujados por los ganaderos, y escenas taurinas dibujadas por los escritores. Esta manera de ver los toros el doctor Marañón, Eugenio d'Ors, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna o José Carlos de Luna, no deja de tener interés. Pero el álbum es esencialmente de toros "vistos" por los toreros."

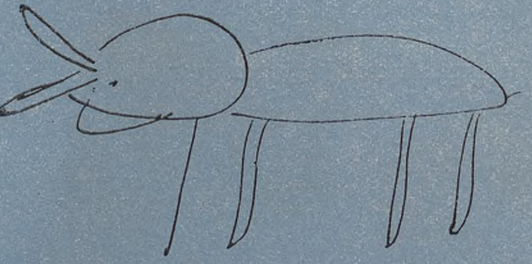
Con las graciosas anécdotas que Viñolas cuenta podría escribirse una verdadera antología de "ocurrencias", de frases graciosas y chispas de ingenio que saltan de estos dibujantes improvisados, a la hora de dibujar el toro. Por ejemplo, *Gallito* ha dibujado el "suyo" visto por los cuartos traseros. Pero entre todas las notas graciosas del álbum hay una anécdota tremenda, de trágica significación: cuando José Flores, *Camará*, pinta su toro, es junio de 1946, un año antes de la cogida y muerte de *Manolete*. Pues bien, *Camará* pinta precisamente un toro de Miura al que pone además el número 13 como un hierro fatídico. Fué *Parrita*, viendo el álbum en Bogotá, quien advirtió esta coincidencia, realmente curiosa.

El álbum de Viñolas sigue abierto. Un día formará parte de algún museo o biblioteca taurina. Es el primer álbum de este género que existe, y aunque la idea puede ser copiada por otros, hay toros ya en este álbum, como el de *Manolete*, que por desgracia no podrán ser repetidos nunca más.

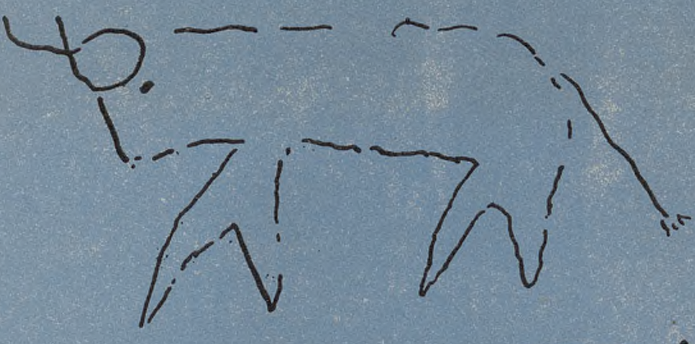
Viñolas siempre se había negado a dejar que retratasen ejemplares de su "ganadería"; pero ha hecho una excepción con MVNDO HISPÁNICO que le agradecemos muy de verdad.

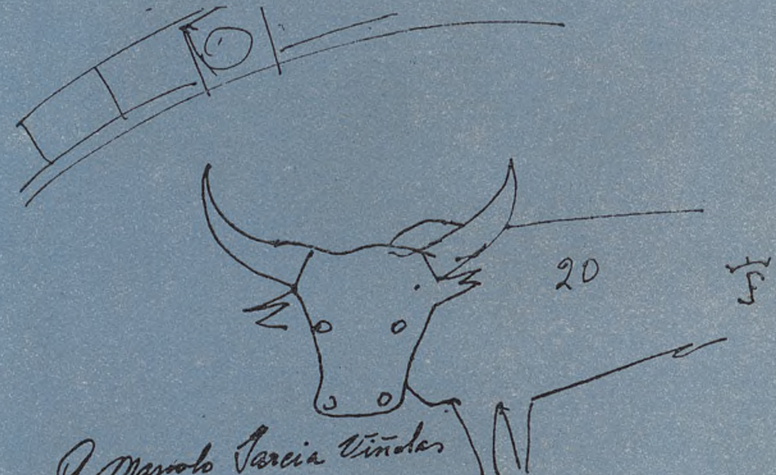


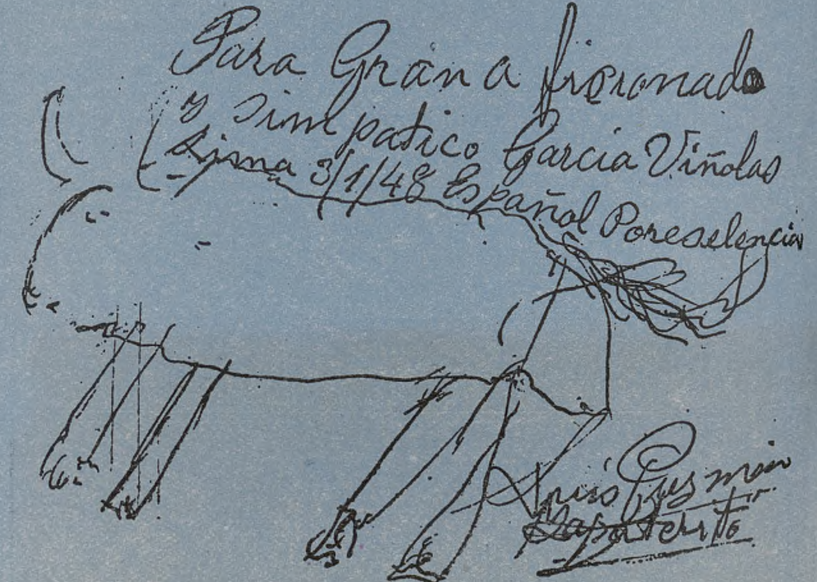






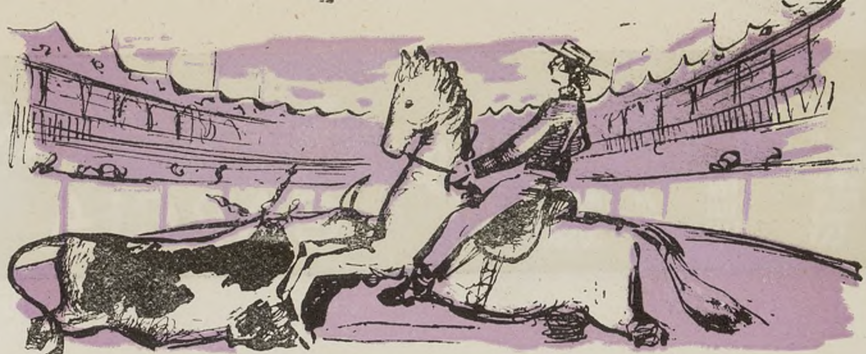












MADRIGAL A CONCHITA CINTRON

A ti, Conchita, sangre de amazonas,
razón de amor y amor de la andanada,
a ti que te has ceñido la corona
de tanta plaza fuerte enamorada,
a ti, litigio ecuestre de los dioses,
mi madrigal ofrezco y mis adioses.
Ahí te va por los aires de Castilla
este cartel rabioso de oro y fuego;
clávalo cazadora en tu cuchilla
de hoja de peral. Gerardo Diego
brinca por ti en su pértiga de jándalo
y Lope en el balcón arma el escándalo.

* * *

FUE primero un rumor del viento esclavo.
Del Perú, del Brasil o de la raya
de Portugal llegaba oliendo a clavo
un falso cronicón, una azagaya,
o fábula tal vez de algún criollo
Ovidio tropical fértil de embrollo.
¿Es América, al fin, vengando a Europa?
¿Quién rapta a quién? ¿El toro que encandila
sus potencias de rayo a quemarropa
o la ninfa que halaga y que motila?
¿Surge anfibio otro mito en cielo y agua?
¿Se hunde un veragua en aguas de Veragua?
Y la luz se hizo carne. Amor celeste,
quedó en la playa atlántica y morena
el nácar de una concha. El viento oeste
lo pregona en bocina y lo enajena.
Y Conchita Cintrón, nacida, trota
y un estruendo de espumas alborota.

* * *

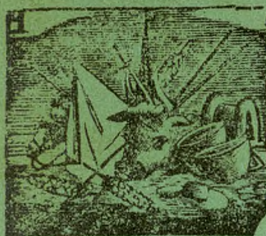
TÚ, Conchita, ya nuestra, no lo sabes,
tú eres una paloma, una muchacha,
a nuestra playa sin virtud de naves
regalada en los brazos de una racha.
Cuando al espejo íntimo te miras,
de miedo de perderte, te retiras.
Hubo una Arcadia, allá por Santiponce
—tú pisabas los tréboles mentales
en la dehesa azul—. Gente del bronce
se llamaban entonces los juncales
y a su paso marchoso y jaranero
se vendían esencias de torero.
Reinaban cordobés y castoreño,
aun quedaban patillas por la sierra.
Emilio "Bomba", Fuentes y "Algabeño"
disputaban la túnica del "Guerra",
y, entrando en nuevo siglo de babeles,
Córdoba duplicaba Rafaeles.
De dos "Quinitos" fué la edad de oro,
el maestro de las chulas musiquillas
y el que al ruedo salía como al coro,
canónigo a cantar sus banderillas.
¡Oh dulce Arcadia del toreo obeso!
Si Eva vistió de luces fué por eso.
Y al ruedo descendió desde su palco
Juno opulenta o rebosante Ceres,
a guiñar lentejuelas de oro y talco
entre los alamares. ¡Oh placeres
de sortija de habano y sobremesa,
chorrera charra y taleguilla opresa!
Pues si el cuerno indiscreto por ventura
rasgaba, ¡qué rechifla, qué algazara!
La circense, esperada coyuntura
la diva en mujer víctima trocara
y en número de escarnio su remedo
entre el jaulón del tigre y Don Tancredo.
Y sobrevino el triunfo del decoro,
la ley contra la hembra. Ley canónica,
ley sálica de Angélica y Medoro,
mas sin guerra civil, peste borbónica.
Alza a su palco el vuelo la "Reverte"
y en Venus se estiliza y se convierte.
Y ahora es el reino de los festivales
y ya son pardos todos los felinos.
Juegan al alimón con los chavales
y gallos de espolón los femeninos
retoños del cortijo y la nobleza.
Nadie se viste ya por la cabeza.
Tú sola, tú jinete, tú peona,
tú Conchita Excepción, tú iluminada
Juana de Arco a las voces de tu zona,
juraste la bandera desbocada
y abrazaste los votos del monjío
y el duro cuero, el hábito bravío.
Por especial designio o privilegio
de Tauro o Zeus, tú naciste sola
entre las hembras. Ya desde el colegio
al andar desplazabas aureola
de luz y olor a dríada y a musa,
tú siempre femenina y tan pitusa.
Tu toreo es legítimo y adulto,
y serio de verdad tras tu sonrisa,
triste y alegre de misterio y culto.
Y va el pitón creando la cornisa,
ajustando tangencia y reverencia
en torno a tu armonía y tu cadencia.
A caballo o a pie, las dos cartillas
del toreo a rejón y muerte a estoque
explicas en Lisboas y Sevillas,
doctora por Coimbra e "in utroque".
¡Qué aroma de ultramar canela y rosa
mueves, virreina, por la lidia airosa!
¿Cómo olvidar tu irresistible cite,
el recorte de sal, sombrero en mano,
el ímpetu glorioso del envite
y el halagar la crín de tu alazano;
tu brindis, tu ayudado, tu estocada,
tu piedad por la sangre derramada?

* * *

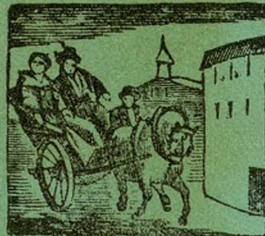
Y, homicida traidora, la noticia.
Conchita se retira de los ruedos.
La monja alférez es ya la novicia,
la novia en flor, promesa de viñedos,
y va a abrir la cancela a sus palomas
para que vuelen libres por las lomas.
El albañil de rimas en su andamio,
blanco de cal y palidez, arroja
su madrigal torcido a epitalamio.
Tu orejita, Conchita, nadie moja,
mas ya se ofrece, nido guaraní,
para el travieso beso colibrí.

Gerardo DIEGO
(De la Real Academia Española.)

CORRIDA DE TOROS


Funcion alegre y extraña
son los toros en España.


El pueblo ve alborozado
el encierro del ganado.


A los toros nunca sola
va en calesa la manola.

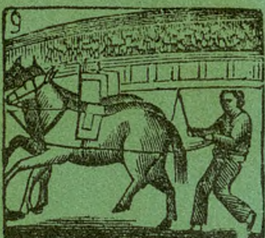

En la plaza, diligente,
se agolpa y entra la gente.

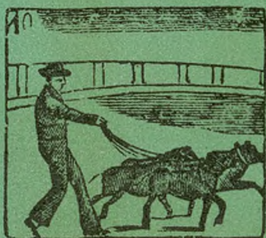

Saliendo el pueblo en tropel
se despeja el redondel.


De alguaciles el cortejo,
hace en la plaza el despejo.

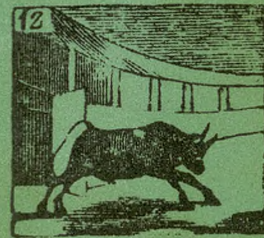

Cuando salen los toreros,
los de á pie son los primeros.


Detrás van los picadores,
como menos corredores.


Siguen tan bellos variantes
tres mulas muy arrogantes.


Después, algo separados,
van los perros bien atados.

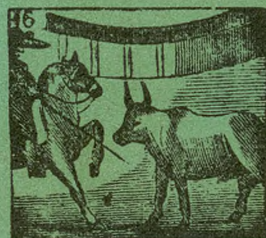

En seguida el alguacil
da la llave del toril.

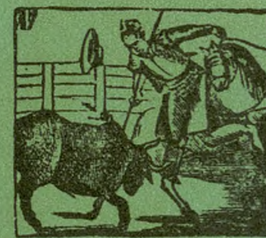

Al son de trompa y clarín
se presenta el toro al fin.


En la primer embestida
juega el picador su vida.


Burlando al toro, se escapa
el torero con su capa.


Muy arriesgado y bien alto
es de la garrocha el salto.


Luego el picador espera
delante de la barrera.

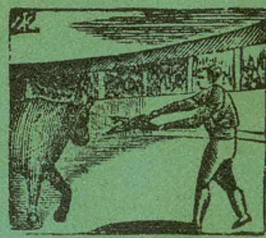

El toro embestir intenta
y el picador lo escarmienta.

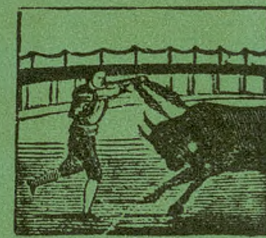

El toro fiero arremete,
y al suelo tumba el jinete.

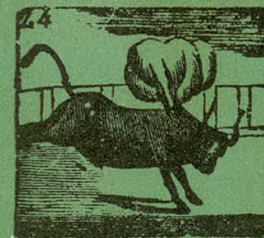

Es un picador herido
al hospital conducido.


Es salto raro y vistoso
el trascuerno peligroso.


Con el toro juguetea
cuando el torero capea.


Sereno el banderillero
llama solo al toro fiero.


Unos buenos y otros malos,
le clavan algunos palos.


El toro se aviva luego
con banderillas de fuego.


El picador se prepara
para etra suerte de vara.


Pide el matador, valiente,
la venia del presidente.


El toro bravo se inquieta
en los pases de muleta.


En la muleta se encara
y á la muerte se prepara.

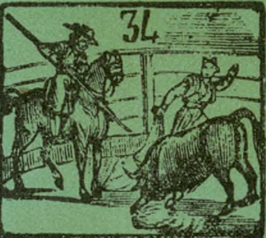

Suerte demas arriesgada
es la de dar estocada.


El estoque bien clavado,
queda el toro degollado.


El hocico en tierra clava
y el cachetero le acaba.


Las tres mulas luego al punto
fuera llevan al difunto.


Sale otro toro á la plaza
que no tiene buena traza.

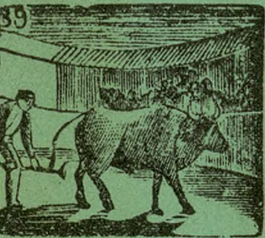

No es de bravo señal buena
toro que escarba la arena.

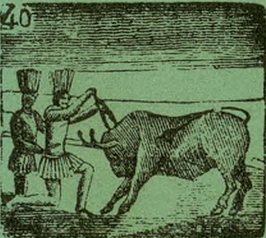

Salta la indómita fiera
fácilmente la barrera.


Con toro que flojo advierten
los toreros se divierten.


Huye el toro de los hierros
y salen á echarle perros.


Corren los perros ansiosos
y le sujetan rabiosos.


La media luna concluye
con toro que al hierro huye.


Pone un indio, de rodillas,
á un novillo banderillas.


Sujetan los portugueses
de las dos astas las reses.


Sobre un toro, un pegador
de otro toro es picador.


En los novillos no hay diestres,
y el final son los cabestros.


El público divertido,
se va por donde ha venido.


Será de Montes la espada
para siempre celebrada.


Cúchares con su trasteo
dió nuevo lustre al toreo.


Fama de diestro torero
dejó al pueblo el Chiclanero.


Acaba en una cogida
de Pepe-Hillo la vida.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.

TRES épocas, tres estilos. A los cambios en las maneras del toreo corresponde un cambio en el vestir de los matadores de toros. La tradición alienta en la evolución de sus personales gustos. Un siglo basta para que el toreo adorne el juego de sus suertes, su vestir, de forma varia, diversa y precisa. Francisco Arias, el joven pintor hispano-americano, ha recogido aquí tres momentos evolutivos del traje de luces, desde la época goyesca al actual instante de la fiesta de toros. Luces, arena, sangre, oro: éste es el adorno toreril en el dramático y espectacular juego desde sus orígenes a nuestros días.





Véndese: En la librería de Piſerrer, plaza del Angel.

FOLKLORE TAURINO
DE
ESPAÑA E HISPANOAMERICA

Por BONIFACIO GIL

INVITADOS por la Dirección de MVNDO HISPANICO para ofrecer a sus lectores algunas muestras folklóricotaurinas de que hace mérito el título, nos es grato corresponder a tan amable requerimiento ofreciendo a tal fin varios ejemplos, mínima parte del copioso material que poseemos (unos 800 documentos), procedentes de catorce países hispanoamericanos, Portugal, Mediodía de Francia y España. Debidamente clasificado, ha de constituir en su día un cancionero que abarque toda su lírica demosófica: desde el siglo XV hasta el presente.

Dado el interés que ofrece este material, hemos escogido al azar lo que aquí publicamos, evitándonos así la incertidumbre de su elección, habida cuenta de que la precitada colección ha sido rigurosamente seleccionada.

Principiamos este trabajo con una canción de Coria (Cáceres, España) que pertenece al tema de *El toro en la plaza*, llevado al grupo de «Ardor torero».

Se titula *El toro de San Juan*, y si bien se canta en tan tradicional día, la costumbre que le rodea ofrece otra significación, como el asunto de «el toro libre» y la tradición, que aun perdura, sobre el aludido festejo, en Coria (Cáceres).

A continuación se describe la fiesta tal y como se presenciaba sobre el año 1903. Por noticias posteriores no ha variado mucho desde entonces la lidia del infeliz bicho. Sigue el comunicante:

«Sobre las cuatro de la tarde se cierran con medias puertas de madera las calles que parten de la plaza, quedando ésta convertida en coso taurino. Está situado el toril en el breve espacio que media entre el Ayuntamiento y la parroquia de Santiago.

A la puerta de salida se colocan dos largas filas de mozos, provistos de una chata banderilla arqueada de flores, obsequio de sus novias. Dan la salida al animal, que es materialmente acribillado por la doble fila juvenil, pues ningún mozo quiere pasar por la humillación de quedarse con la banderilla en la mano.

Ya el toro en la plaza, se le torea como cada uno puede y como suelen torearlo los indígenas en todos los pueblos y los aprendices de torero que por allí van.

Cuando al Presidente, denominado de la «Junta de defensa del toro de San Juan», le parece oportuno, después de dos o tres horas de lidia, ordena sean cerradas las cuatro portonas que tiene la ciudad en sus murallas, e inmediatamente dispone se abran las medias puertas que cierran la plaza. El toro se lanza a correr por las calles buscando la libertad del campo. Las gentes van detrás del bicho, aun a riesgo de las sorpresas de dar de cara con él a la vuelta de cualquier esquina.

No sólo son los hombres los que corren por todas partes en busca del animal. También se ven numerosas mujeres (hasta con los hijos en brazos algunas) corriendo y corriendo detrás de aquél. Y es a la vez pintoresco y escalofriante cuando de pronto el bravo se vuelve a desandar lo andado, sin dar tiempo a que el gentío se guarezca en los portales de las casas (que suelen estar abiertas para que en ellas se protejan en caso de apuro), y entonces unos se arrojan al suelo, otros se aprietan a las paredes, aquéllos se amontonan en las puertas queriendo entrar... En fin, que por verdadero milagro, y mucho también por el lastimoso estado en que se encuentra ya el torazo (pues suelen escogerse bichos de bravura y peso, verdaderos gigantes) no suceden catástrofes verdaderas.

Cerca del anochecer da el Presidente aviso de muerte, y a estoque (cuando hay algún aficionado capaz de ello) y muchas veces a tiros (en mis tiempos casi siempre) acaban con el pobre astado; y yo creo que si le dejaran algún tiempo más, lo acabaría la calentura bajo el abrumador trueno de los gritos del vecindario, dislocado en la catarata de su evidente sangre torera.»

El texto poético de la canción expresa de este modo:

Ya está el torito en la plaza
y el torero frente a frente,
pa ponel las banderillas,
que es lo que el torito siente.

ESTRIBILLO

Sale del hondón,
del hondón sale.

(Enviada por nuestro buen amigo D. M. García Matos.)

El *Huachi-torito*, de la República Argentina, se ha transformado en una canción de Navidad. Usase en su parte Norte.

Dice nuestro excelente amigo y colega profesor Josué T. Wilkes, en su trabajo *La rítmica específica del cantar nativo* (Buenos Aires, 1945):

«De cuantas melodías populares religiosas han sido dadas a conocer hasta el presente en nuestro país, ninguna aventaja en finura y forma a la que se canta en la Navidad jujeña. No obstante ser su texto bilingüe, quechua-español, la factura e inspiración musicales revelan ascendencia hispánica, pareciendo datar, por su estilo, de mediados de la XVII a la XVIII centuria. (Efectivamente, en la Rioja—España—hemos recogido canciones infantiles que acusan puntos de contacto con la que estudia el señor Wilkes.)

Huachi-torito, que así se denomina la canción, se corea con fervor entusiasta en Humahuaca. Músicos populares la hicieron llegar hasta el altiplano boliviano llevándola escondida en el alado soplo de sus *sicuris* (syringas). A ello hay que atribuir el que la versión *vocal* humahuaqueña se haya convertido en instrumental, dado que al interpolársele caprichosamente sonidos extraños a la melodía original imprimieron a su movimiento primitivo una mayor desenvoltura y vivacidad.»

Expresa así el texto poético:

Huachi-torito puellank,
Niño bonito cahuanki,
al Niño recién nacido
todos le ofrecen un don.

En su origen, por corrupción del lenguaje quechua, principalmente en las provincias norteñas de la República Argentina, el *huachi-torito* se denominaba *huajcha-torito*. Así se pronuncia en el Perú, donde la composición tiene otra aplicación que en la República del Plata, y Bolivia (en las cuales se usa en Navidad) e incluso Chile. (En este país, donde su música es semejante a la de las anteriores naciones, se canta en honor de la Virgen de Andacollo.) En Perú se aplica como juego infantil en el que se imitan las suertes de las corridas de toros, extremo por el que puede asegurarse que el *huachi-torito* encierra una práctica o simbolismo tauromacos.

El ejemplo musical, que va en otro lugar fué recogido por G. Medrano Rosso y armonizado por Josué T. Wilkes, antes citado.

El toque de la *salida del toro* se ejecutaba en Quezaltenango, Departamento de Guatemala, sobre el año 1895 en las corridas populares provincianas con ocasión de las fiestas patronales en las que intervenían aficionados.

Hoy se toca este son únicamente en las representaciones del «Baile de los toritos», en cuya danza el toque es parte integrante. (La transformación de toques taurinos tradicionales en ejemplos para la danza popular, cuyo título se conserva, nos induce a sospechar que en otros países hispanoamericanos haya ocurrido lo propio. Ejemplos: el *Huachi-torito*, que acabamos de ver; *Los toreadores*, en Méjico; *Danza del torito ribereño*, en Colombia; *El toro de Quito*, en Ecuador, etc.)

El folklorista D. Jesús Castillo, residente en Quezaltenango, al remitirnos el toque que va al final de las páginas musicales acompañaba unas notas sobre su ejecución. Dicen así:

«El acompañamiento en *clave de fa* es parte integrante del toque, como todo lo que se ejecuta en *marimba*. Solamente cuando aquél es interpretado en *chirimía* (especie de oboe rústico) el acompañamiento (que en marimba es en notas reales) se hace con tambor, que es de mediano tamaño, con el mismo ritmo que consta para la marimba. En cuanto a ésta, su origen, por sus diversas formas, es muy discutido. (Con todo, ya es sabido que es oriunda del Senegal, donde se la conoce con el nombre de *Balafo*.) La nuestra es un aparato análogo al *xilófono*. Alcanza bastante extensión, y cada tabla sonora (que se toca a percusión) tiene por debajo su caja de resonancia.»

En las páginas siguientes se reproducen los temas musicales «EL TORO DE SAN JUAN» (España), armonizado por B. Gil; «HUACHI-TORITO» (Argentina), armonizado por Josué T. Wilkes, y «SALIDA DEL TORO» (Guatemala), armonizado por Jesús Castillo.

Andantino

mf

Ya está el to-ri-to en la pla-

Andantino

mf

p

-za y él to-re-ro frente a frente pa-ra po-ner las ban-de-ri-llas que es lo

que el to-ri-to sien-te

Allegro molto.

f Sa-le del hon-dón, Del hon-dón

f Allegro molto.

mf

p

poco rit.

sa-le, Sa-le del hon-dón, Del hon-dón sa-le.

poco rit.

mf



TO-RO





Un poco movido (♩=80)

Hua-chi-to-ri-to pue-llan-ki. Ni-ños bo-ni-to ca-huan-ki. Al Ni-

p (Canto)

-ño re-cién na-ci-do to-dos le o-fre-cen un don. Al Ni- don.

1a 2a

(Danza

1a 2a

(♩.104-108)

f Chirimías

Marimba



EL AFICIONADO

La transformación de la fiesta de los toros de unos años a esta parte es evidente. Estaría fuera de lugar meterse en berenjenales explicativos de esta evolución, que ha afectado a sus propias entrañas. Vamos a hablar tan sólo de los aficionados, elemento muy particular e importante de las susodichas entrañas. Lo primero que haré notar es que su número ha descendido notablemente, mientras que aumentó también de manera señalada el de espectadores. Porque no es posible confundir a un aficionado con un espectador. Son especies completamente distintas, aunque se sienten juntos en el tendido de una plaza de toros. Son lo blanco y lo negro. Son la sabiduría y la ignorancia. Para llegar a merecer el título de aficionado se precisan cualidades que no todos los espectadores poseen. La primera de todas, naturalmente, constancia en la afición. Un auténtico aficionado no se pierde corrida, ni tampoco se aburre en ninguna. Es más, va a los toros no a divertirse. Va como a una cátedra, a escuchar el toreo. A escucharlo, sí. Esto es, a juzgarlo con las entendederas del alma, a desmenuzarlo con sus exigencias críticas, a exaltar o denigrar impulsado por la pasión. Porque niego de manera rotunda la existencia de verdaderos aficionados ecuánimes, imparciales, especie de magistrados, que dan a cada uno lo suyo, lo que es justo, lo que es de ley. Muchos blasonan de tales. Pero no les hagan caso. Rásqueseles un poquito la cáscara o esa máscara con que pretenden encubrir el apasionamiento, y éste aparecerá vivo y coleando. Y si así no sucede, catalogarlos entre los espectadores.

Llegar a ser un buen aficionado a toros es muy difícil. Conozco a algunos, setentones, que han visto morir a centenares y centenares de reses bravas y saben muy poco de toros. Fíjense que he dicho de toros. Porque aquí entra la complicación. El toro. A los toreros es más sencillo entenderlos. A los toros, no. La pelea de un toro en el ruedo tiene siempre matices y misterios que se escapan a la penetración de muchos que se consideran aficionados. Y todo lo que se hace en el toreo hay que calibrarlo en relación al toro. Esta es, asimismo, la razón del por qué existen tan escasísimos grandes toreros. Porque la mayoría desconocen al toro. No lo duden. De nada les ha servido a infinitos que se han vestido de luces atesorar condiciones patentes para triunfar. Estos, tarde o temprano, se han venido abajo porque no sabían lo que era un toro. Porque se equivocaban con él. Y el aficionado puede equivocarse, pero el torero en manera alguna.

De nada sirve el valor. El toro, aun el más manso, es más valiente que el hombre, o si lo preferís, más bruto que él. A un toro no se le puede reducir más que con técnica. Tampoco con arte. El arte es el complemento de la técnica. Muchísimos toreros dueños de gran sensibilidad artística se han malogrado por falta de técnica, por falta de conocimiento de los toros, de sus querencias, de sus resabios, de sus misterios. Porque un toro es un animal misterioso. A estas alturas todavía no sabemos la razón por la que embiste. Y este misterio es la desesperación, la cruz de los ganaderos. El toro de mejor nota, hijo de un semental de bandera y de una vaca calificada de superior por su actuación en la tienta y por la calidad de sus productos, flojea y se declara manso de solemnidad en el ruedo, y aquel de desecho, lidiado a remolque, por unas razones o por otras destapa una bravura excepcional. Un ganadero, aun el más acreditado, el más escrupuloso y entendido, jamás está seguro del resultado de una corrida. Por si esto fuera poco, durante su lidia, a pesar de que ésta, normalmente, no dura arriba de veinte minutos, cambia mucho. A la muleta no llega con las mismas características con que salió del chiquero. Y esto es lo que tiene que ver el torero y también el aficionado.

El público, la masa, puede juzgar y juzga a los toreros por su mayor o menor lucimiento. El aficionado, no. El aficionado estima la labor del torero con arreglo al enemigo que tiene delante, y ante uno difícil no se le ocurrirá exigir al lidiador floreos y arrequives. Y ante un toro noble, suave y sin peligro no se dejará alucinar por una faena simplemente bonita, pero carente de pureza y de enjundia torera. A un buen aficionado nunca le puede equivocar un mal torero, aunque éste arranque ovaciones encendidas en la multitud ignara.

Como tampoco un aficionado de verdad se aventura a hacer profecías. Los que caen en esta debilidad están perdidos. El que afirma que un novillero por dos o tres tardes o toda una temporada afortunada será un gran torero, está perdido. Por sostener su profecía se enrola en la pasión, que ofusca y perturba cuando es ciega y sin fundamento firme. En esto sigo la opinión de uno de los mejores aficionados que trato, el cual dice: "Si quieres acertar de cien veces noventa y nueve, pronostica de todos los nuevos toreros que veas que no van a ser nada. Como un gran torero es dificilísimo que se cuaje, de cien veces te equivocas a lo sumo en uno. Y como este uno no cuenta, los otros noventa y nueve te acreditan de saber más de toros que *Lagartijo*".

De los que es preciso huir es de los aficionados pelmazos, que abundan bastante. Porque una cosa es que la afición sea algo serio y otra que se tome por la tremenda y se convierta en una cuestión personal cualquier discrepancia surgida en el tendido o en la tertulia del café. De ninguna discusión sale la luz, pero las taurinas permanecen de continuo en las más absolutas tinieblas. Todavía no se ha dado el caso de que un aficionado convenza a otro. Son inútiles las razones, y mucho más los gritos. Aquí sí que se puede aplicar eso de que cada loco con su tema.

¿Y aficionadas? ¿No hay aficionadas? Pues, no señor. Las mujeres hasta hace poco apenas iban a los toros. Ahora asisten como espectadoras y se dejan arrastrar por el entusiasmo colectivo, sin detenerse en análisis que se les escapan. Como la fiesta, por esa transformación de que hablábamos al principio, ha perdido bastante de lo que tenía antaño de tragedia, pueden presenciarla las mujercitas sin que padezca demasiado su espíritu apocado. Y eso que hace unas tardes, en una novillada, a mi lado, tres cubanas como tres soles morenos y blancos se pasaron las tres la corrida llorando a más y mejor. Los vecinos procuramos consolarlas.

—¿Por qué lloran—les preguntamos—si no han cogido a ningún torero?

—Por si acaso—nos respondieron entre sollozos.

Los aficionados puros sufren mucho en las plazas. ¡Porque tienen que oír cada dislate y cada herejía! En los toros, como en todo, abundan las frases hechas, que se aplican vengan o no a cuento, y el que dice campanudamente una frase hecha cree de buena fe que se le ha ocurrido a él en ese mismo momento, y se mata con quien sea por sostenerla. Los buenos, buenos aficionados, no discuten con cualquiera. Se reservan para más altas empresas. Se reservan para doctorar ante un círculo de elegidos. Los buenos, buenos aficionados, en la plaza apenas comentan, entre otras razones porque están fumando un cigarro que les dura toda la corrida. No se concibe a un aficionado sin su grueso cigarro en la boca, lanzando el humo de su desdén sobre los juicios que escucha a su alrededor. El buen aficionado sólo se exalta en muy contados momentos, salvo aquellos que pretenden dirigir la lidia con sus gritos, proferidos desde su asiento, bien alejado del toro. Algunos dicen lo que tienen que hacer los toreros, en voz muy baja, en soliloquio íntimo. "Por ahí, no. ¡Con la derecha! Sácale a los medios. Así; eso es. ¡Por alto! ¡Dóblate con él!" Y la gozan a su modo.



LA PRIMERA CORRIDA

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA



ERA la p r i m e r a corrida de primavera, la nueva inauguración del mundo. Si bien resultaba un poco desflorada por la corrida política de marzo, no tenía par por la belleza del día, de gran colcha azul, de colcha nueva en una boda renovada.

La sangre de la ciudad se agolpaba en las principales arterias y al fondo quedaban roales claros, pedazos de barrio como en un alba de las tres de la tarde, como en una deserción despùés de declarada la peste en la ciudad.

Todo el peregrinaje iba confluyendo en las vías principales, y los coches de las grandes bodas recogían gente al grito de "¡A la plaza! ¡A la plaza! ¡Eh!" Todos los coches de las estaciones estaban también preparados y las diligencias antiguas tenían escondido su ruido de cristales para soltarlo en cuanto el carruaje se pusiese en marcha. Disimulaban que tenían llantas de hierro que levantarían chispas con que podrían encender sus pitillos los transeúntes sin cerillas, y sobre todo, esos pobres que se arrastran sobre las losas porque tienen cercenadas las piernas.

Por en medio de la gran comitiva, los automóviles de alquiler, deseosos de ir y volver cinco veces a la plaza aprovechando los minutos, eran como cohetes que buscaban con su zigzag de buscapiés los intersticios entre todos los vehículos en marcha.

También corrían con locura los que se habían comprado un *auto* nuevo, para estrenarlo en la corrida.

En esa movimentación de la cuesta, siempre llega un momento en que parece que la cuesta es la que sube, galopante, rampante, milagrosa.

Algún picador que pasaba de refilón era como cuando en la monotonía de los naipes sin figura aparece un caballo. Matizaba a la multitud. Era el personaje suelto de la farsa verdadera que se va a representar. Pasaba al margen, y sin embargo se le veía plenamente. Iba sin pica, y aquel caballo en que montaba no era el caballo para las batallas, sino su caballo de recreo. Nadie le saludaba, y así era el héroe que pasaba de extranjis. Coronel sin su tropa y fuera del campo de batalla, era como un antiguo majo de a caballo que iba al espectáculo sólo como espectador.

Cada vez se abigarraba más el conjunto de los que subían la cuesta.

Los hombres de nariz larga eran los que iban con más prisa y velocidad. Escalaban el camino subiendo de dos en dos una escalera.

Más diligencias camino del pueblo de la plaza, y en sus alturas los clásicos de las bacas. Parecía que todos buscaban una romería que no acababa en un pueblo, sino en la arandela del gran cirio del día, en una gran sortija de gentes.

Un automóvil amarillo adelantaba a todos los demás, como si tuviese derecho a eso por ir pintado de un color propicio a la tarde. Los "cuarenta caballos" se desmetamorfoseaban y aparecían como con sus cuarenta caballos enjaezados con correas claras y cascabeles nuevos.

En raudo milord, que hacía competencia a los automóviles, dos mujeres de mantilla blanca iban dejando detrás de sí prospectos de la fiesta, prospectos calados como encaje de mantillas.

—¡Ahí va el presidente del Consejo!, gritaron desde un grupo, señalando un coche como barca de charol.

—¡El presidente! ¡El presidente!—murmuró toda la multitud.

Pero la rapidez del coche era como la de la pelícu1a, que no se puede detener, y en la que lo que es segundo término, en la confusión de los trenes que pasan, no se puede distinguir apenas.

—¡La *Chelito!* ¡Ahí va la *Chelito!*

Y unos brillantes muy lavados con bicarbonato y montados en platino sonrieron en larga sonrisa que se esfumó.

—¡*Caracho* y su cuadrilla!

Y pasó la manuela, que tiene algo de cochecillo de los niños toreros. Iban apiñados bajo el toldo los compañeros de brega. ¿Preconizaban lo que iba a pasar? No; hablaban de cosas muy lejanas al suceso.

Para evitar que nadie se subiese al estribo, el mozo de estoques de *Caracho* iba subido en su repisa, atento a las conversaciones como chico del pueblo.

¿Podrían caber en la plaza tantas gentes como iban buscando sus asientos? Acomodo de cementerio tiene la plaza cuando admite público tan inacabable.

En la proximidad de la plaza se notaba sobre ella una vitalidad parecida a esa luminosidad que gravita sobre las grandes ciudades en la noche... Una palpitación nerviosa del éter rutilaba sobre el alto brocal.

Hay gentes fuera que parece que quieren entrar a viva fuerza y discuten porque no les dejan. Se presiente el matadero alegre frente a los matadores tristes.

En el interior se ve que es un gran día y que allí están aliados los que tienen cinco pesetas, quizás las últimas, quizá las que se mezclan a los serones cuantiosos de las grandes fortunas.

Todo el conjunto de gentes tenían un lentejuelo de voces. La revista de la afición se celebraba con la presencia de todos los vivos.

Los últimos hombres con bigote asistían a la plaza; casi todo el censo de hombres con bigote.

Los sombreros echados hacia atrás daban expectación y pachorra a los del tendido.

Las patillas entrecomillaban a los espectadores castizos.

—¡Falta el pobre don Manuel! —se lamentaba el del tendido número 6.

—¡Hacía cuarenta años que no faltaba a una corrida!—aseveraba otro vecino.

En otros rincones de la plaza se notaban otras ausencias y había las necrologías de turno.

Y el primer toro salió. Se llamaba "Empecinado", era negro zaino, bien puesto de cuerna, fino de remos, con divisa color fuego.

Había brotado de la capilla oscura y se encontraba una plaza llena de sol. No veía, pero estaba deseoso de correr.

Cairel le dió el primer capotazo, componiendo una rosa roja con el aire armónico que da al capote el retirarlo y volvérselo a dar al toro.

Caracho, en plena emulación, le dió una revolera, describiéndola como un geómetra. Toda la plaza se puso en pie aplaudiendo para sacarle del gesto de estatua con que se quedó frente al toro, que al sentir los aplausos quiso arremeter contra el torero.

En el valle del mundo se repetía la primera lucha del hombre con el bisonte; la primera lucha, que será la última, si no con el bisonte, con el último hombre, que querrá arrancar su tizón al penúltimo.

El primer picador fué acometido por el "Empecinado", como en venganza de no haber podido atravesar a *Caracho*. "Toma cornada, toma tripita—parecía decirle al caballo—, para que vea ese torero lo que hubiera hecho con él si lo agarro."

La pica había entrado hasta la arandela, y el picador parecía sostener al toro para que no metiese la cabeza en el caballo y se enmascarase con su piel.

Por fin se separó, y el picador, sin desmontarse del caballo, que se había quedado rígido, como de cartón, miró la punta de su lanza para ver si se había apagado el pabilo de su largo cirial.

La trompeta del cambio de suerte sonó conminativa.

Pero al entrar a banderillear, el banderillero de *Cairel, Doradito*, le dijo, asustado de aquel toro imponente, con cuernos de toro prehistórico: "¿Quiere usted algo para su señora?". *Cairel* no tuvo más remedio que sonreír y entró en el sector alegre.

Las banderillas fueron puestas sin sentirse, pues se esperaba al matador. Sólo se vió que el toro quedaba cargado de palitroques de feria y era como altar mayor de la fiesta, pareciendo también su morrillo lleno de banderillas de almohadilla empalillada del encaje de bolillos, y el ruido que producían los palitroques al entrechocarse era el del silencio de la encajera que trabaja. El pobre sacaba una gran lengua de ahorcado y quería lamerse las heridas.

Cairel se fué al toro después de un brindis taquigráfico. Estaba preocupado, pues creía que todo iba a depender en el futuro de la temporada de que entrase con buen pie en esta corrida.

Avanzó con la muleta recogida, como quien lleva un candelabro envuelto en un trapo, y la espada como si fuese a la guerra.

Con la muleta paró en su carrera a aquel toro, que parecía una alta motocicleta sin jinete, corriendo además como corren las motos, muy torcido de un lado.

Cairel estuvo bien en él, aunque después de una serie de pases interrogantes, levantando muy alta el halda de la muleta y como adelantándose a saber si era muerte o toro lo que iba a salir de debajo—¿cuerno o guadaña?, ¿guadaña o cuerno?—, lució plenamente su defecto de apuntar con la espada como si fuese una escopeta, y le dió una estocada hasta la bola que le cortó los sostenes y le hizo caer de rodillas frente al torero, como pidiéndole perdón encima por lo que le pudiera haber ofendido.

Los pañuelos hacían señas al presidente para que se le concediese la oreja, y el presidente concedió el corte que daba al torero el mejor bocado para el cocido.

—¡Y el rabo! ¡También el rabo!—gritaba un admirador desaforado.

El presidente saludaba a unas señoras del palco de al lado y la petición se perdió por eso en el vacío.

En el público se produjo la actitud de descanso de los que ya han vuelto a ver lo que deseaban volver a ver. Todos habían tomado parte en la liturgia completa de un toro. Ya todo el espectáculo iba a ser repetición de lo ya visto. Ahora es cuando había que encontrar la diferencia y la variedad entre unos toros y otros.

* * *

Los mantones blancos envejecían la tarde; pero los negros de fleco largo dejaban caer su melena sobre todos y parecía que se sentían sus crenchas en la nuca del público.

Abundaban los ex diputados — sentarse en los tendidos es como una vuelta a cuando tenían acta—, los que tienen un buen empleo, los propietarios y muchos sastres. Los sastres descansan en la fiesta nacional de hacer durante días y días tantos gestos mímicos sin sentido, pues después todas las medidas son otras. Están cansados de hacer trajes que se necesitan para la corrida del domingo, y van con sus americanas cortas y sus pantalones de pesca a ver cómo se da la tarde. Frente a sus grandes tijeras, entreabiertas como cuernos en su mesa de corte, han estado pensando toda la semana en esta corrida. En aquel momento no son sastres, sino compañeros de los dioses en el paraíso de la plaza.

También se destacaban esos señores sin chaleco que se ponen a hablar con el de atrás mientras fijan su mano izquierda como en la sisa del chaleco y se abanican con su mano derecha. En los toros no pueden tener rubor de enseñar toda la vuelta de circunvalación del pantalón sobre sus grandes barrigas. A algunos se les sale la pitusilla de la camisa, apéndice blanco con un ojal que los iguala a los niños que riegan de rubio los jardines.

Se abrió de nuevo el toril y salió el segundo toro, "Mordaz" negro chorreado y bragado.

Caracho, después de estudiarlo en los regentes de prueba con que le iluminaba su cuñado, se lanzó al triunfo, y arrodillándose en los tercios de la plaza con el capote cogido con ambas manos y señalando la salida hacia el lado de las tablas, atrajo al toro hacia sí, y cuando lo vió cerca cambió la dirección hacia los medios y sacó rápidamente la capa por debajo del hocico de "Mordaz". Una ovación indescriptible coronó el arrodillamiento de fusilado con que se hizo héroe *Caracho*.

Los picadores estuvieron desacertados con aquel toro, que en vez de cornear a los caballos los levantaba como si fuera romana para su peso.

Mató a dos por compromiso y sin tomar varas, pues todas resbalaban por su piel, encerada y brillante.

En vista de eso, y como sólo había tomado dos puyas leves, fué decretado el bombardeo.

Las banderillas de fuego encendieron su pirotecnia en el toro y en seguida se levantó un tufo de filete a la parrilla. Cuando descuartizasen al toro, ese pedazo ya asado sería el bocado favorito para ese sibarita que busca el "*rosbif* socarrado a las banderillas de fuego".

El toro, desconcertado y sollamado huía de sí mismo huyendo de los petardos, hasta que en una de sus huídas tropezó y se cayó, levantándose bravo y dispuesto a vengarse del desaire, avergonzado de su mala pata y como si se dijese: "¿Qué dirán de mí? Ahora tengo que quedar como un valiente".

La trompeta de órdenes tocó a matar. Cesó el fuego, y *Caracho*, después de lanzar un brindis a un rico abonado, se dirigió al toro como abanderado que va a tomar una loma.

El toro, que encontró en él al responsable que pedía, dirigiendo súplicas al cielo con su media lengua, se arrancó sobre *Caracho*, que le dió un pase de primera, recogiéndolo a continuación, ya más prevenido, con una serie de pases naturales que causaron el frenesí de la concurrencia.

Después lió la flámula y le dió una estocada en los mismísimos rubios, en el resorte de la muerte instantánea, con un volapié estupefaciente, metiendo la espada hasta el pomo, aunque más dentro hubiera llegado si no tuviese sus largos gavilanes.

La plaza dió un respingo, como si fuese la barquilla de un globo que comenzase a elevarse, y un chaparrón de aplausos premió la hazaña y comenzaron a saltar en el ruedo los peces de los puros. Toda la sombrerería del público comenzó también a caer en el estanque de arena; una dama le tiró su mantón de Manila y otra le arrojó con arrebato los claveles de su pecho.

Los pañuelos salieron con fuerza de arma blanca de los bolsillos, pidiendo al presidente las dos orejas y el rabo para *Caracho*.

Algunos admiradores de *Cairel* comenzaron a gritar:

—¡Lo que al otro! ¡Lo que al otro!

—¡Merece las dos, sordera!—gritó el que sabe contestar a los coros.

—¡No, una! ¡Una, como a *Cairel*! ¡Una!

El presidente, por fin, concedió las dos en honor de *Caracho*, y así decidió la inclinación de la balanza de la tarde.

Otro rabo que se había salvado para los golosos que fueran por la noche a *La Taurina*.

Caracho seguía dando vuelta al ruedo y recogiendo las enhorabuenas, los puros, los sombreros, un chal de señora, un zapatito de raso, una bota de vino, de la que tuvo que beber, etcétera, etc.

Aquel a quien había brindado el toro le tiró una cartera de piel que *Caracho* agradeció mucho, porque tenía mil pesetas entre forro y forro.

La plaza estaba contenta. El senado se sentía dueño de la vida y cimentado en la tarde espléndida.

El entreacto pasó más veloz porque ya había prisa. Todos tomaron a medias su vaso de agua porque el toro ya estaba en medio del tablero, y eso era como cuando en la estación de la sed sale el tren antes de que se haya terciado el vaso.

Ya los dos cabecillas necesitaban menos esfuerzos para quedar bien; habían perdido la incertidumbre y dejaban lucirse a sus cuadrillas. Ahora deseaban que el conjunto de la corrida resultase mejor y estaban menos obsesionados con ellos mismos.

* * *

El desfile tenía cansancio y desengaño.

Se salía a una plazoleta llena de vendedores de cacahuetes, que los vendían para completar la indigestión de la corrida.

Las tabernas y los bares tenían descorridas sus cortinas blancas y sobre el cinc mojado resbalaban las copas. Tenían algo de cantina de estación cuando ha llegado el tren interminable de los sedientos.

Diez mil sillones de miriñaques sin forro ofrecían sus mimbres a la romería.

Por un fenómeno extraño parecía que había menguado el público, como si hubiera víctimas en la plaza, víctimas de aburrimiento.

Se presenciaba un ocaso humano, todos con el sinsabor de los jugadores que han perdido en el juego.

Los picadores, sueltos, desperdigados, atravesaban el despeñen como fracasados y vencidos, como jinetes solitarios de un escuadrón diezmado y dispersado por el enemigo... Huían... Huían.. Se veía que querían ocultar su éxodo.

Al entrar en la ciudad se sentía su contraste y cómo se había aprendido algo necesario en la vida: dar un regate a un automóvil, deshacer la añagaza de un amigo, luchar con cuernos hostiles por todas partes.

Al comenzar a pasar la verja del Retiro muchas manos jugaban con los barrotes, como varillas de ballena con el balaustral de las barquilleras.

Los árboles, altos y quietos, se defendían del vértigo de la multitud y adornaban su flanco izquierdo.

Aquel era el trecho reconfortante de la retirada, el sitio en que se curaba de su despeñarse el retroceso un tanto melancólico. Algo se apaciguaba al relato de lo visto, pensando todos en la serenidad de la vida que había estado resguardada en las plazoletas mientras ellos se divertían como energúmenos.

Por ser la primera corrida, todos, desentrenados, volvían con agujetas, las agujetas terribles del espectador de toros.

Volvían como del entierro de la tarde.

Los coches, sobre todo, se habían desperdigado como en los entierros.

(Fragmentos de *El torero "Caracho"*.)



LA FIESTA ESPAÑOLA DE LOS TOROS VISTA POR LOS EXTRANJEROS

LOS toros, que son una consecuencia, una peculiaridad del carácter hispánico, como lo es, en cierta forma, el hispánico catolicismo o el quijotesco concepto del honor, siempre han sido deficiente y a veces disparatadamente interpretados por los viajeros y escritores que han pretendido hablar de ellos después de presenciar una corrida. De "antología del entusiasmo y el disparate" califica el escritor Mariano Tomás su libro *Los extranjeros en los toros* (1), en el que recoge buena parte de los pintorescos y graciosos textos publicados en el extranjero sobre la tradicional fiesta española.

Sin embargo, han sido y siguen siendo los toros uno de los más eficaces atractivos del pintoresquismo español sobre la imaginación de escritores, políticos, artistas y simples turistas extranjeros que se han decidido a transponer los Pirineos, siempre con el arraigado prejuicio de que en España habían de ver cosas extraordinarias. Quien entraba en España no podía salir de ella sin estar dispuesto a escribir o simplemente a contar en otras latitudes geográficas y espirituales unos cuantos disparates, casi siempre fantásticos, sobre los toros, los bandidos de Sierra Morena o las procesiones de Semana Santa.

Son los escritores del romanticismo los que llegan a España con más entusiasmo por la fiesta de los toros. Ello se debe, entre otras razones, a que a fines del siglo XVIII y principios del XIX es cuando los toros adquieren un carácter de espectáculo popular, que les da renombre incluso en el extranjero.

Cierto que ya en el siglo XV el barón de Rosmithal, que vino de Praga a la Península Ibérica, al pasar por Burgos camino de Portugal asiste en la ciudad castellana a *"una fiesta de toros bravos, para la cual cogen dos o tres de una manada y los introducen sigilosamente en la ciudad, los encierran en las plazas y hombres a caballo los acosan y les clavan aguijones para enfurecerlos y obligarlos a remeter a cualquiera objeto"*. Pero esto no son propiamente toros en el sentido que la fiesta adquiere desde principios del siglo pasado, o sea cuando el toreo deja de ser una fiesta de Corte y se convierte en una profesión pintoresca y en un espectáculo popular y apasionante.

Una hoja anónima transcrita en el citado libro describe con barroco y superferolítico estilo las "reales fiestas de toros que se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid en el mes de junio de 1681". Pero estas lidias de toros eran realizadas por "muy bizarros" caballeros de la nobleza, duques y sus caballerizos, que lucían su "destreza, pujanza, valor y cortesía".

De 1679 es la prolija descripción de una fiesta de toros en la Plaza Mayor de Madrid hecha por la escritora francesa María Catalina Jumel de Berneville, condesa de D'Aulnoy. Esta dama, después de extenderse en todos los detalles del encierro y demás preparativos de la corrida, la describe así:

"Los hombres que torean a pie arrojan a la bestia flechas y dardos muy agudos, revestidos con papel rizado, que se le clavan en la piel; y el toro, cuando siente la herida, se revuelve furioso. Forma su aliento una espesa nube a su alrededor, parece que arroja fuego por ojos y narices, y corre más velozmente que un caballo a galope tendido. Cuando pasa cerca de algún hombre a quien puede lastimar, los otros que están cerca le arrojan al toro un sombrero o una capa, y de este modo consiguen salvarle muchas veces; en otras ocasiones, el que se halla en peligro se extiende rápidamente en el suelo y el toro le pasa por encima. También se le presentan al toro peleles con cabeza de cartón y cuerpo de paja, y mientras se ceba el toro en este muñeco tienen tiempo de ponerse a salvo los hombres. También hay otra circunstancia que los protege: el toro suele cerrar los ojos cuando inclina la testuz para embestir, y no falta quien aprovecha tan fugaz instante para esquivar el golpe; pero esto no es muy seguro que salga siempre bien, y por esta razón son muchas las víctimas."

En otro lugar de su prolija crónica, la condesa y escritora agrega:

"Un joven toledano murió instantáneamente de una cornada y otros dos caballeros quedaron malheridos; también hubo cuatro caballos muertos. A pesar de esto, se dijo que la corrida no había sido muy buena porque no se había derramado bastante sangre, pues la fiesta no resulta lucida si los toros no matan al menos diez hombres."

Y unas páginas más adelante agrega la misma escritora:

"Estas fiestas son hermosas, interesantes y magníficas, pero cuestan mucho dinero tales espectáculos, extremadamente nobles. Pero confieso que todas estas cosas no acaban de gustarme, si razono que un hombre cuya vida nos interesa comete la temeridad de ir a exponerla contra un toro furioso, y que por nuestro amor solamente—el amor es de ordinario el principal motivo—cae maltrecho, ensangrentado y moribundo."

Sólo un año más tarde, la marquesa de Villars, madre del célebre Luis Héctor, mariscal duque de Villars y esposa del embajador de Luis XIV en Madrid, en la época de Carlos II, en una carta a sus amigas de París, entre las cuales figuraba la marquesa de Sévigné, decía de un corrida de toros celebrada en Madrid en 1680:

"Ayer tuvo lugar en Madrid la más célebre fiesta de toros. Yo pensé morirme durante la primera hora; morir es acaso un poco exagerado; pero tuve tal emoción y tan violento latir del corazón, que no creía poder resistir aquello. Esta fiesta resultó de una terrible belleza. La bravura de los toreadores fué grande. Es algo que merecería que os contara más en detalle; pero si yo fuera rey de España no se volvería a ver uno de estos festejos."

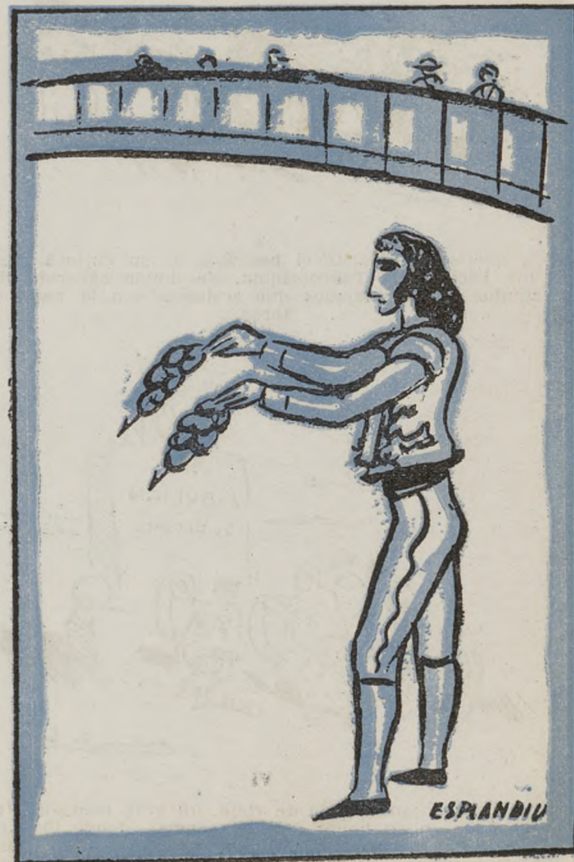
He aquí un extranjero, el inglés Mr. Clarke, teólogo, aficionado a las antigüedades y capellán del embajador inglés conde de Bristol, que presenció una corrida de toros en la Plaza Mayor de Madrid en tiempos de Carlos III, y dice textualmente, después de hacer una curiosa descripción de la fiesta:

"Este espectáculo es, ciertamente, uno de los más hermosos del mundo, si se considera como un regalo de la vista o como un esfuerzo de la valentía e infinita agilidad de los ejecutantes. Los españoles son tan aficionados a esto, que, incluso las mujeres, empeñan sus últimos trapos para verlo. No niego que esto ha de ser un residuo de la barbarie morisca, o quizá romana, y que no resistiría a la más breve especulación filosófica o a los sentimientos compasivos de un tierno corazón. Pero, con todo, nunca debemos analizar escrupulosamente, por temor a embotar la viril fortaleza en sentimientos de una blanda filosofía."

¡Bien por el míster teólogo y anticuario!

El diplomático y publicista francés barón de Bourgoing, que residió algún tiempo en Madrid hacia fines del siglo XVIII y presenció las corridas famosas de la competencia entre *Costillares* y Pedro Romero, dedica un capítulo de su libro sobre España a los combates de toros. Por cierto que tiene especial interés, ya que es de los primeros en describir el toreo moderno, es decir, el realizado por profesionales. Describe las suertes de picadores, banderilleros y demás, y cuando llega la hora de matar al toro, dice:

"Cuando el vigor del toro está casi agotado; cuando su sangre, que se escapa por veinte heridas, se desliza a lo largo de su cuello y humedece sus robustos músculos, y cuando la impaciencia del pueblo desea ya otra víctima, el presidente de la fiesta da la señal de muerte, que es anunciada por el sonar de los clarines. El matador se adelanta y reina solo en la arena; en una mano tiene una larga espada; en la otra, una especie de bandera, que hace flotar delante de su adversario. Durante unos instantes, y repetidamente, la agilidad del toreador engaña la impetuosidad del toro, y el suspenso placer de los espectadores se hace más vivo. En otras ocasiones el toro sigue inmóvil, escarba en la arena con el pie y parece meditar su venganza. El toro en esta posición y el matador, que calcula sus movimientos y que adivina sus propósitos, forman un cuadro que un pincel hábil no debiera des-



(1) Mariano Tomás: *Los extranjeros en los toros.*—Editorial Juventud. Barcelona, 1947.

MILAGROS DE LA CULTURA

Por MARTINEZ DE LEON



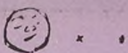
I

"Briján" era el becerrillo más gracioso y retozón de las marismas del Guadalquivir.



II

Y un día, entre los días, se topó con el hallazgo maravilloso de una *Tauromaquia* olvidada por unos torerillos.



III

¡Cómo le apasionó el tema y qué ansia de saber se le despertó! ¡Cómo pasaba los días y las noches embebido en la lectura!



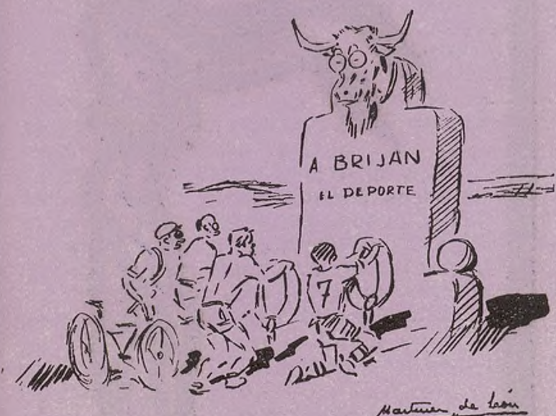
IV

Tanto que, ya toro hecho y derecho, seguía con tesón el estudio, hasta saberse de memoria el menor secreto de la lidia.



V

Y, queriendo repartir el beneficio de su cultura, puso una Escuela de Tauromaquia, de donde salieron discípulos tan aventajados que acabaron con la fiesta de toros.



VI

Cuando "Briján" murió de viejo, un gran mausoleo fué levantado en su honor en la marisma, adonde iban las sociedades deportivas, agradecidas, a llevarle coronas. Desde entonces viene el dicho "sabes más que Briján".

deñar. El silencio de la asamblea respeta esta escena muda. El matador da, por fin, el golpe final, y si el animal cae al instante, mil millares de gritos celebran su triunfo."

Hacia 1801, Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón y embajador en Madrid, escribe sus cartas, recogidas por su biógrafo François Pietri en su libro *Un caballero en El Escorial;* también habla de las fiestas de toros celebradas en la Plaza Mayor, a las que asistió, en compañía de los soberanos, desde un balcón de la Casa de la Panadería. *"Hubiera sido muy extraño—dice—que a un bebedor de agua le agradaran tales espectáculos."* Y unas líneas más abajo recoge Pietri unas frases de la misma carta en que el embajador asegura, refiriéndose a la corrida: *"¡Con una vez os bastará para curaros de ello!"*

En el mismo libro se recoge la descripción que la reina María Luisa hace a su privado Godoy de la muerte de *Pepe-Hillo* en la plaza de Badajoz: *"Quedó muerto de una sola cornada, allí mismo, sin que la unción llegase a tiempo. En el momento de estar asestando con la espada en el toro, le pilló, le levantó el hueso esternón, que es el del pecho, le partió el estómago, le subió arriba el hígado, le cortó por el medio el intestino colon y le rompió por un lado cuatro costillas y por otro seis, y dejó toda su sangre en la plaza; y yo, amigo Manuel, que no gusto mucho de los toros, ¡qué será ahora!"*

Esto motivó la suspensión de las corridas por varios años.

En una nota del mismo libro se lee lo siguiente: "Nelson, cuya dureza era proverbial, y que no dudaba en colgar de una verga a un marinero indisciplinado, escribía a la salida de una corrida en Cádiz: *Creí que me ponía enfermo. He visto esto una vez y he jurado no volver a verlo*".

Por su parte, Alejandro Laborde, arqueólogo notable, hijo de un banquero español guillotinado en París en 1794, dice en su libro *Itinerario descriptivo de España*:

"Las corridas de toros son el verdadero espectáculo de esta nación. El gusto de los españoles por tal género de diversiones va hasta la pasión más desenfrenada; lo dejan todo, lo sacrifican todo para procurárselo; excita en ellos la alegría más marcada y el entusiasmo más vivo. Este espectáculo no es solamente cruel, sino aburrido. Es una sucesión de escenas cuya uniformidad destruye el interés. Divierte en un principio a cualquier extranjero, pero el placer cede pronto a un movimiento de compasión, por los caballos sobre todo, pues no tienen ninguna defensa."

Por su parte, el belga barón de Taylor, que en 1835 publica su libro *Viaje pintoresco por España y Portugal*, dice:

"Al salir de Madrid por la Puerta de Alcalá se advierte a la izquierda un monumento de forma circular y de gran anchura, alto de dos pisos y pintado de rojo: es la plaza donde tienen lugar las corridas de toros, espectáculo esencialmente nacional y diversión favorita de los españoles."

Más adelante, y después de describir minuciosamente una corrida, dice:

"Ningún espectáculo en el mundo puede dar idea de la animación de éste; todo el público toma parte en la acción, sea con la voz o con el gesto: mil gritos confusos se elevan en el aire, bien para enardecer a los toreros y animarlos, o bien para censurarlos; pero cuando un golpe afortunado, uno de esos golpes que hacen época en los anales de la tauromaquia, ha sido dado, es un verdadero triunfo para el torero: los aplausos más ruidosos estallan por todas partes, se agitan los pañuelos, y el dichoso vencedor da la vuelta a la plaza recibiendo a su paso los testimonios del más vivo entusiasmo."

Y llegamos a D. Próspero Merimée, el que iba a ser autor de *Carmen*, esa españolada que aireó por el mundo nuestras virtudes y nuestros defectos. En 1830, es decir, en pleno sarampión romántico, cuenta y no acaba D. Próspero, en sus interminables cartas a *La Revista de París*, detalles y más detalles de las corridas de toros y de la vida taurina, que conocía muy bien. Y después de esto y de hacer la apología de diversos toreros de la época, transcribe con fruición las famosas palabras de *Pepe-Hillo*:

"La afición a los toros es innata en el hombre, especialmente en el español, en cuyo glorioso pueblo siempre se han celebrado corridas desde que hubo toros, porque los españoles son más valientes que los demás hombres, lo mismo que sus toros son más bravos que los demás toros." ¡Olé por D. Próspero!

Hacia 1840 vino a España el gran romántico, poeta y novelista francés D. Teófilo Gautier, y también escribió su *Viaje en España, tras los montes*. En uno de los capítulos de su obra dice D. Teófilo lo siguiente:

"Se ha dicho y repetido en todas partes que el gusto por las corridas de toros se va perdiendo en España y que la civilización las haría desaparecer bien pronto; si la civilización hace eso, tanto peor para ella, pues una corrida de toros es uno de los espectáculos más hermosos que haya podido imaginar el hombre. Pero ese día no ha llegado aún, y los escritores sensibles, que afirman lo contrario, no tienen más que asomarse un lunes, entre las cuatro y las cinco, a la Puerta de Alcalá, para convencerse de que el gusto por esta diversión no está tan próximo a perderse."

¡Otro olé por D. Teófilo!

También monsieur Alejandro Dumas tiene la suerte de presenciar en Madrid tres faenas taurinas, en que actuaban de espadas los famosos *Cúchares*, Lucas Blanco y Pedro Romero. En sus cartas desde Madrid a una dama parisiense describe muy por menudo y con una gran simpatía, auxiliado por sus recursos de gran escritor, las faenas que ha presenciado. De una faena de capa dice Dumas lo siguiente:

"Yo quisiera explicaros, señora, lo que es capear un toro; pero es una cosa muy difícil de hacer comprender a quien no lo haya visto. Imaginaos, señora, un hombre sin otras armas que una capa de tela jugando con un animal furioso, haciéndole pasar a su derecha, haciéndole pasar a su izquierda, y todo esto sin mover un pie del suelo y viendo a cada pasada del toro cómo el cuerno roza los alamares de plata de su chaleco. No se puede concebir que esto sea natural, y se ha de creer en un encanto, en un amuleto, en un talismán."

Y de la suerte de matar a uno de sus toros el intrépido *Cúchares* dice el autor de *Los tres mosqueteros*:

"Todo el mundo se apartó. El hombre y el animal se encontraron enfrente el uno del otro. El hombre tenía su pequeña espada fina, larga y afilada como una aguja. El animal tenía su fuerza inconmensurable, sus cuernos terribles y sus patas, más rápidas que las del más rápido caballo. El hombre era bien poquita cosa, en verdad, delante de semejante monstruo. Unicamente el rayo de la inteligencia resplandecía en la mirada del hombre, mientras que el fuego de la ferocidad brillaba en la mirada del toro. Era evidente que toda la ventaja estaba a favor del toro, y en esta lucha, sin embargo, desigual, era el fuerte el que debía sucumbir y era el débil quien debía de vencer."

Durante el reinado de Amadeo de Saboya estuvo en España el escritor italiano Edmundo de Amicis, popular por su libro infantil titulado *Corazón*. Después de decir que *"la inauguración de las corridas en Madrid tiene más importancia que un cambio ministerial"*, describe así una faena de *Frascuelo*:

"Sonó otra vez la trompa; los banderilleros habían acabado su trabajo; ahora era el turno del espada; este es el momento solemne, la crisis del drama; la multitud se aquieta, las señoras se asoman fuera de los palcos, el Rey se pone en pie. El célebre Frascuelo, *trayendo en una mano la espada y la muleta, que es un pedazo de tela roja atada a un bastoncito, entra en la arena, se presenta delante del palco real y consagra al Rey, pronunciando una poética frase, el toro que va a matar; después lanza el sombrerito al aire, como para decir: ¡Venceré o moriré! Y seguido del espléndido cortejo de los capeadores avanza con paso resuelto hacia el toro. Aquí se sigue una verdadera lucha cuerpo a cuerpo, digna de un canto de Homero."*

Cuando a la mañana siguiente de la corrida la patrona de su pensión le pregunta: *"¿Se ha divertido? ¿Volverá?"* Edmundo de Amicis le responde: *"No sé. Me parece que he soñado; ya le hablaré después; tengo necesidad de pensar."*

Al día siguiente sale a la calle y vacila; no sabe si quiere ir o no a los toros. Pero cuando en la calle de Alcalá un chiquillo le dice: "Un asiento de sombra, tendido número seis, barrera, quince reales", el escritor no se puede resistir y no dice más que esta palabra en castellano: "¡Venga!"

Panorama actual de la fiesta de Toros

Por JOSE MARIA DE COSSIO
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)



PODRÁ discutirse si la fiesta de toros es hoy, desde los puntos de vista estrictamente técnicos y taurinos, espectáculo superior al de otras épocas y otros diestros. Lo que me parece fuera de discusión es que está en su momento álgido de prestigio, y que en sector alguno de la sociedad española encuentra oposición, aunque siempre queden las disconformidades personales, respetables, pero que no cuentan para el efecto.

Yo recuerdo los tiempos en que hablar de toros en ciertos lugares, ya de categoría intelectual, ya de presumidamente refinados, era exponerse a la ira de quienes los condenaban. Porque la condena no partía del hecho normal de gustar o no gustar del espectáculo, sino que llevaba implícita una acusación ya de orden moral, ya de orden social, ante la que la posible discusión amenazaba un sesgo más grave y dramático de lo que hoy vemos claro que merece la fiesta. Las campañas que en tiempos muy pasados hicieron intervenir a los Papas, en siglos posteriores a los afrancesados gobernantes del siglo XVIII, y recientemente hizo que fuera llevada la fiesta al Congreso de los Diputados como reo presunto de corrupción y las protestas de otro orden que no sería acaso disparatado oponerle. Hasta algún teólogo, como los que valientemente se enfrentaron en el siglo XVI con los condenadores de ella, ha salido con ecuanimidad loable a sostener desorden, han cesado, y los loores a su belleza y gallardía han acallado la licitud moral del espectáculo.

Por otra parte, nunca ha disfrutado de mejor ambiente fuera de España. No hay extranjero que no muestre su curiosidad por conocerla, apenas pisa la frontera, y son mayoría los que quedan prendados de la bizarría y belleza del espectáculo, y con entusiasmo que a veces a mí, que me considero aficionado a él, me ha avergonzado, por experimentar que mi afición quedaba muy por bajo de la del extranjero neófito.

Este grado de estabilidad de la fiesta ha consentido que sobre ella se pueda escribir y disertar sin gastar las energías en una defensa innecesaria. Escritores entusiastas de ella en el siglo pasado tuvieron que consumir sus energías en defenderla, como Mariano de Cavia, que al par que sus revistas tenía que polemizar con Navarrete en su memorable libro, *División de plaza.*

En este estado las cosas, puede el escritor permitirse el lujo de escribir de toros como de tema normal sin excitar iras, ni revolver trifulcas, y acogido a este fuero puedo disertar sobre las características del espectáculo en el momento presente. Me interesa hacer constar que para todos sus aficionados los toros son esencialmente un espectáculo estético, "de feroz y trágica belleza", como lo calificó Menéndez Pelayo, y que sus aspectos propiamente artísticos son los que más pueden interesar y contar en el balance que me propongo de su estado actual.

Los orígenes de la fiesta son oscurísimos. De ella no me atrevo a asegurar, como en su cátedra afirmaba un profesor del comercio, que comenzó por no existir. El primer ademán de defensa del hombre contra el primer toro que se pusiera enfrente, era ya un rudimento de toreo. Pero lo que no tiene duda es que la fiesta en su origen tuvo más de cacería y lucha que de espectáculo intencionadamente artístico. Sobre todo desde que los toros se corren en plazas públicas, ante públicos numerosos, el carácter de lucha, de voluntad de domeñar a una fiera, le da el carácter más acusado y distintivo.

Aunque algo diga luego de ello, no voy a decir ahora cómo este carácter va evolucionando de lucha a burla y diversión, y finalmente a arte. Cuando encontramos la fiesta definitivamente fijada en sus características, aproximadamente iguales a las que ahora la distinguen, la finalidad de dominio se sobrepone a toda otra, incluso a la de burla, que quedaba reservada, y aun dura, para los espectáculos populares que hoy llamamos capeas. El lidiador ya en el siglo XVIII tenía que vérselas delante de un toro, y con las armas de su capa y de su muleta había de dominarle, de apoderarse de él y conservar su iniciativa en la lidia, si bien ayudado por auxiliares, picadores y peones. Sólo el conservar esta iniciativa, el ser el dueño de la situación, le permitía consumar a ley con el estoque la suerte definitiva de la muerte del toro.

En el un extremo de la cadena tenemos el espectáculo taurino concebido como lucha. El otro extremo es la fiesta de toros tal como hoy la vemos en los ruedos.

Quien hoy asiste a una corrida, y sobre todo si por su hábito de ver la fiesta conoce bien los riesgos de ella, tiene la sensación de que asiste a un espectáculo de pura pretensión artística, cercano a la danza o a otra actividad de semejante tipo, en la que lo esencial es el decoro, armonía y gracia de actitudes y movimientos. El mismo manejar de la capa y la muleta es de una perfección que maravilla ver lograr ante una fiera, siquiera, como veremos, harto disminuída, que no sería fácil verificar ni en la tranquilidad de un ensayo sin riesgo. Quiere esto decir que la fiesta ha llegado a tomar un sesgo en que lo esencial es la plástica, la belleza de las suertes.

Este es el hecho, pero creo que debe intentarse penetrar la razón por la que las cosas han llegado a ser así. Claro es que para esta investigación tomaré como hito cronológico inicial el tiempo de que tenemos noticias ciertas de cómo se toreaba y de cuáles eran las preferencias del público.

En la evolución del toreo, hasta llegar al estado en que lo vemos, han influído causas diversas. Una que a mi entender no se tiene bastante en cuenta es el progreso de la técnica de torear, que, como todo progreso, significa que el toreo llevaba en sí mismo desde el principio los gérmenes de su última transformación. El toreo ha ido sacando de sus propias posibilidades maneras y estilos nuevos, orientados por las preferencias de los públicos y por lo que el otro actor de la tragedia, el toro, consentía. El orgullo de Pedro Romero era, como sabemos por su propio testimonio, haber matado miles de toros sin tener que ceder a otro, por cogida o accidente, la misión de hacerlo. El cuenta, en contrapartida, los toros que tuvo que matar de otros espadas. El elogio que, incluso literariamente, conocemos de más autoridad es de Estébanez Calderón, y pondera sobre todo su denuedo y seguridad en la muerte del toro. En cambio su rival, *Costillares*, fija artísticamente la suerte de la verónica, revoluciona el juego de la muleta e inventa la suerte de recurso del volapié.

No trato de seguir en sus matices la evolución del arte en el torear, pero sabemos que la aspiración de *Cúchares*, diestro marrullero y ventajista, sin duda, pero de influjo grandísimo en la fiesta, era lo que él llamaba "alegrar la función", y era sin duda divertir al público menos exi-

gente con alegrías y trucos que el buen aficionado rechazaba pero que la masa de espectadores aplaudía, y que, más o menos depurados, otros diestros aceptaban. Tengo para mí que el uso de la mano derecha, a quien expresivamente llamaban entonces, y hasta hace poco era corriente oír, "la de cobrar", en oposición a la izquierda, que era "la de torear", le generaliza *Cúchares*. No es que antes no se usara, pero si hemos de creer a Montes en su *Tauromaquia*, parece que su uso era como en suerte de recurso, y él expresamente cita la mano derecha, reconociendo que se usaba a la salida de una serie de naturales, o de un pase natural con la izquierda, para suplir el pase de pecho, y dar la salida al toro por el lado contrario: pase con la derecha, que expresamente llama también natural o regular. Pero añade que "no era tan bien visto".

Con la aparición de *Lagartijo* hace su entrada en la fiesta una intención artística deliberada. La estética del gran diestro cordobés residía en la estética de su figura. Todas sus aposturas y movimientos debían llevar un sello de elegancia y gracia naturales que cautivaban al espectador. De él se dijo por primera vez que valía el dinero verle hacer el paseíllo. La estética estaba, pues, en su figura, en sus actitudes, en sus movimientos. ¿Lo estaba asimismo en la ejecución de la suerte? No me refiero al aspecto técnico, sino a averiguar si en ella, en su estética, jugaban más elementos que los meramente, diremos, corporales del diestro. Es difícil dirimir esta cuestión a los que no le vimos torear. Yo deduzco que lo fundamental de su plástica era lo meramente personal. Yo he oído ponderar muchas veces a los que le vieron la inimitable elegancia y gallardía con que salía andando, tras practicar la larga natural, con el capote sobre el hombro. No he oído comentario sobre cómo practicaba esa larga, y si lo artístico del lance residía en él, o en la gallarda salida de él, ya parado el toro. Sospecho que era esto último lo más importante.

Pero la estética taurina no era lo fundamental en esto último, como hemos venido a saber gracias a Belmonte, capitalmente. La estética del toreo es esencialmente dinámica, y la conjugación armónica de los movimientos del toro y los del torero son los que producen una impresión de belleza artística. Ni un toro tiene estética solo, y con embestir tan sólo, ni un torero la tiene practicando las suertes sin enemigo. Gracia estética taurina; pues es indudable que la arrancada de un toro tiene belleza, y que puede tener, como tenía en *Lagartijo*, estética la postura y el movimiento de un torero. Lo que constituye la belleza del lance es la correspondencia exacta de los movimientos del diestro y los movimientos del toro, dependientes de los del diestro, como dos notas armónicas en un acorde. La desviación justa del toro al cargar el torero la suerte, su obediencia al cambio de viaje del engaño, todo ello como espectáculo de fuerza contenida y domeñada, en la que el mando corresponde al diestro, es el gran hallazgo de la época de Belmonte, a quien corresponde la iniciativa y la perfección lograda.

El público supo entregarse a esta nueva concepción de la belleza de los toros y dar un lugar secundario a otras virtudes técnicas. Pero entonces éstas aun tenían una cotización que parecen haber perdido. Y aquí no hay más remedio que hablar del punto neurálgico de la fiesta, y de su estado actual. Es posible que el intento de Belmonte haya tenido predecesores. Él, al menos, y aunque no le vió torear, cree que pudo influir la manera y el estilo de Antonio Montes, de quien fué entusiasta su padre, y peón de confianza el que lo había de ser suyo: José María Calderón. Es posible que Montes, o algún otro diestro anterior, acaso *el Espartero*, no consiguieran imponer esta concepción del toreo por falta de aptitudes, que, para ello tenían, en efecto, que ser egregias. Pero acaso algo de culpa en el fracaso la tuvieron los toros. El intento de Belmonte se produce en el momento preciso en que el afinamiento de las castas en las ganaderías da un porcentaje de toros aptos para este toreo, considerable. No se había llegado al tipo del toro actual, y aun salían muchos que por su nervio y mal estilo hacían poner a prueba la habilidad técnica del matador y la suficiencia táctica de las cuadrillas. El imponer tal estilo costó a Belmonte innumerables cogidas, por fortuna leves en su mayoría, y ninguna suficiente a cortar sus arrestos ni a hacerle desistir de su propósito. Yo creo que éste, en principio, correspondía a la estética del toreo y a la emoción del riesgo, que es otro elemento de esa estética que ahora no estoy con propósito de analizar, pero sucedió lo que una ley invariable dispone en todas las artes: que la mayor perfección técnica y la mayor eficacia del lance, por dominio, por temple, por cargar la suerte, por quietud en el diestro, producía la mayor belleza.



Tras Belmonte la fiesta pierde interés, y apenas si sale un torero que verdaderamente haya aprendido la lección de Belmonte, aunque muchos traten de imitarle. Tan sólo lo consigue, acaso, el desgraciado *Gitano de Triana*, torero de finísima calidad y escaso volumen, y sobre todo Domingo Ortega, que es el que más conscientemente sigue el camino del tipo de estética que he tratado de describir. Pero Ortega lo hace con las castas más depuradas, pero con un toro (hablo de la época anterior a nuestra guerra) casi siempre de más volumen y riesgo. No es que en tiempos de Belmonte se hubiera llegado a los extremos de desaprensión que hemos visto luego, pues Belmonte y *Joselito* lidiaron constantemente un porcentaje elevado de corridas auténticamente serias, sino que en ellas, como no sacaran el estilo indispensable, Belmonte se quitaba los toros de delante como podía, y *Joselito* se lucía con ellos dentro de otra manera y de otro estilo.

A partir de nuestra guerra, y pese a lo rápidamente que corre el tiempo considero todos estos años como momento actual, la tendencia a la mera plástica se ha acentuado hasta llegar a su límite. En muchos toreros que han tenido, o tienen, gran predicamento no ha sido la estética resultado de la perfección técnica, sino efecto buscado en un toreo arbitrario, que la táctica seguida contra el poder del toro ha hecho posible. Los lances que se hacen hoy con los toros, los más aceptados y festejados por el público, se ensayan con una silla, y en la representación salen a veces tan bien como en el ensayo.

Si en su arranque lo predominante en el toreo era su aspecto de lucha, hoy lo que predomina son sus aspectos plásticos. Pero éstos no siempre pueden admitirse como aciertos estéticos, porque al estar las suertes al servicio de un fin taurinamente útil, cuanto se verificara con lógica en orden a ese fin tenía un sentido técnico, del que se desprendía un efecto estético. Pero con el toro dominado ya por el castigo de los picadores, sin enemigo en las faenas de mayor relumbrón, es una estética artificial y sin savia, que puede poner en peligro el porvenir de la fiesta.





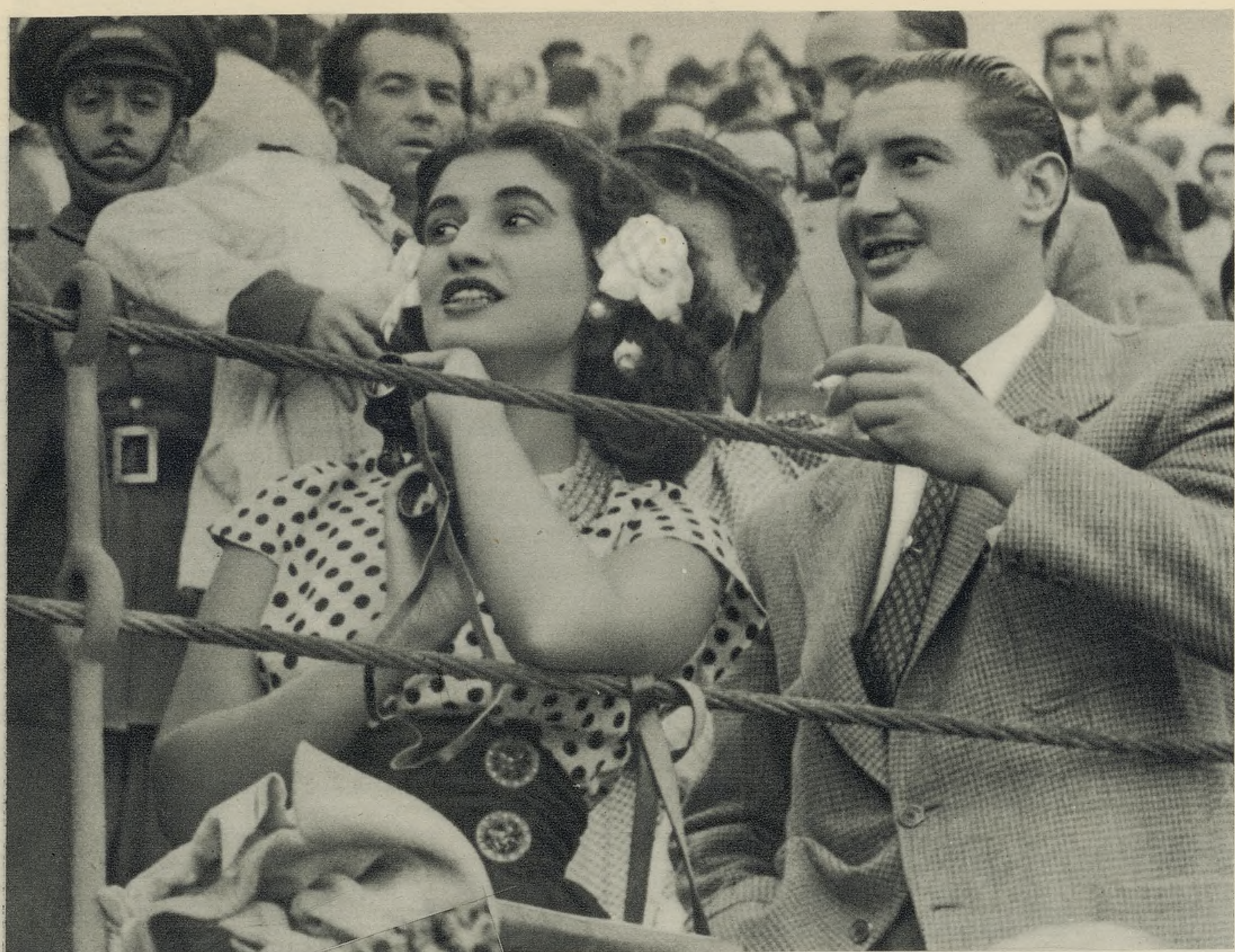
Dos mil años de lidia sobre esta piel de España
(¡Oh cráteres de luna de su redonda tierra!)
Hasta ti, Manolete, que das ritmo y medida
Al anárquico empuje del instinto y la fuerza...

(Del «Poema a Manolete», de Agustín de Foxá.)

La Mujer en el Tendido

por

Manuel Casanova



Al regresar recientemente de torear una corrida de toros en Francia el famoso torero mejicano Carlos Arruza, un periodista de San Sebastián le preguntó:

—¿Considera usted las plazas de toros marco adecuado para que vayan las mujeres?

Carlos Arruza, casado con española y afincado en España, respondió:

—¡Cómo no! No sabe usted los milagros que hacen unos bellos ojos de mujer. Sobre todo en esas tardes en que a uno le rueda todo mal. Si al elevar nuestra mirada hacia el tendido nos encontramos con unos ojos que nos alientan y animan, entonces los toreros queremos corresponder a aquella gentileza de la dama desconocida y para darle las gracias nos jugamos todo.

De las variadas facetas que ofrece la presencia de la mujer en los toros no es ésa que recoge el diestro azteca la menos interesante. Aspecto lírico y dramático a la vez.

En cierta ocasión, solamente por complacer la curiosidad de una mujer, Ignacio Sánchez Mejías, torero valiente y hombre bravo, sufrió una cogida de las muchas que padeció hasta que en un mes de agosto dejó su vida entre las astas de un toro, en la plaza sin historia de Manzanares

El cuñado de Joselito, hombre de rompe y rasga entre los hombres y con un fino concepto de la galantería para la mujer, viajaba con su cuadrilla hacia una capital del Norte donde se celebraban ferias tradicionales. Todavía entonces los toreros iban de un lugar a otro en tren. En el departamento, Sánchez Mejías entabló diálogo con una señorita sudamericana que al identificar al popular lidiador mostró un gran interés en hacerse explicar por uno de sus actores tan calificados determinados pormenores de la fiesta nacional española.







En la «foto» superior, la marquesa de Villaverde presenciando una corrida de toros. En la siguiente, la señora de Alvaro Domecq. Abajo, un grupo de artistas, entre ellas Pastora Imperio, en la fiesta brava.—Palco presidencial en una típica fiesta de toros, a la que dan prestancia y belleza las mujeres españolas.

En un remanso de la charla, la dama confesó a Sánchez Mejías:

—En realidad yo he visto pocas corridas. Y lo que desde luego no he visto nunca es una cogida.

Sánchez Mejías sonrió y desvió la conversación hacia temas menos impresionantes. Poco más tarde el convoy rendía su viaje.

A la mañana siguiente, el día de la corrida, Sánchez Mejías le dijo a su secretario:

—Oye, ¿te acuerdas de las dos señoras que vinieron anoche con nosotros? Mándales dos barreras.

El secretario se disculpó:

—No sé quiénes son, No tengo sus señas.

—Yo sí—respondió Ignacio—. Son éstas.

A la hora de empezar la corrida, las dos viajeras, una mujer joven y otra de más edad, como su madre o su acompañante, ocupaban las localidades enviadas por el torero. Ignacio saludó con una leve inclinación de cabeza, a la vez que el mozo de estoque extendía en el antepecho de la localidad el capote de paseo del matador.

Correspondió a Sánchez Mejías matar el segundo toro. Lo había banderilleado extraordinariamente, con la emoción de sus pares arrancando desde el estribo y en terreno estrechísimo, y cuando después de brindar a la Presidencia fué a extender la muleta, volvió a plegarla y ordenó a un peón:

—Ciérramelo. Allí.

Allí era el tendido desde el que las dos damas presenciaban la corrida.





Así lo hizo el peón, y entonces Ignacio dió cuatro pases ayudados por alto ciñéndose mucho. Se pasó la muleta a la mano izquierda y citando con la arrogancia y el tono de reto en él característicos, aguantó tanto y tanto, que el toro lo enganchó, le tiró a lo alto y le derribó. Una cogida de las llamadas emocionantes, y poco explicable porque el toro embestía con nobleza y eran fama en Sánchez Mejías sus poderosas facultades.

Acudieron todos al quite. Ignacio se levantó, llena la cara de sangre; pero afortunadamente ileso. Y mientras se secaba con una toalla se aproximó a la barrera y le dijo a su gentil compañera de viaje:

—Ya ve usted, señorita, que por mí no ha quedado.

Suele comentarse ahora si la presencia en mayor número de la mujer en los toros ha contribuído a que la fiesta pierda su brío anterior y hasta se le atribuye a ella modificaciones que van disminuyendo la intensidad del riesgo. No es del todo cierto. La mujer española, con el aspecto decorativo que le presta su belleza aderezada con atavíos castizos que ya no usan sino en determinadas solemnidades, ha ido siempre a los toros. Y han sido temas literarios y pictóricos su emoción ante la tragedia del torero herido y su sensibilidad herida ante los despojos sangrientos en que hasta hace pocos años se desarrollaba la suerte de varas.

Lo que acaso resulte verdad es que la mujer actual «interviene» más en el comentario de la lidia. Es más «aficionada» que antes. En otras épocas la presencia de la mujer en los toros se acusaba más en festejos excepcionales, en corridas de feria en capitales de provincia o en corridas benéficas en las grandes urbes. Pero era, por decirlo así, una presencia casi ajena al eterno drama de la lucha entre el torero y el toro. Era una presencia de exhibición, de honesto holgorio, de una fiesta de sociedad como otra cualquiera. Ser elegida para presidenta, desfilar en carroza por el ruedo, lucir en localidades preferentes un bello palmito orlado el rostro con la caricia de una mantilla de blonda o de madroños, o tocada con el desafío garboso de un sombrero cordobés...

Hoy, ya la mujer que acude a las plazas ha prescindido casi en su generalidad de ostentar señales exteriores. Va en traje de calle, y, desde luego, salvo en contadas excepciones, sin sombrero. Como va a la cátedra, a la oficina, al laboratorio, o al taller, o a las compras. Con su aire ligero y deportivo y su pelo recortado. Pero entiende más que antes. A la ceremonia y a la presunción de elegir el traje y reformar un peinado ha sustituído la curiosidad. Hoy es más fácil que hace unos pocos años discutir con una mujer los matices de cualquier suerte del toreo y hasta disputar apasionadamente acerca del arte o de la valentía de un torero. No es la presencia en mayor número de la mujer en los toros lo que acentúa lo que se ha dado en llamar «humanización» de la fiesta. Quizá tampoco nos atrevamos a sostener el punto de vista contrario; pero desde luego, son minoría las que en un momento de emoción o de riesgo se tapan ya la cara con las varillas de un abanico.

En estos últimos tiempos—un par de años—ha surgido en los toros una mujer nueva; la mujer extranjera. Ha venido a España atraída por una leyenda de pintoresquismo, de sol y de romances gitanos. Ha tenido una curiosidad hasta morbosa por asistir a ese espectáculo bello y bárbaro de una corrida. Lo desconoce todo y lo pregunta todo y aprisiona todo lo que puede en sus cámaras fotográficas. Ellas mismas constituyen un espectáculo distinto de la mujer que antes acudía a las plazas, especialmente en las de Andalucía, con espíritu de verbena, como a una zambra, o a unas carreras de caballos. Ellas, las mujeres extranjeras, han llenado en este año muchas veces nuestros cosos y han llegado a vibrar ante los arrestos de nuestros toreros; y ya cuando discurren sobre lo que acaban de presenciar, un poco perplejas ante gritos que no comprenden y aplausos entusiastas que no aciertan exactamente a interpretar, van discriminando sus propias emociones y se atreven a diferenciar el poderío de un Luis Miguel, la gracia pinturera de un Manolo González o la valerosa sequedad de un «Litri».

Y nuestras mujeres, las españolas, han ascendido al magisterio de la explicación y de la exégesis. Y si muchas no practican el toreo en público, si no hacen competencia a nuestros toreros, es porque en España no se les autoriza a ejercer la profesión. Una profesión dura, arriesgada, de la que el Poder Público quiere mantenerlas alejadas.

Pero en uno u otro sentido, la presencia de la mujer en los toros es siempre un adorno en el marco multicolor y espléndido de una corrida y siempre fuente de lirismo o de drama, cuando un torero para agradar a una dama desconocida se lo juega todo; que en este juego de la lucha del torero y del toro a veces la puesta o el gesto flamenco es la propia vida.



Arriba, a la izquierda, las señoritas Belmonte, hijas del famoso torero, y la artista cinematográfica mexicana María Félix (abajo), presencian la fiesta española. Ornato sin par de todas las corridas, son las clásicas mantillas, atavío incomparable de la mujer hispana.



Museos TAURINOS

por *El Conde de Colombi*

DENTRO de los diferentes ramos del coleccionismo ocupan lugar preferente los Museos y las colecciones taurinas, que son en España muy importantes en cuanto a calidad.

Museos taurinos sólo conocemos los siguientes: El de la Plaza de Toros de Valencia, hecho a base de la gran colección de don Luis Moroder Peiró.

El de Ávila, creado por el señor Marqués de San Juan de Piedras Albas y de Benavites, autor de la famosa obra *Fiestas de Toros*. Se encuentra instalado en su casa-palacio y se compone de magnífica biblioteca taurina, colecciones de cuadros, carteles y trofeos, todo ello muy digno de ser visitado.

En el Museo Romero de Torres, en Córdoba, existen unas salas con trofeos, pinturas, cartelería y otros objetos interesantísimos, relacionados con el primer «califa» cordobés de la tauromaquia, Rafael Molina («Lagartijo, El Grande»), entre los cuales se encuentran la mascarilla y las manos del coloso cordobés.

Otro museo es el que posee, en el pueblo de Aceuchal, provincia de Badajoz, la escritora María de la Hiz Flores, «Maizflor». Se compone de biblioteca y de trofeos taurinos muy relacionados con la familia de toreros «Bienvenida».

En Jerez de la Frontera fundó, en 1860, don Iñigo Ruiz y Pomar, un museo taurino conteniendo buena biblioteca y, sobre todo, muchos e interesantes trofeos. Entre ellos conservaba la última muleta que utilizó en su faena de despedida el diestro Curro Cúchares y la que llevaba Antonio Sánchez, «El Tato», el día 7 de Junio de 1869, en que el toro «Peregrino», en Madrid, le cogió e hirió de tal forma que hubo necesidad de amputarle la pierna derecha. También poseía una interesante y valiosa colección de estoques de los mejores matadores de aquella época, entre ellos el que usó el señor Manuel Domínguez «Desperdicios» el día en que, de resultas de una cogida que le ocasionó un toro de Concha y Sierra (era el primero de Junio de 1857), perdió el ojo derecho. Otro del matador gaditano José Ponce, muerto en Lima; otro del gran José Delgado «Hillo»; otro del famoso Francisco Montes, «Paquiro»; de Juan Yust; de José Lara «Chicorro», de Salvador Sánchez, «Frascuelo», utilizado en las Corridas Reales celebradas en Madrid con motivo del enlace de S. M. el Rey Don Alfonso XII con S. A. R. la Infanta Doña Mercedes; de Ángel Pastor; de Rafael Molina, «Lagartijo»; de Manuel Fuentes, «Bocanegra»; de Juan Ruiz, «Lagartija»; de José Sánchez del Campo, «Cara-ancha».

Parece ser que a la muerte del señor Ruiz y Pomar se dividió dicho museo taurino y poco a poco ha ido desapareciendo como tal, encontrándose en la actualidad muy repartidos los objetos y obras que lo componían.

Por último, existe el proyecto de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, de crear el gran Museo Taurino Madrileño, que seguramente llegará a tener la importancia que merece la capital de España.

También existen colecciones y bibliotecas particulares, algunas de una importancia extraordinaria y sobre todo una gran pinacoteca, no sólo en nuestros Museos sino también de propiedad particular.

Recuerdo como colecciones netamente taurinas, con más o menos categoría de museo, la del señor Ortiz Cañavate, rica en cuadros y cartelería; la del pintor bilbaíno Federico Echevarría; la que en Barcelona tiene el gran aficionado, Ignacio Segnier; la del ganadero don Antonio Urquijo de Federico, en Madrid; la del también ganadero cordobés don Florentino Sotomayor; la del ganadero sevillano don Ignacio José Vázquez de Pablo, la de Ángel Alcázar de Velasco, novillero en sus tiempos («Gitanillo de Madrid»), muy valiosa en pinacoteca y biblioteca; la que en Córdoba posee el doctor Pepe Pelaes, que es la más completa que sobre el gran torero cordobés existe en hemeroteca.

Los toreros, por lo general, son grandes coleccionistas, sobre todo de cuanto a ellos hace referencia. En pinturas, trofeos y cartelería he visto ejemplares magníficos. Manolo Mejías, «Bienvenida», el que un día fué proclamado «Papa Negro» de la torería, posee una colección de pinturas, esculturas y trofeos de lo más interesante que conozco.

Todos los ganaderos de reses bravas, al igual que los toreros, tienen su pequeño o su gran museo taurino, generalmente formado, como los de aquéllos, con recuerdos que se relacionan con sus respectivas ganaderías.

En Andalucía, los establecimientos conocidos por colmados, tienen su pequeña colección de arte taurino, en la que sobresalen fotografías, carteles o trofeos del torero que en época actual o pasada constituyó la base de discusiones taurinas. En Sevilla y en lo que fué popularísimo Salón Barrera, desaparecido hace varios años, se formó por su propietario («Pepe el de Barrera») una numerosa y valiosísima colección de carteles murales, magníficamente forrados en tela, que era visita obligada no sólo de extranjeros sino de los propios españoles.

* * *

Un buen museo taurino, nunca es un completo museo; es imposible completarlo. Necesita poseer un poco de todo cuanto se refiere a la Fiesta y por lo tanto habría que dividirlo en varias secciones que podríamos clasificar de la siguiente manera tomando como simple punto de comparación y referencia las colecciones que poseo:

SECCIÓN PRIMERA: PINACOTECA.—SECCIÓN SEGUNDA: DIBUJOS Y GRABADOS.—SECCIÓN TERCERA: BIBLIOGRAFÍA.—SECCIÓN CUARTA: HEMEROTECA.—SECCIÓN QUINTA: MANUSCRITOS.—SECCIÓN SEXTA: CARTELES.—SECCIÓN SÉPTIMA: ENTRADAS.—SECCIÓN OCTAVA: FOTOGRAFÍAS.—SECCIÓN NOVENA: TROFEOS.—SECCIÓN DÉCIMA: VARIOS.

* * *

Para terminar, lanzo desde las columnas de *Mundo Hispánico*, la idea de que se forme en Madrid un gran Museo de Pinturas Taurinas, extrayendo de nuestros diferentes Centros de Arte las obras pictóricas que se relacionan con la Fiesta de Toros, dándole, como es lógico, a este museo, el carácter de nacional, puesto que la Fiesta de Toros es, según frase feliz del fecundo escritor y académico don Juan Gualberto López-Valdemoro de Quesada, Conde de las Navas. EL ESPECTÁCULO MÁS NACIONAL de España.





LA FIESTA DE SANTIAGO en LOÍZA (Puerto Rico)

Por RICARDO E. ALEGRIA - Fotos: SAMUEL A. SANTIAGO

(PRIMER PREMIO DEL I CONCURSO DE REPORTAJES DE «MUNDO HISPANICO»)

CON la invasión de Puerto Rico por las tropas norteamericanas en el año 1898, España perdió el último lazo político que la unía a los pueblos de América. Sin embargo, mientras los otros pueblos hermanos de América se alejaban de la Madre Patria en busca de mayor independencia política, Puerto Rico estaba destinado a quedar irredento bajo el poder de una nación extraña. Con la separación política, los pueblos de América no olvidaron la herencia cultural que habían recibido de España y la mantuvieron con orgullo. En Puerto Rico, después de más de medio siglo bajo el régimen norteamericano y a pesar de todos los esfuerzos realizados por el Gobierno, el pueblo permanece fiel a la tradición cultural hispana.

Un ejemplo del arraigo que aun tiene en Puerto Rico la tradición española es el culto que el pequeño pueblo de Loíza rinde al Apóstol Santiago, Patrón de las Españas.

En un apartado rincón de la costa nordeste de Puerto Rico, junto a la desembocadura del río que lleva su nombre, se levanta la pintoresca aldea de Loíza.

Su historia se remota a los tiempos de la conquista, cuando los primeros colonizadores encontraron una densa población indígena viviendo en las riberas y desembocadura del río.

El pronto descubrimiento de ricas arenas auríferas en el río de Loíza y sus tributarios hizo que muchos colonizadores se establecieran en la región. Mientras la población indígena subsistió como grupo étnicopolítico, la principal ocupación de los primeros colonizadores fué la extracción del oro. Antes de finalizar el siglo XVI, los indios, sujetos al sistema de encomiendas, desaparecen como elemento de trabajo, y un nuevo grupo étnico, los negros africanos, es traído a la región.

Con la llegada de los negros esclavos, que se adaptaban mejor a la agricultura que al trabajo de las minas, se inicia en Loíza el cultivo de la caña de azúcar. En las últimas décadas del siglo las plantaciones de caña cobran auge, y gran número de esclavos negros es concen-



Los «vejigantes» con sus disfraces carnavalescos, recorren el pueblo seguidos por una turba de chicos. Son como los representantes del diablo y de los enemigos de Santiago.

trado en las estancias localizadas en las riberas del Loíza. A pesar de los frecuentes ataques de indios caribes y corsarios, las grandes plantaciones de caña continuaron progresando.

En esta época había varias capillas en las grandes haciendas de la región, donde periódicamente se celebraban oficios religiosos para los estancieros y sus esclavos.

Ya en los comienzos del siglo XVIII. Loíza figura entre las primeras regiones productoras de azúcar en la isla. En el año 1719 se concedió al poblado su carta de pueblo, siendo Loíza uno de los primeros seis pueblos en recibirla. En las primeras décadas del siglo se edifica la actual iglesia del pueblo, que se pone bajo la advocación del Espíritu Santo.

Durante el siglo XIX, aunque Loíza sigue siendo una de las zonas cañeras más importantes de la isla, el pueblo comienza a perder importancia. Mientras otras poblaciones crecen rápidamente y establecen nuevas industrias, en Loíza la vida continúa sin cambios fundamentales y la población crece muy poco. El pueblo sigue siendo pequeño y toda su vida social y económica gira alrededor de las grandes haciendas de la localidad.

Loíza Aldea, como generalmente se le conoce ahora, es un pueblecito olvidado y alejado de las principales vías de comunicación y de los progresos igualadores de la civilización maquinista, que vive su vida apacible y monótona, manteniendo sus antiguas creencias y costumbres como si ignorara el paso de los siglos.

La vida lenta y monótona que viven los habitantes de Loíza Aldea y sus barrios vecinos sufre un violento cambio durante una semana al año, cuando el pueblo, con indescriptible desbordamiento de espontánea alegría y entusiasmo popular, celebra su fiesta tradicional: la fiesta de Santiago.

La devoción que por el Apóstol surgió en América puede apreciarse en el número de poblaciones que llevan su nombre y lo consideran su Santo Patrón. Desde la época de la Conquista, la fiesta de Santiago era celebrada entre los pueblos americanos con gran regocijo y entusiasmo.

Aunque no ignoramos que en Puerto Rico, desde los comienzos de la colonización, se rendía culto al Apóstol Santiago y su día era celebrado con gran devoción por los colonizadores españoles, el origen de la fiesta en el poblado de Loíza es algo incierto.

Es la tradición oral del pueblo donde aun se conservan interesantes narraciones en torno al origen de las imágenes del Santo que se usan en la celebración de su fiesta. Aunque las versiones recogidas difieren en algo, todas están contestes en que una de las imágenes, la de Santiago de los Niños, es la más antigua y fué hallada milagrosamente en Medianía Alta, en el sitio que hoy se conoce como Las Carreras. Las otras dos imágenes, la de Santiago de los Hombres y la de Santiago de las Mujeres, según el folklore de Loíza, son copias de la imagen de Santiago de los Niños y fueron hechas en España por encargo de dos familias acomodadas de la localidad.

Existe alguna discrepancia en torno a la manera en que fué descubierta la imagen de Santiago de los Niños. Una versión es que hace muchos años una viejecita, que estaba bañándose en la playa, vió la imagen del Santo, que venía en una ola. En dos ocasiones trató la viejecita de tomarla, pero siempre la ola se retiraba llevándose consigo la imagen. Se notificó al cura del pueblo, quien vino al lugar, y después de «hacer un conjuro», logró sacar del agua la milagrosa imagen. El Santo fué llevado a la iglesia, donde fué depositado. Al otro día, por la mañana, se descubrió que durante la noche el Santo había abandonado la iglesia y retornado al sitio donde se le había hallado. Una vez más el Santo fué llevado a la iglesia, pero esa noche volvió a repetirse su desaparición y el retorno a la playa. Debido a este gran milagro, la imagen fué enviada a Roma, donde se hizo una reproducción, que fué enviada a Loíza, siendo ésta la que hoy se conoce como Santiago de los Niños.

En Loíza Aldea, la fiesta de Santiago reviste aspectos muy singulares. La figura del Apóstol está representada por tres imágenes, cada una de las cuales está asociada a un sector de la población. De esta manera encontramos la existencia de tres Santiagos: el de los hombres, el de las mujeres y el de los niños. Durante la fiesta, cada una de las tres versiones del Santo es especialmente homenajeada en un día determinado.

La celebración de la fiesta es una actividad espontánea de los vecinos del poblado y sus barrios. En la actualidad, la participación oficial de la Iglesia y el Gobierno municipal es muy limitada. En torno a las personas que «mantienen» las tres imágenes del Santo gira toda la iniciativa para la celebración de la fiesta.

Cada una de las tres imágenes es propiedad de una persona determinada, la cual se conoce como la «mantenedora» del Santo. En la casa de la mantenedora se guarda el Santo durante todo el año. Por lo general, las personas que mantienen estos Santos son mujeres, aunque en el pasado, muchos hombres fueron «mantenedores». Cuando el «mantenedor» de un Santo se encuentra incapacitado para continuar tomando parte activa en la celebración, cede la imagen a alguna persona que se haya destacado por su devoción al Santo y que haya venido participando activamente en la organización de la fiesta.

En la actualidad, las antiguas Hermandades han decaído mucho, y están compuestas por un pequeño grupo de personas que deben «favores» al Santo, los simpatizadores de la imagen y los vecinos y familiares del «mantenedor».

Desde los primeros días del mes de julio, comienzan a celebrarse, en cada una de las casas donde se mantiene un Santo reuniones nocturnas de vecinos devotos de la imagen. En estas reuniones se discute la forma de obtener fondos para sufragar los gastos que conlleva la fiesta y trazar los planes para hacer ésta lo mejor posible. Las reuniones son frecuentes y sirven de recreación a los vecinos que asisten a ellas. El tema principal de la reunión es la necesidad de recolectar dinero para costear la fiesta.

La existencia de una vieja rivalidad entre cada una de las tres Hermandades es evidente. La rivalidad se manifiesta en el deseo de cada una de las Hermandades porque el día de su Santo sea el más lucido de toda la fiesta y por la creencia que su imagen es la que más milagros ha realizado.

Durante la fiesta, aquellos hombres del pueblo que durante el año han estado realizando rudas y peligrosas faenas en los campos de caña, en los palmares y en la pesca, olvidan sus quehaceres cotidianos para participar activamente en la celebración. Cientos de trabajadores se disfrazan de máscaras, que recorren las calles del pueblo y sus barrios, pidiendo, cantando y bailando. Las numerosas y alegres máscaras constituyen uno de los aspectos de mayor colorido en la fiesta.

El vestirse de máscara es una función exclusiva de los hombres. Los disfraces son confeccionados por las mujeres del poblado. Existe una relación evidente entre el disfraz y la

Tres clásicos «vejigantes» con sus mamelucos de telas tesillantes y sus curiosos cuernos. En la farsa popular de Loiza representan al mal, a los moros que mataba el santo apóstol.

posición económica del individuo. Las máscaras comienzan a aparecer en las calles del poblado el 26 de julio, día en que se celebra la primera procesión de los tres Santiagos. Entre las numerosas clases de máscaras, se pueden distinguir cuatro tipos, que, por lo general, siguen un patrón tradicional en la confección del disfraz y en sus actuaciones durante la fiesta.

Entre las máscaras, en primer lugar, encontramos al caballero. Éstos tratan de imitar el tradicional indumento de los antiguos caballeros españoles. El mismo con que aparece el Santo en las imágenes. A estas máscaras se las asocia con el Santo. Representan al bien, en lucha contra el mal: al cristianismo contra el paganismo. El disfraz de los caballeros se compone de una chaqueta y un pantalón, confeccionados en telas de brillo. En cada pieza se usan dos o tres colores, entre los cuales el rojo, el amarillo y el verde son los más frecuentes. El pantalón puede ser largo, abombachado o a media pierna. Sobre la chaqueta se usa una capa corta, que generalmente está adornada con lentejuelas o cintas de diversos colores. Estas máscaras esconden su rostro detrás de una careta hecha de alambre, sobre la cual se pintan las facciones que se supone son características del caballero español. En la boca se hace un pequeño orificio para que la máscara pueda fumar sin necesidad de desprenderse de su careta. Sobre la cabeza, los caballeros llevan un sombrero que imita al tradicional sombrero español de tres picos. Éste se hace con un sombrero de paja del país, al cual se le da la forma tradicional, y luego se forra con trozos de la misma tela usada para el traje. Generalmente, los sombreros van adornados con pequeños espejos, cascabeles, cintas de diversos colores y, en algunos casos, con flores de papel y pajaritos. El coste, relativamente elevado, del disfraz y la costumbre de que el caballero concurra a la fiesta a caballo hacen que los que adopten este tipo de vestimenta sean sólo aquellos que cuentan con mayores recursos económicos. Durante la fiesta, la actitud y conducta de los caballeros son más serias y mesuradas que las de las otras máscaras.

Parece ser que antiguamente los caballeros eran los que acompañaban al Santo y ejecutaban algunas pantomimas, que representaban las luchas que éstos, junto al Apóstol Santiago, libraron contra los moros.

En contraposición a los caballeros están los vejigantes. Estas máscaras representan al mal, al diablo, a los moros que el Apóstol Santiago y los caballeros españoles combatieron. El disfraz es el tradicional de los vejigantes: un mameluco de amplias mangas, que van unidas al cuerpo del traje, y hace que cuando la máscara levante los brazos parezca un murciélago o diablo. Los disfraces se hacen de telas baratas, de colores brillantes, algunas de las cuales tienen diseños estampados. Lo más característico de los vejigantes es la careta, que representa una cara grotesca con cuernos. Las caretas son hechas de cartón, coco, higuera o lata. Antiguamente, las caretas más populares eran hechas de cartón, y se hacían en moldes de barro cocido. Desde el siglo pasado, las caretas, en su mayor parte, eran adquiridas a través de los establecimientos comerciales de San Juan, que las importaban del extranjero. Durante los últimos años, con motivo de la guerra y el bloqueo marítimo que sufrió la isla, y ante la escasez de caretas en el comercio local, algunos vecinos comenzaron a usar la corteza o cáscara de los cocos secos para hacer caretas. Hoy día, las caretas de coco, hechas por los pescadores de Medianía, son las más populares y vistosas de toda la fiesta. Las caretas de los vejigantes representan uno de los más altos exponentes del arte popular portorriqueño.



«Vejigantes» con sus trajes típicos frente a la capilla de Santiago en Loiza.

Una de las imágenes de Santiago de los hombres de Loiza, llevada en andas por cuatro enmascarados.

El vejigante recorre las calles del poblado a pie, y, generalmente, es acompañado de un grupo de chiquillos, que le sirven de coro a sus cánticos tradicionales. La tradicional vejiga, llena de aire y atada al extremo de un palo, que antiguamente llevaban los vejigantes para con ella golpear a los transeúntes, en Loíza ha desaparecido, y en sustitución encontramos que algunos llevan una bolsa de papel llena de aire, atada a un palo, con la misma función que la vejiga de antaño.

En tercer lugar están los llamados *viejos*. Éstos son los vecinos que, por falta de recursos económicos o de tiempo, no preparan un disfraz determinado y se visten, durante la fiesta, con ropas mutiladas y viejas. Los *viejos* usan como careta cajas de zapatos o trozos de cartón. Son los *viejos* las máscaras que más asociadas están con la música, y, frecuentemente, grupos de *viejos* forman conjuntos musicales, que van tocando por las calles del pueblo y sus barrios, solicitando donativos.

Durante la fiesta, los *viejos* van unidos al cuarto tipo de máscara tradicional, las *locas*. Estas son hombres disfrazados de mujer, que aparentan estar locas. Estas máscaras recorren el pueblo con latas y escobas, barriendo y limpiando las calles y balcones de las casas y solicitando el pago de su «trabajo». Las *locas* usan trajes de mujer de colores vistosos y se adaptan el busto artificialmente. En la cara no acostumbran llevar máscara alguna.

El día 1 de julio, en las primeras horas de la mañana, los vecinos de Loíza se despiertan con el ruido que produce la explosión de un cohete que ha sido lanzado para recordar al vecindario que se ha entrado en el mes en que habrá de celebrarse la fiesta de Santiago.


Graciosa imagen de Santiago de los niños en la que existe una curiosa leyenda en Loiza.

Según van pasando los primeros días del mes, la animación va aumentando. Las diferentes Hermandades celebran frecuentes reuniones para discutir las formas de recaudar fondos para la fiesta, y grupos de jovencitas visitan las casas y tiendas, vendiendo boletos de rifas y entradas de cine a beneficio de un Santo determinado. En cada una de las casas donde se mantiene un Santo se coloca una bandera roja con una cruz amarilla.

A cada Santo sus fieles le celebran animadas novenas. Éstas tienen lugar en las casas donde se guardan los Santos. Por lo general, los participantes son los mismos que antes habían asistido a las reuniones para recaudar fondos. Los hombres, al igual que durante las reuniones, no toman parte activa.

El día 25 de julio, día del Apóstol, la imagen de Santiago de los Hombres es llevada hasta la iglesia del pueblo, donde en las primeras horas de la mañana se celebra una misa. Son muchos los vecinos que aprovechan la ocasión para celebrar sus bodas y el bautizo de sus hijos. Desde este día comienza la fiesta en el pueblo. En la plaza se han colocado tarimas y tablados para en ellos celebrar bailes. En la carretera, hacia Las Carreras, se han establecido numerosos puestos para la venta de alimemos, bebidas y dulces.

Al día siguiente, el pueblo celebra el día de Santiago de los Hombres. Es durante este día cuando las máscaras comienzan a aparecer en las calles del poblado. El Santo, que ha permanecido en la iglesia desde el día anterior, sale acompañado de sus fieles y máscaras hacia el sitio denominado Las Carreras. En su marcha, la procesión pasa frente a la casa donde se mantienen los otros Santos. Según la costumbre, cuando un Santo pasa frente a la casa de otro, éste sale a la calle, y los Santos se saludan. El saludo se efectúa inclinando las andas respectivas tres veces. Los otros Santos acompañan al Santo de los hombres hacia Las Carreras, donde, según la tradición, apareció la imagen de Santiago de los Niños. En Las Carreras, jinetes se disputan el honor y privilegio de correr las banderas de su Santo. Cerca de las seis de la tarde, los Santos retornan hacia el pueblo. En el camino se quedan en sus casas el Santo de los hombres y el de los niños, mientras el Santo de las mujeres sigue hacia la iglesia del poblado.

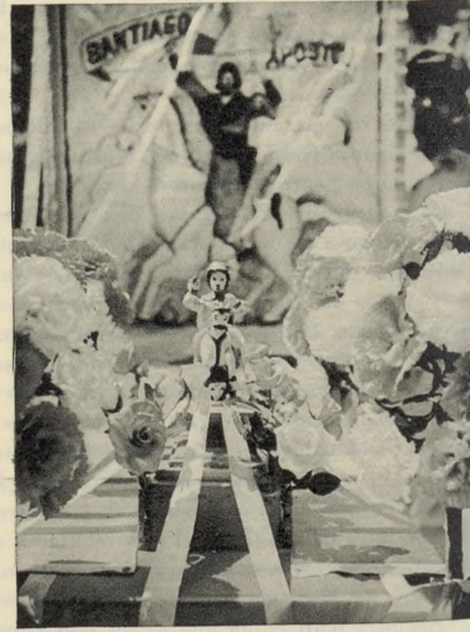
El día 27 es el día del Santo de las mujeres. Durante la mañana se celebra una misa, y en la tarde se inicia la procesión hacia Las Carreras. Durante la procesión se repiten los saludos entre los Santos y una vez más se corren las banderas.

Al día siguiente se celebran las mismas ceremonias en torno a Santiago de los Niños, que es el Santo del día.

Al finalizar la semana, la fiesta termina, y una vez más el pueblo retorna a su vida tranquila y apacible.

La celebración de la fiesta de Santiago en Loíza es una manifestación clara y evidente de la fuerza que aun tiene en Puerto Rico la tradición cultural española, no obstante los esfuerzos realizados por el Gobierno para «americanizar» al pueblo portorriqueño. Sin embargo, es bueno advertir que la actual situación política y económica de la isla facilita la continua introducción de elementos foráneos en la cultura popular.

Creemos que la Madre Patria, a través de un mayor acercamiento cultural, puede ayudar a Puerto Rico a mantener su cultura.



El «caballero español», un disfraz tradicional en la fiesta portorriqueña de Santiago de Loiza.

El espiritu en la punta de las alas

por **Joaquín F. Quintanilla**

LEYENDO a Fabre comprendí que nuestra atención es como una cámara tomavistas que pasea curiosa su ojo único de Polifemo sobre las cosas, buscando siempre temas nuevos que rodar. Y que cada época queda mucho más definida aún que por todo ese mundo de imágenes que nos deja, por el ángulo de enfoque que damos a la cámara.

Fabre levantó algunas piedras para ver lo que hacían debajo los insectos, tuvo éxito, y ya en su tiempo todo fué un desmedido afán por conocer lo que sucedía bajo nuestras plantas.

Más tarde alguien nos hace caer en nuestro error de enfoque. Hasta entonces habíamos vivido felices, convencidos de que nos movíamos sobre la superficie de la tierra como amos y señores y, de pronto, comprendemos que lo que hacíamos era, en realidad, arrastrarnos como lumiacos por el fondo del océano aéreo.

Nuestra atención efectúa entonces un giro de ciento ochenta grados y queda enfocada hacia las alturas. Y así como antes levantábamos las piedras, ahora todo es intentar abrirnos paso entre las nubes para conocer lo que se oculta sobre ellas.

Sí, hay que volar, hay que llegar hasta los pájaros, sobrepasarlos—al fin y al cabo también ellos son fauna abisal, como nosotros—, subir siempre, hasta asomar a la superficie de la atmósfera a oír el dulce rumor de la máquina celeste.

Los que hicieron esto fueron los volovelistas, los que vuelan sin motor.

¿Qué clase de hombres son estos volovelistas que así pueden elevarse ingrávidos sobre los demás mortales, venciendo el peso de la carne?

La atmósfera es una inmensa máquina, con un caudal de energía suficiente para levantar en el aire catedrales enteras, ¿cómo puede sorprendernos que lo haga con unos cientos de kilos si quien se lo pide se consume en una ardiente fiebre de alturas?

No es juego el vuelo a vela. Es algo mucho más profundo que un juego. Es, nada menos, que la realización de un instinto ancestral de la especie. El ansia humana de espacios angélicos. El instinto icario, como lo llamaba D'Anunzzio. Le vemos ya en el Cha Nameth, uno de los libros más antiguos de la Humanidad, y en Pindaro, cinco siglos antes de Cristo, y lo volvemos a ver veintiún siglos más tarde en nuestro Clavileño.

Es una sinfonía de alados dioses en la teogonía pagana, un vago recuerdo de ángeles y querubes entre los hebreos, la levitación de los santos en nuestras calendas cristianas. Es el sueño de volar en los modernos onirocríticos. Quinientos años de maravillosas imágenes volantes, en Melozzo, en Tintoretto, en los «Volaverunt», de Goya.

Raíces tan hondas no cuajan sino en tierras muy profundas. Así, cuando llega a la nuestra el volovelismo, encuentra en ella un pueblo que ha sentido en su médula, a lo largo de los tiempos, la tortura de este instinto. En cada aldea, en cada lugar de España hay una alta espadaña de iglesia desde la que alguien un día se lanzó al aire.

El velero—como decía Saint Exupery—nos pone de nuevo en contacto con todas las viejas verdades del mundo. Es una vez más la eterna lucha del hombre con la Naturaleza. Por eso, en tanto que otros que supervaloran el útil, son atraídos por el avión, nosotros, que aún valoramos al hombre, nos vamos tras el velero.

Y así vuelan sin motor en España altos y bajos. El catedrático insigne, el especialista en rayos cósmicos, la alta jerarquía eclesiástica... Pero, fundamentalmente, vuela el que destripa los terrones, el que marcha tras los ganados por caminos de siglos, el estudiante y el soldado. Toda espesa flora nuestra, en fin, que describió Lope.

Quizá sea este extraordinario entusiasmo una sorprendente faceta nuestra para el extranjero. Un país, cuyos recursos y desarrollo de la aviación son notoriamente inferiores a los de otros, cuenta con más de 9.000 pilotos de vuelo a vela, y cuando estos otros países, de medios superiores a los nuestros, lucharon en este terreno por elevarse unos cientos de metros sobre el suelo, nosotros, elevándonos por miles poseíamos la marca del mundo de altura.

En nuestras fábricas se estudian y construyen veleros de famosos tipos, que de España salen para los lugares más distantes, solicitados por quienes aquí los conocieron y admiraron su construcción. Hoy—y esto aun no se conoce por el mundo—se vuela sobre veleros españoles en la desembocadura del Plata, y en la del Tajo, en los Andes y en el África del Norte.

Siempre tuvimos los brazos abiertos a quienes quisieron venir a aprender con nosotros. Argentinos, chilenos, mejicanos... aprendices unos, pilotos viejos otros, volaron con nosotros. Y no de cualquiera manera, sino marcando desde aquí, desde España, jalones de la pequeña historia aeronáutica de sus países respectivos. En España fué donde se establecieron las marcas nacionales de permanencia en vuelo argentina y finlandesa, y la de altura portuguesa.

Hoy como ayer, como en los tiempos del «Plus Ultra», del «Jesús del Gran Poder» y del «Cuatro Vientos», los españoles cuando se lanzan al aire lo hacen «volando a la española» volcando el alma, la mano abierta a quien quiera acompañarles en su viaje hacia los espacios angélicos, el espíritu en la punta de las alas.



VIVIENDAS PARA FERROVIARIOS

Las relaciones entre la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles y su personal no se limitan a la frialdad de un intercambio donde el trabajador pone su esfuerzo y la empresa le recompensa con la remuneración fijada en forma legal. Le siguen las avanzadas y cristianas orientaciones sociales, que son característica destacada de la política del Estado español. La RENFE dedica gran atención y considerable esfuerzo económico al aspecto de la asistencia social de su personal.

Desde luego cumple cuanto el Estado tiene legislado en materia de seguros sociales, inclinándose siempre al lado de la generosidad, en caso de duda. Pero, amplía la ayuda de carácter obligatorio al trabajador, es decir, la que impone el Estado (y siguiendo en esto rutas ya trazadas por las antiguas Compañías de Ferrocarriles españolas, que se adelantaban muchas veces a la legislación estatal cuando de hacer concesiones a su personal se trataba), la Red Nacional ha creado los organismos internos necesarios para llevar adelante esta asistencia a sus obreros y empleados, estimulándola desde dentro y procurando su desarrollo progresivo. Y así, existen en la Red grupos de empresa de la «Obra Sindical de Educación y Descanso» que, como su nombre indica, tiende a proporcionar al personal distracciones deportivas, culturales, turísticas, etc., para sus ratos de ocio y vacaciones. En el terreno de la instrucción sostiene numerosas escuelas para hijos del personal, en particular en aquellos núcleos ferroviarios alejados de centros urbanos; igualmente, concede becas para estudios en los casos en que estos muchachos revelan dotes que merecen ser cultivadas. En el terreno sanitario tiene montados distintos dispensarios de higiene, aparte los sanatorios propiedad de la Red, y costea en los sanatorios antituberculosos del Estado numerosas camas.

* * *

Pero en este artículo queremos entretenernos un poco más en un aspecto de la asistencia social verdaderamente interesante, por lo que tiene de aliento a la vida familiar, fundamento de todo orden moral. Nos referimos a la construcción de viviendas para su personal. En España, como en todo el mundo se deja sentir un gran «déficit» de viviendas. Las clases acomodadas pueden resolverlo pagando los altos alquileres que impone el cuantioso coste de la construcción en la actualidad. Pero las clases modestas, como la ferroviaria, se encuentra en una situación verdaderamente difícil cuando por cualquier circunstancia se produce un cambio de residencia —cosa tan frecuente en los trabajadores de ferrocarriles—y ello da lugar a que sean bastantes los ferroviarios que no han conseguido en cuanto a domicilio el acomodo que necesitan y merecen.

Para remediarlo en lo posible el Consejo de la Red Nacional aprobó hace algunos años un gran plan de construcción de viviendas acogiéndose a las disposiciones con que el Estado español ampara las llamadas «Viviendas Protegidas», plan que se encuentra en pleno desarrollo y que ha comenzado a dar sus frutos.

Nos parece que lo que más convencerá al lector será registrar aquí el número de viviendas hoy ya ocupadas por sus beneficiarios y que son las siguientes:

Zaragoza, 131; León, 64; Sevilla (San Bernardo), 40; Salamanca, 40; y Delicias, 64.

Y en construcción las que siguen:

Valladolid, 112; Manresa, 58; Santander, 120; Madrid-Delicias, 64; Sevilla-P. Armas, 104; Oviedo, 128; Palencia, 104; Venta de Baños, 88; Córdoba-Av. América, 56; Córdoba-San Cayetano, 48; Puente Genil, 18; Algeciras, 36; Manzanares, 8; Guadalajara, 12; Puertollano, 20; Almorchón, 72; Irún, 72; Monforte, 24; Valencia-Alameda, 88; Albacete, 64; Tarragona, 43; Vadollano, 16 y Arroyo Malpartida, 78. En total 1.772.

En cuanto a sus características exteriores pueden juzgarse por las adjuntas fotografías. Interiormente, disponen todas de un cuarto de estar, comedor, tres, cuatro o más dormitorios (según el tipo), cocina, W. C., cuarto de baño con ducha, lavabo, servicios, etc., y despensa. Su orientación se ha cuidado también por parte de los arquitectos de la RENFE que dirigen la construcción de estas viviendas con verdadero mimo convirtiendo en realidad el interés que en ello tienen las altas autoridades de la Red.—J. F.

Arriba: Bloque de 40 viviendas construido en Sevilla.
Abajo: Grupo de 72 viviendas construido en Almorchón.



Abajo: Bloque de 40 viviendas construido en Salamanca.
A la derecha: Bloque de 36 viviendas construido en Algeciras.





ESTILO DE ESPAÑA

UNA VISION ESPAÑOLA DE EUROPA

Por J. L. VAZQUEZ DODERO

LA HISTORIA, PROFETIZADA

Los escritores de habla española han dicho no pocas cosas de interés sobre la marcha del mundo. No se han limitado a estudiar la historia hispánica, interpretándola a la luz de los distintos principios filosóficos, sino que han tratado, en ocasiones, de aplicar éstos a la Historia universal, prediciendo, anticipando, profetizando.

Pero hay que ponerse en guardia en cuanto se nombra a los profetas y a las profecías. Muchos espíritus curiosos y superficiales están siempre dispuestos a tomar por profecía lo que no lo es. No se alude con esto al abuso, tantas veces denunciado por la Iglesia, de considerar, sin más, como proféticos, en todo el rigor teológico del vocablo, textos de almas piadosas y virtuosas que no estuvieron, sin embargo, adornadas del don que permite vaticinar el futuro. La prudencia y la sabiduría de la Iglesia tratan constantemente de fijar con rigor los límites estrictos de la profecía y del milagro.

De un extremo se pasa al otro. De regalar a muchos la intuición o el raciocinio que disipa las sombras del mañana, a negar a todos esa presciencia, esa antevisión por la cual el hombre se parece un poco a Dios. Ninguna de estas posiciones es defendible. La verdad, por el contrario, es que el futuro ha sido muchas veces perspicazmente previsto.

"Contra lo que suele creerse—ha escrito Ortega y Gasset—ha sido normal en la Historia que el porvenir sea profetizado." Y cita, en abono de su tesis, un juicio de Stuart Mill: "Existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa. Ahora bien, como todos los cambios que se operan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este desbordamiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable."

DONOSO Y SUS VATICINIOS

Si queremos comentar los acontecimientos más significativos del mundo actual a la luz del pensamiento que se ha expresado en lengua española, las previsiones de Donoso—"político porque fué teólogo, y por profeta, diplomático", según la caracterización de Eugenio d'Ors—deben servir de general introducción a otras glosas.

Puede Donoso Cortés no estar bien juzgado por el fervor clamoroso de quienes no ven en él sino a un político, o a un pensador religioso, o, sobre todo, a un apologista elocuente del Orden, de la Religión, de la Iglesia. No se hallará en estas adhesiones rigor conceptual, precisión, líneas claras y firmes que configuren y limiten exactamente el alcance de su obra. Pero, con seguridad, están regateados sus méritos, o quizá desconocidos por el silencio, en el campo del pensamiento secularizado, fiel a la tradición racionalista. Ahí sí que la mente de uno de los mejores españoles del siglo XIX aparece, sin duda, empequeñecida y maltratada.

Los vaticinios de Donoso estriban en una concepción cristiana, providencialista, de la Historia; constituyen una teología de la Historia. Por eso su pensamiento, su teodicea—tan parecida a la apuntada por Teodoro Haecker al estudiar a Kirkegaard—hallan una resonancia en el sector religioso y en el irreligioso que le fuerzan a defenderse de ataques que en el primer caso amenazan empañar la pureza de su ortodoxia.

Con motivo de su *Discurso sobre Europa* (30 de enero de 1850) aprovecha Donoso una carta a Louis Veuillot para repudiar el título de profeta. Vale la pena reproducir sus palabras, tan nobles y extrañas, pues nada envanece tanto a un pensador como el acierto en adivinar el futuro. "Debo protestar y protesto contra la idea de que se me coloque entre los que ven el porvenir. Yo no he cometido la temeridad de anunciar la última catástrofe del mundo. No he hecho otra cosa sino decir en alta voz lo que todo el mundo dice por lo bajo: he dicho que las cosas del mundo llevan hoy muy mal camino y que si prosiguen en la misma dirección iremos irremediablemente a dar en un cataclismo. El hombre puede salvarse, ¿quién lo duda? Pero es a condición de que así lo quiera, y me parece que no lo quiere; y no queriendo salvarse el hombre, Dios no le salvará, a pesar suyo."

LA PARTE DE LA RAZON

Es curioso que un detractor injusto de la razón humana, como Donoso Cortés, asentase sus predicciones en razonamientos y reflexiones racionales, bien que partiendo de premisas que le eran dadas por la fe.

El *Discurso sobre la Dictadura*, conocido también por el de *Los Termómetros*, es una hermosa pieza oratoria que granjeó a su autor celebridad en Europa y constituye un ejemplo valioso de lo que decimos. Vamos a verlo.

La ocasión inmediata de esta intervención parlamentaria fué la justificación de los poderes extraordinarios recabados y conseguidos por el General Narváez. Habla el orador el 4 de enero de 1849. Las revoluciones del año anterior le han impresionado profundamente. (El estudio de la Revolución, del fenómeno revolucionario en general, ha influído decisivamente en su ideología, según confesión propia.)

Donoso hace afirmaciones categóricas; sostiene que lo que va a anunciar "se ha de cumplir a la letra en un porvenir más próximo o más lejano".

Y lo que anuncia es esto: "La libertad acabó. La libertad no existe de hecho en Europa. El mundo camina con pasos rapidísimos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres".

¿Por qué?

Premisa dada por la fe: el pecado original inclina a la naturaleza humana hacia el mal.

Deducción de la razón: la libertad se acaba; se aproxima la tiranía, el despotismo.

Esta consecuencia racional la extrae Donoso con toda lógica. Pues, en efecto, dada la corrupción de nuestra naturaleza, sólo dos represiones frenan al hombre: la interior o religiosa, o la exterior o política. Si el hombre no se reprime por sí mismo, es preciso reprimirle. De aquí que "cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía está alta. Esta es una ley de la Humanidad, una ley de la Historia".

Ahora bien, ¿habrá una reacción que haga innecesaria, que excluya la represión política, es decir, que ahuyente el despotismo? El orador no la cree probable y colige, por tanto, el advenimiento de la tiranía.

RUSIA, CONCRETAMENTE

Son frecuentes en la obra de Donoso las citas de Rusia. En general estudia su política en la situación histórica que contemplan los ojos del escritor. A veces hay consideraciones psicológicas o históricas para explicar las actitudes rusas de aquel tiempo.

Cree Donoso que es vital para Rusia la posesión de Constantinopla y del Mediterráneo. "El que fué ayer imperceptible ducado es hoy el más dilatado Imperio del mundo, siendo de aliento tan altivo que quiere imponer tributo en todos los mares y rodear con sus nerviosos brazos todo el orbe de la tierra." Luego nombra sus fronteras y añade: "Y, sin embargo, este Imperio colosal necesita para existir el golfo Pérsico, el Mediterráneo y Constantinopla. Necesita por capital a Constantinopla, porque sin su posesión la industria de sus provincias meridionales se extingue, y porque, cerrados los Dardanelos, la Rusia no es señora del Mar Negro, sino antes bien su prisionera. Necesita, en fin, el golfo Pérsico, porque el golfo Pérsico es el rumbo de la India".

Cuando la ley humana es la conquista y la guerra, lo que más conviene a un pueblo es invadir sin temor de ser invadido. Hasta cierto punto los rusos se parecen en esto a los escitas y a los árabes: "Rusia, ese león del Norte, que para herir tiene sus garras, y para defenderse, el Polo".

LAS GARRAS Y EL POLO

Con esta figura de las garras del león que hieren y que tienen al Polo por escudo, la retórica del gran extremeño anticipa en 1838, en una polémica con el profesor Rossi, unos juicios sobre Rusia y el porvenir de Europa que cumpen ahora sus cien años y que pertenecen a lo más resonante y comentado de la obra de Donoso. Porque el *Discurso sobre la situación de Europa* fué pronunciado el 30 de enero de 1850 y es una de las oraciones, y aun de las obras en general, más conocidas y celebradas del orador, del pensador, del escritor.

Piensa él que nada hay seguro en Europa después de la revolución de febrero: "...decidme, con la mano puesta sobre el corazón, si encontráis una sola sociedad que pueda decir: "estoy firme en mis cimientos"; decidme si encontráis un solo cimiento que pueda decir: "estoy firme sobre mí mismo". La revolución, contra lo que se cree, no ha sido vencida, puesto que encontradas todas las fuerzas sociales apenas han bastado para contenerla. A pesar de las victorias, que de tales sólo tienen el nombre, "el tremendo problema está en pie y la Europa no sabe ni puede resolverle".

Una fina previsión de Donoso es aquella receta: "para este mal no son remedio esencial las reformas económicas". Porque la verdadera causa del mal europeo es la desaparición de la idea de autoridad divina y humana.

Donde el discurso alcanza mayor altitud es en el paralelo entre los fenómenos religiosos y políticos (Deísmo=Monarquía constitucional; Panteísmo=República; Ateísmo=Anarquía) que admiró la inteligencia de Schelling; y en el anuncio de "la hora de Rusia", en que "podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria".

Cree Donoso que, por mucho tiempo, no hay que temer el menor peligro de Rusia: germanos, latinos y anglosajones la reducirían, en caso de guerra, a potencia asiática.

Mas no por eso no hay nada que temer de Rusia, pues ésta se apoderaría de Europa si la revolución disuelve los ejércitos permanentes, despoja a los propietarios y al propio tiempo se confederan todos los pueblos eslavos. "Cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra Patria; entonces presenciará el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la Historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra".

Y más adelante: "La raza anglosajona es la que menos expuesta está al ímpetu de las revoluciones; yo creo más fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres". Lo que hace falta, según Donoso, es que Inglaterra evite, con una política exterior monárquica y conservadora, las circunstancias que darían el triunfo a Rusia. Y aun así...: "porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, única doctrina que es su contradicción absoluta".

1850: UN ESPAÑOL EN EUROPA

Este español que así veía el porvenir de Europa fué leído y admirado no sólo por Montalembert y Veuillot, por Nesselrode, por el Zar Nicolás o por Federico-Guillermo IV, sino por aquellos que, de modo aún más eminente, encarnaban el plural espíritu europeo tal como ha pasado a la contradicción y el desaliento de nuestros días: Schelling, Metternich, Ranke...

"El discurso—escribió Meyendorff al marqués de Valdegamas ("ici nous l'appelons le marquis de Valdegamas")—ha sido un acontecimiento. Una vez publicado por los periódicos franceses y belgas, lo reprodujo la *Reform* en versión alemana. Aunque la traducción es fría, el éxito y el aplauso fueron generales. Todos admiran la elocuencia, el alto nivel, la profundidad de los pensamientos.. Schelling, el Néstor de los filósofos, ha leído con la mayor complacencia el parangón entre republicanismo y panteísmo; el historiador Ranke estima por su novedad y fertilidad, sobre todo, la distinción entre los pueblos de cultura antigua y los pueblos que recibieron la civilización a través del Cristianismo... Se me olvidaba decir que fué a Metternich a quien mayor admiración produjo su discurso: dice que puede ponerse junto a los mejores ejemplos de oratoria antigua y que, además, tiene cierto cuño de originalidad que procede del espíritu español, monumental y primitivo como los muros ciclópeos."

Drama de México

POR
CARLOS SEPTIEN GARCIA
(DE "EL UNIVERSAL", DE MEJICO)

Drama de "Life"

La revista norteamericana **Life** tiene dos ediciones: una, la ordinaria, que aparece semanalmente en los Estados Unidos, y que llega a los suscriptores foráneos que expresamente la solicitan; otra, la llamada "internacional", que sale a luz quincenalmente y que está destinada a los lectores y suscriptores de fuera de los Estados Unidos. El material de esta última se forma con una selección de las ediciones semanales norteamericanas.

Los suscriptores mexicanos que reciben la edición ordinaria de **Life** conocieron, desde el 9 de enero pasado, un reportaje de 14 páginas con abundantes fotografías, y en que, bajo el título "El drama de México", se presentaba una versión de nuestro país en la que concurren esos elementos ya clásicos en numerosos periodistas norteamericanos asomados a nuestro país: muy buen lente fotográfico, muy malos amigos y peor cultura. Tan bien se reunían estos elementos en el reportaje de **Life,** que los suscriptores mexicanos de la edición norteamericana no supusieron siquiera que **Life** se atrevería a lanzar su información en la tirada "internacional" que se divulga entre nosotros. El riesgo de un ridículo era evidente.

Criterio de "Rodeo"

Sin embargo, **Life** ha decidido correr el riesgo. En su última edición "internacional", destinada—entre otros—a los lectores del Sur del Bravo, se reproduce, un mes después de aparecido en los Estados Unidos, el reportaje "Drama de México", con sus 14 páginas en negro y en color y sus textos idénticos.

¿Cuál es la razón por la que el lector mexicano de **Life** habrá de reaccionar desagradablemente ante este reportaje? Una muy sencilla y muy real: la misma razón que asiste a un norteamericano sensato para molestarse cuando se percata de que en el extranjero su país es interpretado exclusivamente a través de las vaciedades de Hollywood, de los pujos racistas nazis, de los vaqueros texanos o de los atracos gangsteriles de Chicago. En otras palabras: si es una verdad el que Hollywood se empeña en pintar la vida norteamericana como un tejido de superficialidad y amoralidades constantes, en cambio, una verdad muy superior es el que los Estados Unidos poseen un caudal de virtudes humanas, de salud, de trabajo, de ímpetu, que son la esencia de su grandeza. Por eso, el norteamericano sensato que se sienta visto desde fuera a través de las películas tendrá razón para reclamar por falso, parcial e injusto un juicio sobre su país en el que se haya aplicado lente de aumento para ver las manchas, y microscopio para abarcar toda su grandeza.

Y han sido precisamente este lente de aumento y este microscopio los que la revista **Life** ha aplicado a México en su número norteamericano del 9 de enero. De verdades parciales, de puntos aislados sacados de un conjunto nacional muy complejo y presentados como si fuesen la totalidad, se fabrica una visión engañosa de México. Porque en el reportaje de **Life** no hay verdad total alguna sobre México; hay sólo verdades parciales, sacadas de su jerarquía, y exageradas, y que son, por tanto, peores que una mentira, y hay también falsedades completas, que no por risibles dejan de serlo.

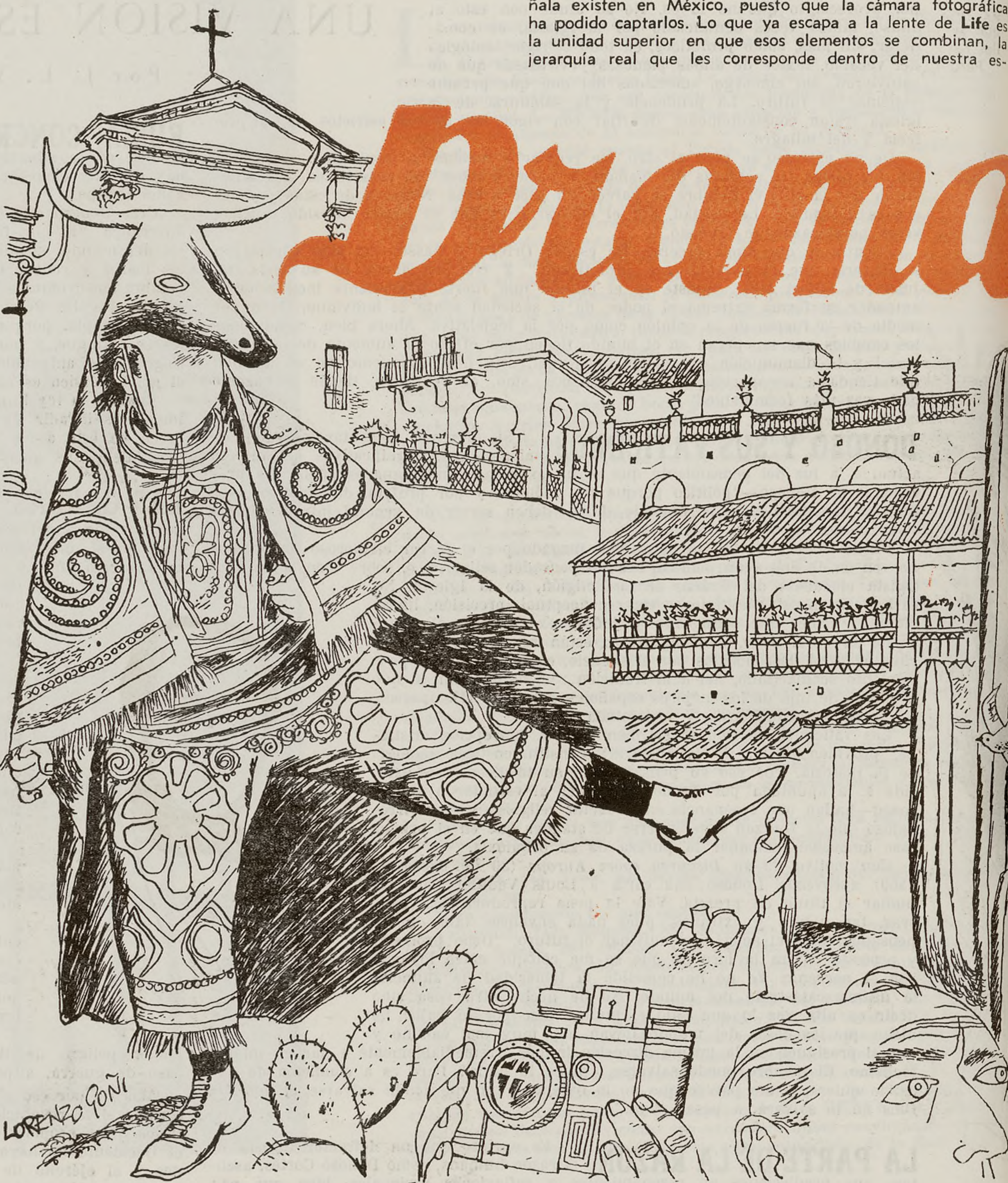
La verdad a medias

Las 14 páginas que **Life** dedica a nuestro país llevan por título "El drama de México". En fotografías magistrales se presentan sucesivamente los conocidos rostros de indios, danzantes tatuados y paisajes, interiores de Tepoztoztlán y romerías de Atotonilco. Con todo, el centro de la información se halla enfocado hacia el tema de la muerte mediante gráficas de entierros, tumbas, ofrendas y aun agencias de inhumaciones de tipo popular. En tan macabro desfile sobresalen, por su artificiosidad, dos fotografías: la una, en que se presenta a una niña sentada sobre una tumba, comiendo una gran calavera de alfeñique; la otra, en que un individuo de patillas convencionalmente "latinas" a lo Hollywood, conversa—así lo dice el pie de la foto—con el cuerpo de una tía suya muerta largo tiempo atrás. Tan estupenda escena ocurre... ¡en el museo de momias de Guanajuato!

"La muerte en México—dice el texto que acompaña a esta parte central del reportaje—es algo omnipresente y familiar. Cuando los mexicanos no la están desafiando o rondando en las plazas de toros o en tumultos homicidas, la propician en ceremonias y festivales y la conmemoran en mausoleos, donde los restos de los amigos y de los parientes son cuidadosamente guardados..." Y luego, al referirse a la foto de las momias: "Dentro del panteón de Guanajuato, las momias son removidas de sus tumbas para ser mostradas. Aquí, un ciudadano de la localidad se comunica con el cuerpo de una tía suya muerta largo tiempo atrás..."

En seguida, al tocar el tema religioso, **Life** asienta: "Bajo la cristiandad medieval elemental de México están los rescoldos de la antigua tradición pagana, que sobrevive tanto en las mentes de las masas como en la arquitectura que las rodea. Las iglesias están construídas sobre los restos de los templos aztecas; las imágenes de los viejos dioses se asoman sombríamente por entre las piedras labradas de los santuarios barrocos; las figuras de Cristo son adoradas como si fuesen ídolos..." Se acompañan a estas afirmaciones fotografías arquitectónicas de elementos visibles solamente para ojos muy avezados a la técnica y al arte y con aspectos—muy bellos—de las romerías de Atotonilco y de los artales de Tepoztoztlán.

"El drama de México", que se hace consistir primeramente en las alternativas del carácter mexicano, "poético y cruel, inerte y profundo"; en las diferencias entre el paisaje suntuoso y la habitación humilde por el pico de Orizaba: entre la muerte; en la religiosidad y la paganía, se lleva a desembocar en el contraste material. Por un lado se presenta a una dama rica de la capital que hace ejercicio al sol dentro del magnífico salón de su residencia, y a una familia que hace tortillas en una cocina sórdida "bajo la luz del mismo sol", según dice el pie de la fotografía. "Casi en ninguna parte del mundo occidental—concluye **Life—es tan profunda la distancia que separa el lujo suntuoso de la total indigencia"** como en México.



La verdad

Por supuesto que muchos de los elementos que **Life** señala existen en México, puesto que la cámara fotográfica ha podido captarlos. Lo que ya escapa a la lente de **Life** es la unidad superior en que esos elementos se combinan, la jerarquía real que les corresponde dentro de nuestra estructura nacional, y su verdadero significado mexicano. Y esto va dicho por lo que toca al aspecto serio de la información; que en cuanto a la hollywoodesca escena del ciudadano alquilado y retocado con patillas para que platique con la momia de su tía, o al contraste de la casa rica y la choza pobre, basta volver la hoja. Cualquier día de estos irá a los Estados Unidos un mexicano con sentido del humor y logrará, en el corazón mismo de Nueva York, contrastes peores entre cualquier palacete y cualquier calle del barrio negro; y más sucias escenas de ebrios y degradados que cualquiera de las que pudieran tomarse en nuestras callejas metropolitanas. La miseria y el vicio y el contraste entre riqueza y miseria no son exclusivas de México, sino mal de toda sociedad. Sólo que más culpable de ese mal será una sociedad mientras más rica sea y mayores recursos tenga a su disposición.

No. La miseria no es llaga de México sólo y es desleal, por tanto, el presentarla como distintivo de nuestra nación. Más cerca de la verdad puede andar **Life** cuando habla de los contrastes de nuestro carácter o de nuestra religiosidad. Más cerca, pero sin llegar a ella; porque México es mucho más que un asunto fotográfico y mucho más que un tema de reportaje. Lo que **Life** ha tomado son superficies, datos sueltos, verdades parciales. Lo que **Life** no ha podido tomar son profundidades, datos completos, verdad total.

Porque esos rostros de mestizos y esos peregrinos que van a Atotonilco, y esos retablos dorados, y esos sacerdotes que confiesan tras las celosías, y esas niñas con mirada profunda y rosas en las manos, no son "el drama de México"; son, verdaderamente, el orgullo de México. El solo hecho de que existan esos rostros morenos de indígenas seculares es un orgullo nacional; porque son ellos el mejor testimonio del respeto que en México se tuvo, desde hace cuatro siglos—no solamente hoy—, a la persona humana y el cuidado con que fué preservada la raza nativa en el momento del choque de la conquista y a lo largo de la fusión. Merced a ese respeto, cualquier fotógrafo norteamericano que venga a nuestro país podrá tomar rostros de indios a la vuelta de cualquier esquina y en el recodo de cualquier camino; en tanto que si desea captar aspectos de los nativos de Norteamérica, habrá de hacer un largo viaje hasta llegar a alguna de las "reservaciones" en que se permite vivir a los domesticados residuos de aquellas razas. Y eso sí que es un drama humano.

Pero hay todavía más. En esos rostros que **Life** presenta se advierte la clara huella de una nueva influencia: la del mestizaje. Alguna vena de las que laten bajo esas frentes tostadas es ya española; algún rasgo de esas caras impasibles es ya castellano. El nombre de cada uno de ellos será el de un santo cristiano, y su apellido, el de un conquistador o el de un misionero que se lo donó; y cuando su dueño hable con Dios, con sus semejantes o con los fotógrafos de **Life,** hablará español. Y este testimonio de fusión, de vinculación, de amor secular y de obra incesante de carne que no siente repugnancias porque se sabe igual en el blanco y en el moreno, y de espíritu que conoce la esencia de la suprema igualdad; este testimonio del mestizaje que es cada rostro y cada nombre de mexicano, es la mejor certificación de la gloria, de la esencia y de la esperanza de México.



México misionera

¿Que el mexicano ama la muerte hasta hacer de ella una presencia constante en la existencia, como apunta el reportaje? Vale la pena precisar: el mexicano no ama la muerte, pero tampoco la teme. Por la herencia de sus dos razas y por su fe, el mexicano sabe que la vida es caduca y que al final de ella está la vida verdadera. Pero este concepto ni es tampoco exclusivo del mexicano, ni es una fuente de tragedia cotidiana; es, sustancialmente, una verdad cristiana. La misma verdad profesada desde hace dos mil años por los países de la cristiandad; la misma verdad que los ha llevado a ser los amos del mundo. Porque no ha habido en la historia humana principio más activo y más impulsor que éste de saber que la vida es tránsito, y que el único medio seguro para caminarla bien y para alcanzar la vida perenne es el dominio y el señorío sobre las cosas y el imperio del espíritu inmortal sobre la creación perecedera. Ciertamente, no hay explicación para la grandeza que Occidente ha tenido mientras ha sabido ser cristiano; ni para su grandeza, ni para su gozo. El pensamiento de la muerte y de la vida que le sigue es el manantial de la fuerza y de la alegría de nuestra cultura; y sólo en tanto que el hombre de Occidente se ha olvidado de él, ha venido a caer en esos dramas—esos sí son dramas terribles—del hombre moderno, sumergido en su angustia sin salida, sin creencia, sin fe.

Tampoco se ha de negar que en México se está a veces más cerca de la muerte de lo que debería estarse. No; pero ha de interpretarse debidamente. México es un mestizaje: es una fusión entre Occidente y los pueblos nativos, entre culturas y "retaguardias" muy diversas. Ahora bien; el mestizaje mexicano está en constante realización desde hace cuatro siglos, y seguirá estándolo hasta llegar a la creación acabada y cumplida de un pueblo cuya originalidad ya deslumbra en tantos aspectos al mundo. Ello quiere decir que en proceso de nuestra unidad hay mexicanos que van saliendo ahora mismo del seno de lo primitivo, impregnados de fuerza nativa y de ideas elementales; pero ello no quiere decir que eso sea todo México. Son ellos una parte muy importante de la Patria; esa que da a la nación una siempre renovada adherencia a la tierra materna, una lealtad cada vez más firme al paisaje propio, una resistencia cada vez más vigorosa a toda importación malsana. Y son ellos también esa parte de México con la cual el país vuelve a comenzar todos los días su tarea de conducción y de ascenso por los escalones de una cultura cuyas raíces son tan espléndidas como Grecia, como Roma, como Palestina, como España.

Y allí sí viene la visión cabal de México. Junto a estos mexicanos mudos y firmes como raíces seculares, están los mexicanos que han realizado en su ser el equilibrio de Occidente y de Anáhuac, y los que buscan realizarlo diariamente: los mexicanos que se insertan con todo su vigor racial, con todo su amor a la vida, con toda su capacidad para la técnica, para la ciencia, para la belleza, en las formas de vida y pensamiento de Occidente. Los mexicanos que han hecho fructificar en sus tierras, en sus ciudades, en sus familias, en sus almas, el caudal de instrumentos, de creaciones de espíritu, de Gracia y de Fe que un día llegó a estas tierras por los caminos del mar.

Y que conste que este análisis no encierra concepto alguno de raza o de clase. La maravilla del mestizaje mexicano consiste en que el más culto, el más adentrado por los caminos de la técnica o del espíritu, el más occidental, puede ser a lo mejor—como de hecho lo es tantas veces—un indio de tez broncínea. Y que—también a lo mejor—el necesitado de evangelización y de enseñanza puede ser—como de hecho lo es muchas veces—un hombre tan blanco y tan rubio como cualquier fotógrafo de **Life.**

Al revés

México tiene, por tanto, derecho pleno a exigir que cuando se trata de interpretarlo se haga con capacidad de visión y con buena perspectiva de todos los datos que lo integran. Y cuando no se entiende que México es un encuentro y un abrazo vivo de razas y de culturas señoreado por la cruz y el camino de plenitud original, se corre el riesgo de presentar explicaciones deformadas de esta realidad tan múltiple y tan diversa, cuya deslumbrante riqueza humana escapa irremisiblemente a quien pretende verla con ojos de turista y no con el respeto con que ha de verse a un pueblo en perenne fusión.

Mal hace, por tanto, **Life** cuando cierra su reportaje de los "contrastes" de México con la frase que ha quedado consignada: "en ninguna parte del mundo occidental es tan profunda la distancia que separa el lujo suntuoso de la total miseria". Un observador que sea verdaderamente occidental, es decir, que se halle empapado en la cultura y en la fe de Occidente, no puede expresar tal juicio final sobre México. Y si lo hace, una de dos: o es desleal a Occidente, o no entiende el significado de lo occidental.

Lo que un occidental "genuino"—permítase el calificativo para distinguir entre quienes cuentan con un acervo de cultura y quienes sólo tienen un equipo de fotografía—dice ante México, no es aquella frase. Prorrumpe—y tantas veces ha ocurrido—en la exclamación de quien asiste a un bello milagro. Y es que el juicio real sobre nuestro país es justamente el inverso del fotógrafo de **Life:** en ninguna parte del mundo occidental se ha logrado que hombres de tan diverso color y procedencia se fundan en una tan ardiente y tan profunda nacionalidad como ésta. **En ninguna parte** se ha logrado que la fe destierre tantas paganías y finque tan sólida adhesión en el seno de las más distintas razas como aquí. En ninguna parte Occidente ha encarnado con tal originalidad, con tal vigor, con tal amor, como en las llanuras, en las sierras, en los ríos, de este México indio y castellano, primitivo y tierno, fuerte y suave. Y asistir, y estudiar, y comprobar el desarrollo de esta marcha de la unidad y del espíritu, es el más grande atractivo de México (para quien sepa verlo).

Tal es la verdadera realidad nacional. Lo demás, lo de **Life** es una de esas visiones turísticas con que tantas gentes sin cultura se estropean a sí mismas y estropean a las demás el goce completo de asomarse al milagro—no al drama—de México.

¡Y, en cambio, cuántos mexicanos de esos que **Life** pinta morenos y silenciosos, reverentes ante sus muertos, podrían escribir, de tener en sus manos el instrumental norteamericano, muy exactos reportajes acerca del drama de los hombres occidentales que, cargados de técnica y de lentes, son incapaces de entender y de vivir la Gracia, la Belleza y el Amor de Occidente!

¿No será ésta, acaso, la profunda tragedia de un periodismo como el de **Life?**



UN PLANO

He aquí el de Lima, la imperial ciudad de los Reyes, cercada con su muralla de adobes que terminó en 1685 el virrey Duque de Palata.

El plano, muy anterior al terremoto del 23 de octubre de 1746, el más horroroso de todos los sufridos, es de Mulaer y, naturalmente, aún no aparece el barrio de San Lázaro, ni siquiera la Alameda.

Se trata de un documento de extremada rareza, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Asegura el gran Garcilaso que Pizarro fundó a Lima el día de la Epifanía de 1535, mientras otros afirman que fué erigida el 18 de enero, según papeles del Cabildo. Preside el valle del Rimac—que en lengua autóctona significa *el que habla*—cuyo nombre, corrompido por los castellanos, se convirtió en *Lima*, cuya sola enunciación tanta cordialidad y afecto despiertan en quienes la hayan vivido.

Tertulia de MVNDO HISPÁNICO

LOS FUNDADORES del BUCANERISMO

Uno de los más conocidos favoritos de la Queen Elizabeth, Walter Raleigh, ingresó en la Torre de Londres, a la muerte de su soberana, para expiar sus culpas, indultado de la pena capital a que había sido condenado. Desde su encierro seguía practicando su negocio: armamento de un par de buques anualmente para que pirateasen por su cuenta en las Antillas.

Trece años llevaba en la prisión haciéndose rico, o mejor dicho, aumentando su grandísima fortuna, cuando consiguió la libertad, probablemente por dinero *para explotar ciertas minas de oro en las Indias Españolas* y, efectivamente, con el concurso de algunos corsarios de Dieppe y de El Havre, facilitados por el rey de Francia tras secretas negociaciones, armó una flota que salió en mayo de 1617, dirigiéndose a piratear a Lanzarote y desde allí a Trinidad, donde montó una expedición al Orinoco para saquear Santo Tomé. La modesta guarnición española aguantó, rechazó, evacuó y, por último, reconquistó. Los piratas, en su fracaso, se pelearon entre sí, y mientras unos capitanes se separaban de la escuadra, otros prefirieron seguirla para hacerse después los perdedizos en la mar. *Gualtero Reali*, como se le llamaba entre nosotros, pensó refugiar en Francia su derrota, pero su dotación amotinada le obligó a entrar en Plymouth. El proceso de este hombre, buen marinero, introductor de la patata en las Islas Británicas, pirata avaricioso y criminal vulgar, ofrece curiosidad por sus argumentos de defensa ante los jueces. Así, *un ladrón tiene tanto derecho al reloj que sustrae, como España a los territorios de Guaraná*, o también: *¿Ha conocido su señoría persona a quien se acuse de pirata volviendo con millones?* Mientras la sombra de Drake cruzaba por la sala, Raleigh era condenado a muerte y, predestinado, su cabeza rodaba en el patíbulo, en octubre de 1618, como pirata y violador de la paz.

LA PATATA

Aunque pasa Parmentier por haber sido el introductor en Europa de la patata, en España era corriente su condimento en algunos lugares ya a fines del siglo XVI.

Por entonces se enviaba a Italia, y el P. Acosta trata de ellas y de su comida en la "Historia moral y natural de las Indias", Sevilla, 1590.

Dato que no es fácil ignorar, porque esta obra se publicó en francés (1598, 1600, 1606 y 1616), inglés (1604 y 1684), alemán (1598 y 1624), italiano, latín, flamenco...

FILATELIA

No podía faltar este rincón apacible dedicado a esta paciente faceta del coleccionismo; los sellos —las estampillas— del glorioso Colón irán apareciendo agrupadas por temas, y aun según la iconografía varia, mas para comenzar optamos por esta muestra inefable.

Se trata de la emisión conjunta de 1903 de las colonias inglesas San Cristóbal y Nevis, en la que aparece el mismísimo Colón "cherchant à découvrir la terre", según reza el catálogo Yvert de Tellier-Champion, con el "pequeño" anacronismo de un catalejo que ni un siglo después—¿verdad, Galileo?—pudo usar.

Del error tardaron bastante en darse cuenta, pues se repitió en la emisión de 1905, se aprovechó para las sobretasas de guerra de 1916 y 1918 y hasta volvió a aparecer en las apaisadas de 1920 y 1921-29.

BLOQUEO

Los Estados Unidos han decretado y establecido el bloqueo de la Corea comunista; los Gobiernos han sido debidamente notificados de esta determinación, con arreglo a las normas del Derecho Internacional.

Por lo que a España respecta no precisaba esta notificación, como tampoco cuando se decidan de una vez a bloquear a Rusia y sus "mandatos".

Hace ya muchos años que no nos tratamos con todos esos "caballeros".

¡ESPAÑA Y YO SOMOS ASÍ, SEÑORA!

Por 1775 la misión de San Diego, por la California, era floreciente; los padres franciscos Fray Luis Jaume y Fray Vicente Fuster, mallorquín y aragonés, respectivamente, cuidaban de almas y flores.

No acontecía lo propio por la región cercana, que cerraba el paso a la evangelización del suspirado Colorado, y con esa estrategia temeraria de vanguardia que es la misionera se puso el jaloncito de la misión de San Juan de Capistrano.

Pero ello excitó a las tribus aún gentiles de la comarca, que una mala noche—la del 4 al 5 de noviembre—, en número de más de mil indios, atacaron a la suave y confiada San Diego.

Cayó martirizado el P. Jaume, como casi todos los pocos españoles del reducidísimo poblado, y entre ellos Ursulino, el carpintero, enfermo de fiebres y, por lo tanto, asaeteado en su propio camastro.

Y cuenta la crónica que moribundo, como aun pudiese ver al que lo asesinaba bárbaramente, le dirigió estas últimas palabras:

—¡Ah, indio, que me has muerto!... Dios te perdone.

Tertulia de MVNDO HISPANICO pagará 50 pesetas por cada anécdota, sucedido, etc., de interés general que publique, seleccionadas de aquellas que sus lectores le remitan. Al publicarlas se insertará también el nombre del autor y de su residencia.

SIRENAS

En Brest fué visto un hombre-marino; una especie de "sireno", sí, señor. Fué en 1725, y de ello dio cuenta el *Journal de Trevoux* (vol. IV, pág. 1.902) que editaban los Padres jesuítas. No menos de treinta y dos testigos que navegaban con el capitán Olivier Morin pudieron certificar que era perfectamente proporcionado, y sus miembros en todo semejante a los nuestros, salvo que entre los dedos de las manos tenía las membranas que caracterizan a los palmípedos.

El "sireno", llamémosle así, evolucionó linda y descaradamente tan cerca del buque, que al ver el mascarón de proa, que tenía figura de mujer, y por lo visto con un tanto de *sex appel*, quedó suspenso un rato mirándola, y terminó abalanzándose a ella en ademán de querer asirla.

Sucedió también, caso inaudito y singular en historias de sirenas, que el referido tritón, por hacer burla e irrisión de la gente del navío, se puso de espaldas a ella, y levantando algo en el agua, exoneró el vientre a la vista de todos.

Y también aconteció algo extraordinario, y es que cuando el contramaestre, con el arpón enarbolado, quiso herirlo, soltó este arma sorprendido de terror pánico. No era para menos, pues el año precedente, en el mismo navío, un francés llamado Lacommune se había suicidado y fué arrojado a la mar en aquel mismo sitio; y el contramaestre recordó las facciones del suicida en las del hombre-marino.

Es muy serio todo esto, y no se pueden tomar a broma las cosas de sirenas.

PROFECIAS

En 1877 el diplomático Dupuy de Lôme escribió: *... guárdenos Dios de la amistad de Inglaterra y de la vecindad de Rusia.*

El párrafo es de su libro *De Madrid a Madrid, dando la vuelta al Mundo.*

FLOTAS

La escuadra de la Guarda de la Carrera de Indias tuvo su origen en 1522; cruzaba por las islas Azores y cabo de San Vicente, recaladas obligadas en los tornaviajes de América.

Pero como esta protección a los navíos sueltos resultó insuficiente, a partir de 1526 se organizaron las conservas, el navegar *en flota*. Esto es, el sistema de convoyes que tanto resultado dió en la gran guerra, como en esta última.

Concurso de ideas

Siempre he creído, y en ello estaba equivocado, que las tribus salvajes de indios eran, hoy, un mito. ¿No considera usted interesante el relato y descripción gráfica, y aun geográfica, de las zonas salvajes que aun existen?

Ya en esta revista se publicaron trabajos en este sentido; pero yo me atrevo a pedirle que se inserten más abundantes reportajes sobre este tema, reportajes que habrían de ser vivos, palpitantes, en los que se describa con detalle la vida de los que al otro lado del mar, y frente a tanto progreso, cultura y "confort" viven, actualmente, una vida primitiva, como si habitaran en otro planeta.

He aquí algo que considero muy interesante y propio de MVNDO HISPANICO. Estos relatos de descubrimientos de tierras y regiones desconocidas: el Orinoco, el Amazonas, etc., siempre que fueran acompañados de abundante y magnífico material gráfico, podría ser tema de un gran interés. ¿Difícil? No lo sé. Pero, desde luego, profundamente sugestivo e interesante, hecho con la gracia y amenidad de esa revista.

Firma: *José Milian Loscos*
Cardona Vives, 11, 1.º—Castellón de la Plana

Leo la revista que usted dirige por considerarla la mejor entre las mejores, y es la Sección que más interesante e instructiva considero la dedicada a reportajes sobre las distintas ciudades hispanoamericanas. ¿No sería conveniente completar dicha Sección publicando siempre "un plano o mapa" de la ciudad de que se trate, y que estos reportajes se hicieran con un determinado orden, comenzando, por ejemplo, por las capitales de nación, después las siguientes en importancia, y así sucesivamente? Creo ayudarían esos planos a formarse una idea exacta de lo que son las citadas ciudades hispanoamericanas, y serían al mismo tiempo una gran guía para el turismo.

Con este motivo le saluda su afmo. y s. s.,

Firma: *Basilio Vila Rodríguez*
JAEN

Suscriptor y lector asiduo de MVNDO HISPANICO, me permito con estas líneas intervenir en su Concurso de Ideas.

Propongo que se publique en cada número un artículo, con su correspondiente documentación gráfica, acerca de lo típico de cada país hispanoamericano o de cualquier región española remarcando, en lo posible, su evolución a través del tiempo, así como su origen y la influencia recíproca que, como consecuencia de la colonización, pueda haber tenido.

Este tipismo ha de evidenciarse en las leyendas, costumbres, vestidos, canciones, bailes y platos propios de cada región. Así, podrían ustedes hablar un día del gaucho, o del criollo rioplatense, o del guaraní paraguayo, o del cholo, o del vasco, o del aragonés, etc., describiendo la indumentaria propia y su evolución en el tiempo.

Propongo también que se cree una Sección en que se vayan describiendo los platos típicos de cada región; por ejemplo, el asado criollo, la carbonada criolla, el bacalao a la vizcaína, el cocido gallego, el pulpo, el gazpacho, la paella..., acompañado, naturalmente, de su correspondiente receta culinaria, al objeto de que cada hispanoamericano pueda saborear las sabrosas comidas de los otros países.

Muy agradecido, le saluda atentamente,

BASILIO ERNESTO VARCARCEL PEREZ
General Limo, 1.180, Montevideo (Uruguay).

El premio mensual de agosto corresponde a don Basilio Ernesto Varcárcel, de Montevideo (Uruguay). Enhorabuena. Para su conocimiento, reproducimos la base cuarta de este Concurso: "El premio mensual consistirá en un lote de libros por importe de 500 pesetas. El comunicante premiado podrá seleccionar estos volúmenes de los catálogos de las librerías españolas. MVNDO HISPANICO adquirirá los libros que se le indiquen, si no estuviesen agotados, y los remitirá a la dirección postal del interesado."

TABLONCILLO

Aunque a la ínfima palestra de este "Tabloncillo" nos gusta más sacar errores que aciertos, pues la Sección había sido creada para hacer una divertida autocrítica, a nuestro juicio la mejor y más discreta manera de corregir propias equivocaciones, esta vez, y sin que ello sirva de precedente, vamos a destacar un éxito, aunque Dios nos libre de autoelogiarnos.

Se trata del éxito alcanzado por el número extraordinario de MVNDO HISPANICO dedicado a Galicia. Y queremos destacarlo, no tanto, por lo que la Redacción propiamente dicha haya podido contribuir a él como por lo mucho que sin duda han contribuído los muchos gallegos, de Galicia y de América, que nos han prestado tan decidido apoyo moral, material y espiritual, que todo ello era necesario para llevar a cabo una obra de esta envergadura.

Es de justicia destacar que, aparte la colaboración para que el número fuese una verdadera exposición de la Galicia de hoy, los gallegos están demostrando el gran amor que sienten por su tierra, de una forma gallarda y desinteresada, al adquirir MVNDO HISPANICO de Galicia pidiéndole directamente a nuestra Administración, lo que le ha proporcionado una venta sin precedentes en la historia de esta revista.

Se cuentan por miles las solicitudes de números que vienen llegando a la redacción, tanto por la utilización de las tarjetas especiales para pedidos contra reembolso como de los cupones de la Sección inserta en la misma, titulada "Cure usted la morriña a tres gallegos". Esto demuestra que los gallegos saben serlo y en todo momento se sienten solidarizados con una obra que exalta las bellezas eternas y, sobre todo, las modernas posibilidades de su región.

* * *

El número de MVNDO HISPANICO correspondiente al mes de octubre próximo estará destinado a reflejar y exaltar la obra de acercamiento y comprensión de España y los países americanos que viene realizando el Instituto de Cultura Hispánica a través de sus diversas actividades culturales, editoriales y de conocimiento personal en cursos, colegios, residencias de estudiantes, etc.

* * *

Y va una breve fe de erratas: Como no hay obra humana perfecta, también en el número de Galicia hay algunas erratas, si bien de menor cuantía, a no ser una tan de bulto que le cambia el segundo apellido, así, por las buenas, al escritor monfortino, biógrafo de los condes de Lemos, don Manuel Hermida Balado, al que en una nota se le llama Hermida Blanco. Cierto que la cosa tiene menos importancia porque en otros lugares más visibles del mismo número va completa la bien conocida firma del ilustre hijo de Monforte de Lemos.

* * *

Otra errata, no de la revista propiamente, pero sí de algo que a ella atañe, es la que aparece en las hojitas sueltas en que se anuncian las bases del II CONCURSO DE REPORTAJES DE MUNDO HISPANICO. En la citada hojita se dice que "el plazo para la admisión de trabajos con destino al citado concurso finaliza el 31 de noviembre de 1950". Y hasta ahora, que nosotros sepamos, no se ha introducido ninguna reforma en el calendario que adjudique un día más al mes de noviembre. Así que ya lo saben nuestros futuros concursantes. El plazo termina el día 30 de noviembre.

Heráldica Hispanoamericana

Con esta sección MVNDO HISPANICO desea complacer a los numerosos lectores y amigos que desde hace tiempo nos la habían sugerido, y desde ella atenderemos las consultas que sobre Heráldica y Genealogía se nos formulen. Se ha encargado de esta sección el prestigioso genealogista Dalmiro de la Válgoma, cuya reconocida autoridad en esta clase de trabajos es innecesario subrayar.

En el próximo número indicaremos los requisitos necesarios para que cualquier lector que desee formular una pregunta sea competentemente respondido desde esta nueva Sección de MVNDO HISPANICO.

La más frecuente heráldica española, es la llamada de «atribución», es decir, no debida a especial merced del soberano, sino espontáneamente elegida para sí por el caballero. Ello motiva en nuestro país la existencia de idénticos o muy semejantes escudos, correspondientes a apellidos sin la menor conexión de sangre, por haber coincidido sus primeros poseedores en una libérrima elección del personal emblema, trasmisible a su descendencia.

Nuestros viejos mayorazgos, imponiendo a su gozador el uso de las armas del fundador de aquéllos, que casi habitualmente cuartelaban con las suyas propias, vino a complicar la difícil tarea de determinación de armas de un apellido, a lo cual ha de añadirse que, singularmente en pretéritos tiempos, la intervención de los llamados «reyes de armas»—no siempre doctos ni veraces—, dió un matiz caótico, a sus «despachos» y certificaciones—pomposa e inadecuadamente calificados de «ejecutorias»—, unas veces carentes de toda base real; en otras, involucrando la realidad a lo imaginado, y casi siempre desnudos del menor sentido crítico historicista.

Para recompensar a sus valiosos súbditos, nuestros monarcas—en especial los de la Casa de Austria—, otorgábanles, entre otras mercedes, la de escudo de armas: armas nuevas o acrecentamiento de las ya poseídas, con nuevos cuarteles, y de ello contamos una extensa muestra en los cedularios de Indias, con copiosas concesiones de tal naturaleza, hechas durante la Conquista, a españoles y a nativos del mundo recién hallado, a quienes les retribuían así sus costosos servicios a la Imperial Corona.

Quede, pues, en estas breves líneas, establecida la diferencia, en cuanto a su origen, y correlativa desigualdad de prueba, entre las armas de «atribución» y las de «concesión». Añádase que no todos los linajes hidalgos cuentan con escudo privativo de los mismos, e incluso—aunque ello sea infrecuentísimamente—que existen apellidos faltos de cualquier calidad señoril, pero adornados de muy ostentoso blasón; y que jamás debe confundirse apellido con estirpe o cuna, pues muchas son las circunstancias determinantes de la pluralidad de aquél, ajenas a comunidad de origen y sangre, constituyendo, precisamente, el olvido de esta elemental verdad, causa frecuente—aun de ahora—de confusionismos e inexactitudes, que si halagan vanidades, quedan al margen de la historia y de cuantos emotivos estímulos hacen legítimo el honrado divagar por ese precioso campo que la Heráldica es.

En la presente página, con la brevedad exigida a su índole y alcances, procurará determinarse el escudo del apellido en consulta, para lo cual será indispensable condición que cada interesado puntualice sus orígenes, orientando este estudio, sólo rendido en vecindad a las más pertinentes fuentes ilustrativas: piedras armeras del solar, ejecutorias, probanzas en Ordenes, etc., sin excluirse aquellas certificaciones heráldicas que ofrezcan información verosímil, o cuente su aceptación por un linaje, ya a lo largo del tiempo, que consagra y define.

José G. Larrumbe. Quito.—¿Cuál es el escudo concedido al Capitán Alonso Suárez en premio a sus servicios en el Nuevo Reino de Granada? ¿Existe la correspondiente cédula?

Las armas aludidas son escudo cuartelado: 1.º, de gules, cruz de Jerusalén, de plata; 2.º, de azur, cinco lises de oro; 3.º, de azur, león rampante de su color; 4.º, de gules, "fortaleza" de plata, plantada sobre aguas de mar, salientes del homenaje dos banderas de sinople, orladas de oro. Bordura general de plata, cargada de ocho veneras de gules. Dicha heráldica—conferida en Valladolid el 14 de septiembre de 1548—figura en el Archivo ducal de Alba, y fué publicada por Paz y Meliá en su "Nobiliario de conquistadores de Indias" (Madrid, 1892), obra hoy agotada.

Diego Carril Pérez-Torres. Santiago de Chile.—Desearía conocer las armas del famoso almirante Díaz-Pimienta.

Las armas de varonía de don Francisco Díaz-Pimienta son escudo partido: 1.º, de plata, árbol de sinople; 2.º, de azur, león rampante, de oro. Así figuraban en 1732 en la fachada de la casa familiar—"de piedra sillar"—, radicada en Portugalete, al efectuarse probanzas para ingreso en la Orden Militar de Alcántara de su descendiente don Juan Nicolás Díaz-Pimienta. Dicho blasón, cuartelado con alianzas, lucido asimismo en su capilla de San Cristóbal, de la parroquial de Portugalete (A. H. N. Sección de OO. MM. Exp. núm. 432, fol. 65 v.).

J. M. Hurtado. Lima.—Por hallarse entroncado con familia peruana, me interesa conocer el linaje y las armas del célebre marino don Blas de Lezo.

En esta sección, de momento al menos, sólo se responde a preguntas relacionadas con la heráldica, no con la genealogía y demás circunstancias de un linaje. Amplias noticias sobre el de don Blas de Lezo puede usted hallarlas en el expediente de ingreso en la Orden de Carlos III, en 1790—a la sazón nobiliaria—de su nieto don Blas Alejandro de Lezo y Castro (A. H. N. Sección de Estado. O. de Carlos III, exp. núm. 454). Su blasón es escudo cuartelado: 1.º y 4.º, de gules, lucero de oro; 2.º y 3.º, de oro, lobo pasante de sable.

Tomás García de Calderón. Guayaquil.—Para un estudio sobre diversos conquistadores, preciso saber qué escudo tenía Miguel López de Legazpi.

El linaje del histórico conquistador de las islas Filipinas procede de la Casa de Balda, de Azcoitia (Vizcaya), estableciéndose en Zumárraga, villa en la cual levantó esta estirpe la torre de Legazpi-Jáuregui, blasonada con las armas de los Balda—bien conocidas—, que son escudo de oro y cinco bandas de sable.

Luis Smith. Sao Paulo.—¿Podría decirme cuál es el blasón del apellido Hernando?

Como se advierte en la introducción a esta página heráldica, no debe confundirse "apellido" con "linaje", y, por consiguiente, que sin puntualizar la oriundez de una familia, resulta casi siempre imposible la determinación veraz de su blasón. Y el consultante omite aquí cualquier noticia sobre el origen del apellido cuya posible heráldica le interesa conocer.

NUESTROS COLABORADORES



Toledano de Borox, Domingo López Ortega nació el 25 de febrero de 1908. Hijo de labradores, estaba destinado a ser campesino como todos sus antepasados; pero a los doce años se fijó, más que en los pegujales de su terruño, en los toros de Veragua que pastaban por las cercanías de su pueblo. Luchó a brazo partido con su afición tan fuera de ambiente, pero su tesón venció todos los obstáculos. En 1928 logró matar un novillo en la plaza de Carabanchel. Ese mismo año se vistió el traje de luces y desde entonces hasta su reciente retirada fué un torero de primera línea en los carteles de España y América. Actualmente reside en Madrid y ha dado una conferencia en el Ateneo sobre "El toreo como arte".



En un pueblo muy pueblo —Vaciamadrid— empezó a jugar al toro Marcial Lalanda. Ha nacido en 1903 y tenía hermanos toreros. De la cesta con cuernos y la silla pasó el torero madrileño a las ganaderías de Toledo y Guadalajara, que fueron escenario de sus primeros tanteos con los bichos de cuernos. Por lo visto apuntaba bien el neófito, porque en 1914, todavía no cumplidos los once años, mató su primer novillo y un año después se vestía de torero. Pasó a ser novillero formal en 1921 y el año 21 tomó la alternativa y mató toros incansablemente hasta 1942, fecha en que se retiró a la vida tranquila. Mató 2.698 toros y tuvo cinco cornadas, de ellas sólo una grave. Actualmente reside en Madrid y es asesor y apoderado de toreros.



Nacido en Torrelaguna, provincia de Madrid, patria chica del gran cardenal Cisneros, el 12 de febrero de 1901, Alberto Vera "AREVA" popular escritor taurino estudió en las Universidades de Salamanca y Madrid. En la capital de España ejerció durante más de quince años la profesión de procurador de los Tribunales. La afición taurina fué en él desde la infancia superior a toda otra, y al fin llegó a cristalizar en una preocupación constante por el estudio del toro de lidia, al que dedicó mucho trabajo y entusiasmo. Fruto de estos estudios han sido las diversas obras que ha publicado: "Ganadería brava o el toro de lidia", "Reglamento taurino comentado" y "Orígenes e historial de las ganaderías bravas españolas".



En Triana, en la calle de la Feria, como quien no dice nada, nació el año 1892 Juan Belmonte. En su calle pintoresca y en el altozano de la Cava toreó las primeras sillas. A los doce años, después de leer a Salgari, se fué a cazar leones a Africa y no pasó de San Fernando. Volvió a Triana decidido a ser torero. Su aprendizaje lo hizo por las dehesas de Tablada en noches de tragedia. Después empieza a matar toros en Valencia, Barcelona y Madrid. Fué amigo de intelectuales como Mesa, Pérez de Ayala y Valle-Inclán. Don Ramón le decía: "Juanito, ahora sólo te falta morir en la plaza". A lo que replicaba: "Se hará lo que se pueda, don Ramón". Después de sus múltiples retiradas vive en Sevilla de opulento ganadero.



Madrileño de Madrid, lo cual no es muy corriente que digamos, José María Sánchez Silva cuenta en la actualidad treinta y nueve años y ha realizado algunas cosas que pueden calificarse de excepcionales. La primera de todas, a nuestro juicio, dar la vuelta al mundo en avión. Después, una brillante obra de escritor y de periodista activo. Y además, como el que no quiere, la cosa ha publicado cuatro libros de cuentos y obtenido tres grandes galardones nacionales: Premio Nacional de Literatura 1943, Nacional de Periodismo 1946 y Mariano de Cavia 1947. Todo ello así, sin darle importancia. En la actualidad es subdirector del diario "Arriba", de Madrid. Colabora en los más acreditados periódicos y revistas de España.



Folklorista y compositor, miembro del Instituto Interamericano de Musicología, de la Sociedad Folklórica de Méjico, académico correspondiente de la de Bellas Artes de Madrid, Bonifacio Gil, riojano nacido en 1898 en Santo Domingo de la Calzada obtuvo en 1923 el número 1 en las oposiciones para directores de bandas militares. Colaborador en España y América de diversas publicaciones musicales, sus conocimientos como musicólogo fueron reconocidos en 1932 al ser premiado en el Concurso Nacional de Música su "Cancionero popular de Extremadura". Es autor de numerosas obras y recopilador de los cancioneros musicales de Logroño, Avila, La Mancha, Granada y dedicado a la heroica fiesta de los toros.



Capitán de Caballería, antiguo miembro del Real Cuerpo de Alabarderos, Lucas González Herrero alternó su profesión castrense con el servicio periodístico en la Redacción de "El Debate", hasta su desaparición en 1936. Redactor de la Agencia Logos, de Radio Nacional de España y del diario "Ya", en donde, entre otras funciones periodísticas, ejerce actualmente la crítica taurina. Durante algún tiempo fué director de la revista "Amenidades" y colabora en múltiples publicaciones nacionales y extranjeras. Este extremeño de Plasencia, nacido en 1889, es autor, entre otros libros, de "El arte de los toros" (una tauromaquia abreviada), "El noble arte de la caza y de "La noche trágica" (7 de octubre de 1841).



La formación pictórica de Francisco Arias se inició en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, ciudad en la que nació el año 1911. Colorista magnífico, estupendo dibujante, su obra figuró en distintas Exposiciones nacionales y extranjeras—Nacional de Madrid, Buenos Aires, Venecia, Pittsburg, El Cairo, etc.—, siendo premiada con accésit en los Concursos Nacionales de 1936 y 1949. Su Exposición última en Madrid—1948—dió ocasión a que la obra de Francisco Arias fuese considerada por la crítica como una de las primerísimas del arte español contemporáneo. Hoy Arias prepara su viaje expositivo a Hispanoamérica, en donde la pintura joven española será dignamente representada por este magnífico pintor.







6 CUARTOS

CORREOS

FRANCO

E.C.S.E.

1850

VERDU


















MADRID

1850 — 1950

EXPOSICION CONMEMORATIVA DEL SELLO ESPAÑOL

DEL 12 AL 22 DE OCTUBRE









